



UNIVERSIDAD DE CHILE
INSTITUTO DE LA COMUNICACIÓN E IMAGEN
ESCUELA DE PERIODISMO

“ELLOS NO QUERÍAN MORIR”

RELATOS DE LAS VÍCTIMAS DEL CASO AYSÉN

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

AUTORES:

JOSÉ MANUEL BUSTAMANTE CASTRO
FELIPE JOSÉ SASSO VALENZUELA

PROFESORA GUÍA:

FARIDE ZERÁN CHELECH

SANTIAGO DE CHILE
DICIEMBRE DE 2014

Índice

Presentación.....	4
Capítulo I.....	11
Capítulo II.....	27
Capítulo III.....	46
- El auto gris.....	62
- Otras interrogantes.....	66
- Un testimonio clave.....	70
Capítulo IV.....	78
Capítulo V.....	88
- Un último combinado.....	98
- El futuro de Rosa.....	103
- El teniente Merino.....	106
- Marianela.....	111
- Regalías.....	114
- El Lado Oscuro de la Luna.....	116
Capítulo VI.....	122
Capítulo VII.....	130
- La invitación de Francis.....	132
- Paulina entendía la vida.....	134
- Ustedes saben a lo que vienen.....	136
- La piedra del Gato.....	138

- Yo sé dónde está.....	140
- Ayuda inesperada.....	144
- Un triste hallazgo.....	145
Capítulo VIII.....	154
- Las Heras.....	156
- La golpiza.....	165
- El reloj, el casete, la billetera.....	166
- Yo sé por qué.....	172
- Otraysén.....	175
- Presidenta de la Agrupación.....	177
Capítulo IX.....	183
Capítulo X.....	195
- 24 de octubre de 2014.....	198
Anexos.....	202

Presentación

Roberto Lagos Flores deseaba ir a vivir a Chiloé con su madre, Víctor Fabián Díaz quería realizar el Servicio Militar, Paulina Gómez se había propuesto terminar su colegio, Víctor Hugo Barría estaba contento porque iba a estudiar Acuicultura en Temuco y Rodrigo Barichivich salió a comprar pan para tomar desayuno con su madre. Ninguno de estos jóvenes pudo cumplir sus deseos. Todos aparecieron muertos en Puerto Aysén en extrañas circunstancias y la Justicia determinó que se habían suicidado.

Estos decesos, junto a casi una decena de otras muertes, formaron parte del llamado Caso Aysén, polémico y emblemático puzzle policial que conmocionó a la opinión pública desde 1997 hasta 2002. Chile aún no sabía de la desaparición de Jorge Matute Johns ni de los terribles asesinatos cometidos en Alto Hospicio por Julio Pérez Silva, sin embargo, y al igual que en los crímenes acontecidos en la Región de Tarapacá, las humildes familias de las víctimas de Aysén también sintieron la indiferencia y el desprecio de las autoridades.

Pasaron dos Gobiernos de la Concertación y ninguno de ellos mostró voluntad para resolver las muertes. De hecho, en algún momento, esa falta de interés se convirtió en algo ofensivo: En el período de Ricardo Lagos, los familiares de las víctimas demandaron reunirse con la entonces primera dama, Luisa Durán,

pero a cambio, la asistente de la esposa del ex Presidente ofreció regalarle a las familias tres tortas.

En un comienzo, el polémico juez Carlos Klapp estuvo a cargo del caso. En la ciudad, el magistrado era famoso por su excesivo gusto por las fiestas, el alcohol y las drogas. De hecho, en varias ocasiones el funcionario habría llegado a trabajar ebrio. Todas estas acusaciones llegaron a su punto más alto cuando fue fotografiado desnudo y drogado compartiendo con prostitutas. La imagen fue portada en varios diarios nacionales y motivó a la Comisión de Ética y Control Disciplinario del Poder Judicial a trasladar al juez a Castro, en Chiloé.

Además, en la ciudad se hablaba de la existencia de un polémico video donde aparecían, aparte de Klapp, varias autoridades importantes de la zona, tales como funcionarios del Poder Judicial, trabajadores de la Municipalidad y miembros de Carabineros realizando una fiesta en un conocido prostíbulo de Puerto Aysén. Quien supuestamente tenía el registro audiovisual en su poder apareció muerto de forma sorpresiva y su fallecimiento fue catalogado como suicidio por la Justicia.

Pero Klapp no fue el único funcionario con un actuar reprochable. Alicia Araneda, ministra en visita a cargo del caso, incluso llegó a asegurar que el Puente Presidente Carlos Ibáñez había sido el culpable de los decesos de los

jóvenes al ejercer una suerte de atracción fatal sobre ellos y propuso, como una medida innovadora, poner rejas a la estructura. Las autoridades y la prensa nacional y local parecían estar de acuerdo con esta teoría. Sin embargo, el resto de los aiseninos nunca se conformó y aún asegura que hay algo detrás de estas muertes.

En marzo de 2014 viajamos hasta Puerto Aysén para conversar con los amigos y familiares de las víctimas y todos coinciden en lo mismo: ninguno de los jóvenes quería morir y es imposible que se hayan suicidado. Ellos afirman que una red de narcotráfico que operó en Aysén conformada por Carabineros, empresarios y otras autoridades pudo haber sido la responsable de los fallecimientos. No hace falta investigar mucho para darse cuenta de la negligencia y los hechos extraños que rodearon a estos casos.

Mientras eso ocurría en el sur de Chile, Las Heras, Argentina, fue el escenario de una insólita seguidilla de suicidios. Cerca de veinte vecinos, de entre 18 y 28 años, se quitaron la vida entre 1997 y 1999. Pese a que no existen registros oficiales del número de víctimas ni indagaciones serias en torno a las razones de estas, entre los vecinos de Las Heras quedó en el aire la idea de que una secta obligó a sus hijos a inmolarsse. Leila Guerriero, destacada periodista y escritora argentina, se dispuso a comienzos de 2002 acercarse a los familiares y amigos de los jóvenes fallecidos para hacer a un lado los mitos que rondaban

las muertes y extraer alguna certeza entre tanta teoría. Justo ese año comenzaba a formarse en nuestro país la Agrupación de Familiares y Víctimas del Caso Aysén.

Con su investigación, publicada en 2006 bajo el título de “Suicidas del Fin del Mundo”, Guerriero consiguió remover un oscuro episodio de la historia reciente de Argentina, y provista de una cuidada pluma, hacerlo resonar no sólo entre los medios de comunicación trasandinos, sino que logró despertar el interés de sus lectores de todo el continente. Así fue como nosotros nos enteramos de la tragedia que enlutó a esa pequeña fracción de la Patagonia a comienzos del siglo y que motivó a preguntarnos: ¿Existirá alguna relación entre ambos sucesos? ¿Y si los “suicidas del fin del mundo” no son otra cosa que víctimas de la misma red criminal que denuncian los aiseninos?

En diciembre de 2014 Guerriero aceptó conversar con nosotros vía Skype. Instalada en su escritorio en Buenos Aires, la periodista que ha publicado en diarios y revistas de al menos diez países diferentes, escuchó atenta nuestras preguntas, evocó su experiencia en Las Heras y nos entregó su visión de lo ocurrido.

“Hablé sesenta millones de veces con ellos. Por supuesto que yo no podía forzar a nadie a conversar conmigo, así que me tuve que ganar su confianza. A

ellos nunca se les proporcionó asistencia psicológica y a mí me tocó tener mucho tacto para abordar los temas. De todos modos, ellos siempre tuvieron buena disposición para conversar”, nos contó.

La periodista reconstruyó en detalle la dinámica de las muertes, además de los minutos que las precedieron y sucedieron, pero sin objetar un hecho que para ella no daba espacio a interpretaciones: los jóvenes se suicidaron. En ningún pasaje de su texto se pone en cuestión que los 22 lasherinos se quitaron la vida y, como nos aseguró en la entrevista, nunca se planteó “dárselas de detective”. La sensación con la que abandonó el lugar, sin embargo, es un tanto más ambigua y así lo deja entrever en su libro.

“Había escuchado tantas teorías para explicarlo todo. Porque sí, porque no había nada para hacer, porque estaban aburridos, porque no se llevaban bien con sus padres, porque no tenían padres o porque tenían demasiados”. Con esas palabras, la escritora introduce el torrente de teorías con las que abandonó Las Heras y regresó a Buenos Aires. Doce años después, nosotros viajamos a Puerto Aysén a construir nuestra propia mirada de la tragedia local.

Han pasado más de diecisiete años luego de que el cuerpo de Víctor Hugo Barría apareciera flotando en el Río Aysén y la ciudad aún sigue mostrando los mismos problemas de ese entonces: falta de oportunidades para los jóvenes,

drogadicción, aislamiento, alto costo de vida y desconfianza hacia las autoridades.

Los aiseninos han debido lidiar durante largos años con estas dificultades, sintiendo la indiferencia de los gobiernos de turno. Por lo mismo, la ciudad entera no aguantó más y estalló en enero de 2012 a través del movimiento social que reclamó por una serie de demandas para toda la región. En ese instante, los políticos y los medios de comunicación mostraron un inusual interés hacia esta zona que adquirió un protagonismo inédito.

Sin embargo, dos años después los habitantes de la ciudad se han vuelto a sentir abandonados y aislados y ni siquiera las muertes han cesado: varias mujeres han aparecido fallecidas y, en muchos casos, la Justicia no ha podido determinar qué fue lo que ocurrió. “Aysén debe ser la única ciudad donde existe el crimen perfecto”, nos asegura una mujer, cansada de ver cómo sus vecinos son asesinados en una ciudad donde algunos pueden actuar impunemente.

-Ustedes los del Norte vienen, se llevan lo mejor, y los que vivimos acá somos nosotros. El que se va de la casa a las cinco de la mañana para ir al campo soy yo, no usted. Usted prende la luz y tiene luz. Prende el gas y tiene gas.

Naty me hizo un gesto: que estaba borracho, que no le hiciera caso.

A mí me pareció que así, en bruto, al tipo no le faltaba razón¹

¹ GUERRIERO, LEILA, 2005. *Suicidas del fin del mundo*, 2a edición, Buenos Aires, Tusquets Editores. 71 p

CAPÍTULO I

“¿A dónde van los desaparecidos?

Busca en el agua y en los matorrales”²

² RUBÉN BLADES Y SEIS DEL SOLAR, 1983. Desapariciones, Buscando América, Nueva York.

El relato del siguiente capítulo fue elaborado a partir de las declaraciones emitidas por un testigo que prefirió permanecer en el anonimato.

Juan Carlos Machuca marcaba el ritmo de “Drifter” de Iron Maiden, chocando los dedos índice y medio de ambas manos contra las piernas, como quien percute una batería invisible. En parte, con eso mantenía ocupada su mente al tiempo que hacía circular sangre a sus delgadas manos. En sus oídos, Paul Di’Anno entonaba los enérgicos versos finales del tema, hasta que la música dejó de sonar, la cinta se detuvo y el silencio de Puerto Aysén emergió fulminante a su alrededor. Con agilidad, se quitó un guante para abrir la casetera de su personal estéreo, pero la helada rápidamente caló los huesos de su mano descubierta, por lo que prefirió abrigo de nuevo. El lado B del álbum “Killer” podría escucharlo más tarde, pero su compañero Leandro Morales, quien caminaba algunos metros más adelante, no parecía tener intenciones de esperarlo.

Esa mañana, el profesor de música del Liceo había pedido que se formaran parejas para redactar un ensayo sobre algún género musical a elección. Como era habitual, Juan Carlos se había quedado sin compañero y -como era igual de común- Leandro había faltado a clases, por lo que se resolvió ponerlos a trabajar juntos. De lo poco que habían compartido hasta entonces, Juan Carlos manejaba suficientes antecedentes como para anticipar que no sería fácil conciliar sus horarios y mucho menos sus personalidades; mientras él se dedicaba exclusivamente a atender a los deberes escolares y escuchar música en los recreos, Leandro pololeaba (con varias niñas a la vez, según rumores),

siempre estaba rodeado de amigos y por las tardes deambulaba por el centro de Puerto Aysén junto a Roberto Lagos, Cristián Parodi y otros compañeros del club de básquetbol de la ciudad. Para finalizar pronto la tarea, Juan Carlos aceptó quedarse con Leandro esa noche y así no tendría que regresar a su casa en el sector de Puerto Cisnes, 181 kilómetros al norte.

De eso, ya habían pasado más de 6 horas y del ensayo, ni una línea.

Con un silbido Juan Carlos logró llamar la atención de Leandro y le hizo una seña para que lo esperara. Este último se detuvo impaciente y Machuca aprovechó de enrollar los audífonos con cuidado para guardarlos junto al reproductor portátil en uno de los bolsillos interiores de su casaca. De un trote alcanzó a su compañero y, sin decir palabra, ambos retomaron la caminata.

“Tengo que ir a hablar con un viejo al centro. Es un trámite cortito”, le había prometido Leandro hace algún rato en su casa. “Si querís me esperai acá. Voy y vuelvo”. Juan Carlos conocía el grado de sinceridad de ese tipo de promesas, por lo que prefirió acompañarlo y así ejercer algún tipo de presión. Caminaron por Lago Portales en dirección al norte, doblaron por Alcalde Chindo Vera y quedaron de frente al imponente Puente Carlos Ibáñez del Campo. Mientras lo atravesaban en dirección a la ribera norte, Juan Carlos repasó en su cabeza algunas ideas para desarrollar en el ensayo y observó a un grupo de

jóvenes con el uniforme de su liceo, bebiendo cervezas a orillas del río Aysén. Uno era alto, delgado y movía los brazos efusivamente como contando una historia y actuando cada una de sus escenas. Roberto, al parecer. Un poco más cerca del río, una joven de anteojos y melena lo observaba atenta y de vez en cuando se reía. Tal vez su prima Marianela. A Juan Carlos le pareció que Leandro apuró los pasos y evitó hacer contacto visual con ellos cuando advirtió su presencia.

Ya eran las 22.00 horas de ese jueves 13 de junio y no sabía hacia dónde se dirigían exactamente y tampoco le importaba demasiado. La única certeza que tenía es que seguirían avanzando por Sargento Aldea quizás hasta dónde y que su compañero no tenía intenciones de cruzar palabra. Era como si a ratos se olvidara de que Machuca lo acompañaba. Además, así como iban, tal vez debía resignarse a que al día siguiente no habría ensayo.

Aunque la perspectiva de sacarse una mala nota no le causaba ninguna gracia, la verdadera preocupación en ese momento era su madre; una mujer propensa a angustiarse cuando él se quedaba fuera de casa. “Relájate, si necesita saber de ti va a llamar a mi casa y mi mamá le va a decir que estamos donde la Lela”, lo había tranquilizado Leandro. “En mi casa están convencidos de que siempre voy para allá”, remató con una sonrisa que rápidamente se esfumó cuando una carcajada resonó a la distancia. Instintivamente, ambos voltearon sus cabezas

hacia el origen del ruido y descubrieron que tres hombres mantenían una conversación animada. Uno de ellos -de estatura promedio y contextura gruesa- prendía un cigarrillo apoyado en uno de los colectivos que a esa hora se estacionaban en la garita. El de las carcajadas, en cambio, era alto, aún más corpulento que su amigo, y descansaba sobre un piso de madera. El tercero era el más joven de los tres y a Juan Carlos le pareció que bajo el abrigo largo vestía un uniforme de Carabineros.

-Quédate aquí, vengo al tiro- le pidió Leandro. Juan Carlos asintió y su compañero del liceo se quedó mirándolo un par de segundos, con el rostro tenso y los labios fruncidos, antes de comenzar a caminar en dirección a los hombres de la garita. Mientras lo veía alejarse, Juan Carlos se preguntó qué estaba haciendo él ahí y si acaso su compañero pensó realmente en redactar el informe. Extrajo su walkman de la chaqueta, desenrolló los audífonos con cuidado y torpemente dio vuelta el cassette con sus manos enfundadas bajo los guantes. Dio play y la guitarra de Dave Murray comenzó a intercalarse con la característica batería de Clive Burr. En su cabeza repasó la idea de hacer el ensayo sobre el heavy metal, pero como no representaba ningún desafío para él, la desechó de inmediato,

Siguió mirando a Leandro mientras se alejaba y notó que sus pasos coincidían con el ritmo de la percusión en "Ides of March". Un poco más allá, el hombre de

baja estatura que recién encendía un cigarrillo levantó la cabeza y se quedó mirando a Leandro, mientras los otros dos sujetos seguían charlando de espaldas a Morales. Lanzó el cigarrillo al suelo, lo pisó con la punta del zapato e hizo un gesto con la mano para que Leandro se detuviera. Luego se despidió de sus amigos y caminó en dirección al joven que lo esperaba a menos de media cuadra.

Juan Carlos comprendió que él era “el viejo” con el que tenía que juntarse su compañero y se alegró de que por fin lo hubiera encontrado. Conversarían unos minutos y luego regresarían a la casa de Leandro y se sentarían a escribir. Para su sorpresa, apenas se toparon, el hombre siguió caminando como si no hubiese notado la presencia del joven y avanzó hasta donde él estaba sentado escuchando música. Cuando lo tuvo al frente, lo miró a los ojos y dijo algo que Juan Carlos no alcanzó a escuchar. Se quitó los audífonos y el sujeto lo repitió:

- ¿Y él quién es? - Una mezcla de olor a marihuana, café y cerveza abofeteó el rostro de Juan Carlos cuando el tipo habló.

-Un compañero, relájese-, respondió Leandro que venía caminando detrás - Él no cacha.

“Él no cacha”, ¿qué quería decir Leandro con eso?

-Ya po, a lo que viniste entonces-, zanjó el sujeto, mirando a Leandro. Este último asintió y se dirigió a Juan Carlos:

-Mejor anda para la casa y dile a mi mamá que llevo antes de las 12.

-No, no, no, no. Si demás cabemos los tres en la camioneta. Vamos y hagámosla cortita-, intervino el hombre antes de que Juan Carlos alcanzara a responder. Luego extendió un brazo- Por cierto; me llamo Domingo.

-Juan Carlos- estrecharon las manos, Domingo siguió caminando en dirección opuesta a la garita y ambos jóvenes lo siguieron.

-¿Qué onda?-, le preguntó Juan Carlos a su compañero en un susurro casi imperceptible.

-Nada, es un amigo de mi papá. Tengo que hablar una cosa corta y nos vamos para la casa. Porfa, quédate piola. Escucha tu música por último.

Llegaron hasta una camioneta azul que estaba estacionada a una cuadra del puente Carlos Ibáñez y se subieron: Domingo al volante, Leandro de copiloto y Juan Carlos atrás, con la sensación de adentrarse en otra dimensión. Desde su lugar todo generaba desconfianza; el hálito de alcohol que expulsaba Domingo, la actitud solemne que había adoptado Leandro desde que se encontraron con ese hombre y la insistencia de este para que Juan Carlos lo acompañara. Como fuera, no se habría podido negar. Puerto Aysén es un pueblo muy chico y los

rumores se esparcen muy rápido: si los nervios lo traicionaban y montaba un escándalo, al día siguiente todos se habrían enterado y la etiqueta de cobarde no se la quitaba nadie.

El aire enrarecido del interior del vehículo y la calefacción en su máxima potencia obligaron a Juan Carlos a desabrigarse. Se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su personal estéreo, luego metió los audífonos en el mismo lugar, se despojó de la chaqueta, la enrolló con cuidado para no dañar el aparato y la dejó a un lado. Observó los dedos gruesos y torpes de Domingo presionando botones minúsculos de la radio, en búsqueda de una señal, hasta que el ruido de la estática dio lugar a la voz nítida del locutor de Radio Las Nieves anunciando la canción “Ranchera de la Patagonia”.

*Me contaron los caminos
y los hombres viejos
que en tiempos de ayer
iban floreciendo sueños
llegaban colonos al lejano Aysén*

Domingo cantaba y daba golpecitos al manubrio de la camioneta, mientras hacía girar el vehículo hacia el norte por Avenida Eusebio Ibar. A su lado, Leandro no quitaba la mirada de la ventana y Juan Carlos comenzaba a

relajarse. De un extraño modo, la ranchera le había evocado a su infancia en Puerto Cisnes y se tentó con la idea de hacer el ensayo sobre ese género musical, tan propio de Puerto Aysén.

Y empezó a crecer la vida

dio sus frutos el amor

los que llegaron primero supieron del frío y de la soledad

Siguieron avanzando por la Avenida Eusebio Ibar y no se desviaron ni en Eleuterio Ramírez, ni en Las Golondrinas, ni siquiera en Los Cóndores. La “Ranchera de la Patagonia” dejó de sonar y aún no se desviaban. En un par de ocasiones Leandro miró a su compañero Juan Carlos por sobre el hombro, pero fuera de eso no hubo más interacción al interior de esa camioneta, hasta que doblaron por Pangal.

- Ya estamos llegando - anunció el hombre.

- Bien lejos nos venimos a meter - comentó Leandro.

- Te dije que estas cosas no se hablan en cualquier parte - zanjó Domingo-
aprende a escuchar a los viejos si querís ser parte de esto.

El vehículo se detuvo en un camino de tierra, flanqueado por vegetación densa y algunas vallas de alambre. Recién cuando el motor se apagó, Juan Carlos

comprendió lo lejos que estaban del pueblo; el único ruido que se escuchaba era el graznido suave de un caiquen y, a lo lejos, el torrente del río Pangal. Apenas había alcanzado a abrir la puerta cuando el sujeto lo detuvo:

- ¿Machuca me dijiste que te llamabai?

- Sí.

- Oye, Machuca, te tienes que quedar acá que lo que vamos a hablar es privado

- Al oír esto, Leandro lanzó una mirada a Juan Carlos y luego a Domingo.

- Pero déjale la radio prendida, por último.

El hombre obedeció, luego se enrolló una bufanda que sacó de la guantera y guió a Leandro por detrás de la camioneta hacia un portón de madera oculto tras la vegetación. Juan Carlos intentó en vano ver hacia dónde dirigía esa entrada.

Cuando se hubieron marchado se inclinó hacia el asiento delantero para sintonizar una frecuencia radial y nuevamente dio con una ranchera, esta vez desde la señal de Radio Santa María. Subió el volumen y, justo antes de regresar a su asiento, notó que entre la puerta y el puesto del chofer había un revólver oculto. Rápidamente se dejó caer en su asiento e intentó olvidar la visión. Pese a que la calefacción estaba apagada y afuera la temperatura

seguía descendiendo, Juan Carlos sintió sofocarse y debió secar unas gotas de sudor que corrían por su frente.

Nunca volverás, paloma

triste está el palomar

solito quedó el palomo

La parsimoniosa voz de Juan Gabriel esta vez lo puso más nervioso de lo que estaba, así que decidió cambiar de estilo. De su chaqueta extrajo el walkman y abrió la casetera para sacar el álbum de Iron Maiden. Insertó el cassette en la radio del vehículo, procurando no despegar la mirada de los botones, y regresó a su asiento para disfrutar la música. Al ritmo de “Purgatory” aclaró su mente y llegó a la conclusión satisfactoria que necesitaba: si el revólver lo dejó en el auto, lo lógico era que el hombre se encontrara desarmado. Además, la mayoría de los viejos en Puerto Aysén tenían un arma. Hasta al propio alcalde se lo veía en eventos públicos con una Colt en el cinto.

De pronto, ocurrió lo que más temía: un grito. Se abalanzó a detener la música y se quedó en silencio, escuchando. Una bandada de zorzales emprendió vuelo súbitamente y Juan Carlos siguió escuchando, atento. Luego de dos minutos que parecieron horas, se atrevió a darle “play” a la casetera, esta vez con el volumen más bajo.

Intentó concentrarse en el ensayo, pero cada vez aquello le parecía más lejano, más abstracto, más ajeno. Era como si el Juan Carlos Machuca que tenía que escribir un informe hubiese desaparecido cuando se subió a esa camioneta o tal vez cuando decidió acompañar a Leandro al centro. ¿Por qué se demoraba tanto? Le había prometido que todo iba a ser un trámite “cortito”.

¿Por qué había un revólver en la puerta?

¿Por qué se demoraba tanto?

Otro grito. Esta vez estaba seguro. Era la voz de Domingo haciendo callar a Leandro o pidiéndole una respuesta. No lo tenía claro. Luego un golpe en seco y luego otro grito. Tenía que hacer algo.

Como hipnotizado, Juan Carlos estiró la mano y cogió el revólver. Salió de la camioneta y corrió, corrió, corrió, golpeó con una patada el portón de madera, golpeó de nuevo y de nuevo, hasta que se abrió de sopetón. Quedó de frente a una oscuridad absoluta y comenzó a caminar sigilosamente. En la distancia, escuchó a Domingo gritar algo que tenía que ver con Roberto Lagos, con un chantaje y con otros “mocosos de mierda”, hasta coronar las palabras con un escupitajo. Juan Carlos apuró el paso nuevamente, sin saber cómo se disparaba el arma que llevaba en las manos, ni si iba a ser necesario usarla. En realidad Juan Carlos no tenía ningún plan.

De pronto distinguió una estructura a su izquierda; aparentemente la bodega de alguna empresa. Avanzó arrastrando su espalda contra la fría pared de cemento de esa construcción, hasta que llegó a una esquina. Asomó su cabeza y alcanzó a distinguir a tres metros de distancia el cuerpo inerte de Leandro. Miró en todas direcciones y no divisó a Domingo en ningún lado. En vano intentó cerciorarse de que el arma estaba sin seguro y comenzó a avanzar en cuclillas hacia su compañero. Cuando llegó a su lado, se arrodilló en la tierra y, justo mientras acercaba sus dedos para tomar el pulso del joven, sintió un objeto macizo y pesado estrellarse contra la zona posterior de su cabeza. Aturdido y con la lengua sangrando, solo atinó a cubrirse con una mano y con la otra disparar el arma, pero tal como lo imaginaba, el mecanismo estaba bloqueado. La arrojó con fuerza intentando golpear a su agresor y una patada se hundió profundo en su vientre dejándolo sin aire.

- ¿No eran tan hombrecitos, las mierdas? - gritó Domingo, al tiempo que propinaba una segunda patada, ahora en las costillas.

Algo se debió quebrar en el interior de Juan Carlos porque un dolor insoportable lo hizo estremecerse. Quiso suplicar, gritar, pedir ayuda, pero sólo lograba escupir y tragar sangre. El hombre acompañaba cada patada con una denuncia que él no comprendía; que lo querían chantajear, que este no era negocio para cabros chicos, que si iban a jugar ese juego, entonces era sin llorar. El sujeto

estaba realmente enojado y Juan Carlos solo imploraba que, sea cual sea la razón de su rabia, que no sea tan grave como para matarlo.

Sentía cómo cada una de las patadas hacía retumbar alguno de sus órganos, hasta que algo en su interior se reventó y tuvo ganas de vomitar. Se inclinó hacia un costado para escupir y nuevamente el objeto pesado se estrelló contra su sien.

Cuando recuperó la consciencia, Juan Carlos sintió que flotaba. Con esfuerzo logró abrir los ojos y vio que el hombre lo arrastraba desde los pies. Supo que ya se habían desplazado varios metros cuando escuchó que los versos de “Killer”, provenientes de la radio de la camioneta, sonaban cada vez más cerca. Intentó zafarse de su agresor, pero el movimiento lo debilitó aún más y todo se fue a negro.

De nuevo abrió los ojos y luchó porque el dolor no le hiciera perder la consciencia. Pese a que la sangre había nublado parcialmente la visión de su ojo izquierdo, no le costó comprender que estaba al interior de una cámara de refrigeración. A su lado, Leandro parecía dormir plácidamente. Juan Carlos intentó arrastrarse hacia él, para examinarle los signos vitales, pero un dolor intenso en su zona abdominal casi lo hace desmayar.

Resignado, de a poco fue tomando consciencia de su situación y envidió a Leandro. El dolor abdominal rápidamente pasó a segundo plano cuando el frío comenzó a penetrar sus huesos. Concluyó que dejar los guantes y la chaqueta en la camioneta de Domingo había sido la peor decisión de su vida.

Chocando los dedos índice y medio de ambas manos contra las piernas, como quien percute una batería imaginaria, marcó el ritmo de "Killer". En parte, con eso mantenía ocupada su mente al tiempo que hacía circular sangre a sus delgadas manos.

Pensó en el ensayo que nunca se escribiría.

Pensó en su madre.

Cerró los ojos.

CAPÍTULO II

*“Por el Pangal ya viene la policía, son Fuerzas Especiales como jaurías
Como jauría ay sí, lo está esperando, la Pedro Aguirre Cerda lo está luchando
lo está luchando ahora por el respeto de los que hacemos patria en este suelo
en este suelo lindo de Patagonia y a los que llegan choros, choro a la olla
y a los que llegan choros, choro a la olla
con su fusil y guanaco, fuera los Pacos”³*

³ JOSÉ JARA AMPUERO, 2012, Cueva Chora de Puerto Aysén, Puerto Aysén

“La residencial que están buscando está a dos cuadras del semáforo”, nos explica el chofer del transfer que nos acaba de traer desde el aeropuerto. “¿De cuál semáforo?”, le preguntamos. “Del único que hay en Puerto Aysén”, responde.

Apenas hemos dado unos pasos en la ciudad y ya necesitamos ayuda para ubicarnos. Es más fría y pequeña de lo que imaginábamos, pero también es mucho más acogedora. Está nublado y la baja temperatura nos ayuda a despertar. Recogemos nuestras cosas y empezamos a caminar; pasamos justo al lado de la escultura de “El Pilchero”, un hombre de la Patagonia que monta a caballo acompañado de su perro. Detrás lo sigue otro caballo cargado con distintos víveres o “pilchas” y que constituye un homenaje a los ganaderos de la zona.

Finalmente llegamos al mencionado semáforo y ahí nos enteramos de que hace algunos años fue donado por la Municipalidad de Providencia. Nos parece raro, pero sólo a nosotros; en Aysén se han tenido que acostumbrar a los regalos. Es una provincia aislada y abandonada; de hecho acabamos de realizar un viaje de

tres horas en avión hasta Balmaceda y de ahí recorrimos otras dos horas en auto hasta el pueblo. Exactamente son 1.679 kilómetros desde Santiago. En el camino de Balmaceda a Aysén pasaron ovejas, vacas, ríos, un par de casas de Coyhaique, y varios kilómetros de nada.

Aysén es, además, la región menos poblada del país: acá viven 99.609 habitantes según el CENSO realizado en Chile en 2012⁴. También, su gran tamaño convierte a esta zona en la segunda con menor índice de densidad después de Magallanes y la Antártica Chilena (1,0 habitante por kilómetro cuadrado⁵).

Para llegar escogimos la ruta más directa. Las otras opciones incluyen viajar en barco hasta Puerto Chacabuco o por esta misma vía hasta Chaitén y de ahí trasladarse por tierra hasta Puerto Aysén. Algunos prefieren cruzar hacia Argentina por Osorno y volver a atravesar al país en Chile Chico.

Cruzamos la avenida Municipal donde hace dos años cientos de pobladores se enfrentaron a Carabineros en la movilización social que sacudió durante varios días la ciudad. En aquel momento, Puerto Aysén adquirió un inusual protagonismo en los medios de comunicación que se interesaron en la serie de

⁴ INE, Síntesis de Resultados CENSO 2012 [en línea] <file:///C:/Users/fj/Downloads/resumencenso_2012.pdf>

⁵ INE, Estadísticas Demográficas, 2010.

demandas de los habitantes de la ciudad que reclamaban por el abandono generalizado en el que se encuentra el sector.

“La Guerra de Aysén” tituló el 24 de febrero de 2012 el diario El Divisadero de Coyhaique⁶, haciendo referencia al violento actuar de la policía uniformada y a la intransigencia de las autoridades del Gobierno de Sebastián Piñera. A raíz de esto, el movimiento ciudadano ganó más fuerza. Pescadores, funcionarios públicos y varios políticos de la zona se agruparon en torno al Movimiento Social por la Región de Aysén, quienes coincidieron en las demandas: rebaja en el precio del combustible, mejoras en el sistema de salud pública, equidad laboral, participación ciudadana para la evaluación de proyectos ambientales, universidad pública regional y regionalización de los recursos naturales, entre otras solicitudes.

Han pasado los meses y los aiseninos todavía no están conformes. Los habitantes de la Región siguen sufriendo las alzas en el valor del combustible y la escasez de productos. Constantemente deben lidiar con el abandono respecto a las zonas más desarrolladas. Es el precio que deben pagar por habitar en una de las regiones más extensas del país y una de las menos pobladas. En este lugar, ni siquiera la naturaleza está a favor de los lugareños que deben soportar bajas temperaturas todo el año y que han debido adaptarse

⁶ La guerra de Aysén y sus batallas por el combustible, El Divisadero, Coyhaique, Chile, 24 de febrero de 2012.

a la adversidad de la geografía conformada por ríos, lagos y montañas que dificultan la comunicación entre los pueblos, tal como lo plasma un artículo publicado por La Tercera en marzo de 2014, titulado “Los costos de vivir en una zona extrema”, que da cuenta de las duras condiciones para la vida en Puerto Aysén⁷.

Hoy todo parece lejano. Además de las Fuerzas Especiales de Carabineros, que fueron enviadas para reforzar el contingente de seguridad, los periodistas que se interesaron por las protestas también regresaron a Santiago y Aysén volvió a ser lo que era: una ciudad vacía y alejada de todo.

Algunas semanas después de nuestro viaje al sur logramos contactarnos con el diputado Iván Fuentes, líder del movimiento social surgido en 2012 y el rostro más reconocible de la región en la actualidad. Nos reunimos en una noche especial para él, el 30 de noviembre de 2014. Ya es de madrugada y el dirigente social acaba de bajarse del escenario del Teatro Teletón donde emitió un emotivo discurso luego de dar a conocer la historia de su hijo Brandon de 11 años, quien sufre de distrofia muscular progresiva. La aparición de Fuentes

⁷ MARÍA JOSÉ LATORRE y CLAUDIO CERDA, 2014. Los costos de vivir en una zona extrema. [en línea] La Tercera en internet, 23 de marzo de 2014. <
<http://www.latercera.com/noticia/nacional/2014/03/680-570790-9-los-costos-de-vivir-en-una-zona-extrema.shtml>>

parece haber sido casi estratégica. Mario Kreutzberger hizo pasar al parlamentario poco antes de dar por finalizada la Teletón con la intención de que pudiera conmover a los espectadores. Lo logró: Sus palabras fueron las más aplaudidas y al día siguiente apareció en las portadas de varios diarios nacionales.

Nos recibe en su hotel, apenas a una cuadra de distancia del Teatro Teletón. “Me cuesta mucho hablar de mi hijo porque nació impecable. A los tres años lo diagnosticaron y fue como un chancacazo”⁸, es lo primero que nos dice aún emocionado por su reciente aparición en televisión.

La enfermedad de su hijo le ha dejado al descubierto uno de los problemas más graves que afectan a su zona: el aislamiento. “El cáncer lo atendemos en Valdivia, los problemas cardíacos en Temuco, la cardiología infantil en Santiago... y así nos vamos repartiendo”. Nos sentamos en el hall del hotel y le preguntamos por cómo ve su región dos años después de la movilización social de 2012.

-Hay una mirada país distinta. Se levantó una sensación distinta. Hoy está establecido en la política nacional que las regiones ya no están pintadas. En

⁸ Entrevista a Iván Fuentes, realizada por los autores. Santiago, 30 de noviembre de 2014.

eso siento que ganamos mucho. Las regiones quieren ser escuchadas. Tenemos un país largo, pero que hace política para un país cuadrado.

-¿Cuál cree que son los principales problemas que hoy afectan a la Región de Aysén?

-La conectividad sigue siendo uno de los mayores problemas de la zona. El costo de la vida; los servicios básicos, pagamos las cuentas de la luz y el agua más caras de Chile. Estas cosas siguen estando en deuda. Queremos sentir la sensación de que estamos en Chile. Nos sentimos muy chilenos, pero nos sentimos trizados por la geografía.

-¿Cree que están dadas las condiciones para que surja otro movimiento como el de 2012?

-Este movimiento cobró mucho sentido porque algunas demandas eran históricas y las personas las traían desde 1946. Son viejas demandas, históricas. Pero no sé si puede volver a dar un movimiento como ese porque la gente de Aysén es gente de paz. Era una gota que iba a rebalsar en algún minuto. Le tocó a Piñera, pero le pudo haber tocado a cualquiera. La gente tenía la sensación de que algo iba a explotar, fue una bomba que estalló. Ese sentido de unidad que fue mágico no se va a volver a dar tan pronto.

-En Aysén aún existe la sensación de que las autoridades son corruptas y las policías pueden actuar con impunidad.

-Hay una sensación de inseguridad debido a los casos que han ocurrido en la región. Casos que han pasado y no han podido ser resueltos. Eso causa temor. ¿Cómo es que en una región tan chica se pueda perder una persona? Hay una sensación de enfado y esto deja un manto de duda sobre las autoridades. Esto es grande, catastrófico. Son casos horrendos.

-También está el problema de la falta de oportunidades para los más jóvenes. Muchos deben abandonar la región para seguir estudiando.

-Siempre es un drama cuando un niño se viene a estudiar a Santiago y se queda acá. Los viejos se quedan solos, se entristecen y terminan vendiendo la tierra. Los chicos se quedan acá por su profesión, no se quedan contentos. En Aysén hay menos oportunidades que en Santiago y eso hay que mejorarlo. No podemos seguir centralizando nuestro país, no podemos seguir amontonando la gente en Santiago.

El dirigente habla enérgicamente, pese a la hora y a las personas que caminan por el hotel y lo saludan. Muchos de ellos recién lo vieron por televisión y desean felicitarlo por su emocionante participación en la Teletón. “¡Grande

diputado!”, le gritan algunos. Él sonríe y responde a cada uno de los saludos. Luego toma un poco de aire y se dispone a hablar de su querida Patagonia.

-Es una zona maravillosa, es mágica. Llegué de Longavi, en la Séptima Región. Al principio aburre la lluvia, pero después te acostumbras y empiezas a sentir que esta tierra es tuya. De ahí en adelante siempre quieres volver. La gente que se va tiene añoranza de regresar por la paz, la tranquilidad. Te bajas del avión y puedes ver aves, animales que se te cruzan en la carretera. En el litoral cuando te pones a navegar te acompañan los delfines. Los que vivimos allá nos cuesta vernos fuera de la región.

Nos despedimos del diputado y le damos las gracias. Él nos desea suerte en nuestro libro y nos comenta que a él también le gusta escribir y que tiene varias poesías de su autoría. Le decimos que no podemos dejarlo ir si no nos recita un par de versos. No resulta muy difícil convencerlo.

“Patagonia Amada”

Me llevo por la alegría de este intercambio fraterno

De este sueño al centro de esta nuestra nación

Que Chile se hace canción en estas tierras australes

Donde aves y animales te salen a saludar

Patagonia has de mencionar

Cuando quieras aire puro, agua limpia, verde oscuro de puro follaje vestido

El cielo quedó encendido de arcoíris sin lluvia
Y vas sintiendo que es tuya esta tierra bendecida
Si tu memoria no olvida los pasos de tu niñez
Quiero que vuelvas otra vez a esta tierra genial
De ventisquero austral, de blanco siempre pintado
Y con tu familia al lado a Aysén habrás de llegar
Bendiciones para ti, para ustedes y sus hijos
Que Dios siempre dé cobijo a las personas humanas
A quienes nunca guardan ganas de estar en tiempo presente
Con su tierra, con su gente, en esta Patagonia Amada.

La indicación que nos dio el chofer del transfer resulta útil y llegamos a nuestro destino: la residencial es una casa de dos pisos, con reja de metal negra y un letrero sobrio que dice: "Hospedaje". Golpeamos la puerta y cuando nos abren se sorprenden de nuestra presencia. A nosotros nos sorprende su sorpresa. Esto porque hace días que habíamos reservado una pieza. De todas formas, la dueña parece tomárselo con calma y nos explica que la reservación corresponde a la otra casa, ubicada a cuatro cuadras de distancia. "De allá va a venir alguien a buscarlos. Esperen, sólo va a ser un ratito". Lo hacemos;

esperamos sentados, pero preferimos no desprendernos de nuestras mochilas. “Total, es un ratito”, pensamos.

Pero pasan los minutos y aún no llegan a buscarnos. “¿Por qué habrá dicho un ratito?”. Seguimos esperando y nada. Por dentro, la residencial resulta acogedora: podemos ver el comedor donde hay cinco mesas con varias sillas. En el living la televisión está encendida en un canal nacional, pero la señal es tan mala que en la pantalla apenas se distinguen los personajes detrás de varias rayas horizontales. En un rincón, el calor que emana de la estufa a leña consigue confortarnos.

Transcurre una hora y todavía no hemos visto a la señora que debería recogernos. En el comedor aparece un hombre que comienza a preparar las mesas para la cena: pone los servicios, los vasos y las servilletas en cada uno de los puestos. Nos mira y nos pregunta qué hacemos en Puerto Aysén. Apenas damos una respuesta vaga. Como intentando animarnos, nos dice que la señora ya debe estar cerca.

No llega y empezamos a creer que simplemente se olvidaron de nosotros: También barajamos la posibilidad de buscar otra residencial. Por la ventana vemos que cerca de la casa hay un supermercado. Avisamos que vamos a

buscar un cajero automático y que la señora nos espere si llega en nuestra ausencia.

Salimos a la calle y el viento nos golpea la cara. Como respuesta intentamos abrigarnos como mejor podemos; la verdad es que no estábamos preparados para ese frío. Avanzamos unos pasos y vemos que a lo lejos aparece la estructura característica del puente Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Es el puente colgante más grande de Chile y en 2012 se convirtió en el ícono de toda la movilización aisenina. De hecho, en una medida estratégica, los pescadores lo cortaron con barricadas, impidiendo así el tránsito desde Puerto Chacabuco hasta Coyhaique, la capital regional.

Pero esa no fue la primera vez que el puente logró notoriedad. A fines de los noventa la justicia chilena y los informes policiales determinaron que fue desde esta estructura donde una docena de jóvenes se habría arrojado a las aguas del Río Aysén. En aquel momento, Alicia Araneda, presidenta de la Corte de Apelaciones de Coyhaique y que posteriormente actuó como ministra en visita a cargo del caso, incluso llegó señalar que el puente ejercía una suerte de atracción fatal sobre los jóvenes lo que terminaba por provocar los suicidios. Como medida, la funcionaria además tuvo una singular idea. “Le planteamos al Alcalde la posibilidad de ponerle rejas al puente. Ustedes, como periodistas, deberían saber que en los países donde hay puentes de esta naturaleza es muy

común que la gente se tire al río”, aseguró en 2002 en el programa Piel de Jaguar de TVN⁹.

No fue la única. La prensa nacional pareció estar de acuerdo con esta particular teoría. En octubre de 2005, en un artículo titulado: “Altos niveles de depresión gatillan nuevos suicidios en Aysén”, la edición online del diario La Tercera también culpó al Río Aysén de las muertes: “El caudaloso río que cruza Puerto Aysén parece ejercer una poderosa atracción sobre las personas que deciden quitarse la vida en esa ciudad de la XI Región”.¹⁰

Por ahora, el puente y el río parecen incapaces de hacer daño. Para llegar al supermercado hay que atravesar la construcción colgante. Cada vez que pasa un camión, la estructura se mueve en pequeñas sacudidas; también cuando corre viento. El Carlos Ibáñez del Campo une las riberas norte y sur del pueblo; por lo mismo durante todo el día hay tránsito de personas y vehículos. A esa hora los escolares y los trabajadores regresaban hacia sus casas. Nos unimos a ellos para volver a la residencial; allí nos damos cuenta que la persona encargada de ir a buscarnos aún no llega. “Deberían aprovechar de cenar acá”, sugiere el hombre que hace rato terminó de preparar las mesas. Pero no es necesario, justo en ese momento entra la dueña de casa. Finalmente.

⁹ PEQUEÑO, PAMELA y TORO, ALEJANDRA. 2006. Caso Aysén, Piel de Jaguar, TVN

¹⁰ Altos niveles de depresión gatillan nuevos suicidios en Aysén, La Tercera, 18 de enero de 2004

Nos saludamos y sutilmente le comentamos nuestra sorpresa por el atraso de dos horas, sobre todo teniendo en cuenta que nos dijeron que sólo tardaría “un ratito”. Ella parece no prestarle atención, o, por lo menos, no la que nosotros esperábamos. Nos mira y dice: “Acá tenemos un dicho: ‘El que se apura en la Patagonia, pierde su tiempo’”.

Camino a la segunda residencial pensamos en estas palabras y no tardamos en encontrarle sentido. Desde Santiago aún veníamos con el ritmo que impone la vida en la capital y llegamos a Puerto Aysén con ese mismo impulso; como si alguien nos persiguiera desde el momento en que nos subimos al avión. Estábamos apurados sin necesidad de estarlo; competíamos solos en una carrera imaginaria. Hicimos el ridículo: en Aysén no hay un metro que alcanzar; ni hay que correr para ocupar un asiento vacío en la micro. Acá es la misma naturaleza la que impone su ritmo.

Avanzamos hacia nuestro nuevo destino por la Sargento Aldea, la calle principal de Puerto Aysén. Acá le dicen avenida, pero es apenas una calle con dos pistas que avanzan en un solo sentido. Es de noche, pero la mayoría de los locales comerciales aún permanecen abiertos; destacan varias farmacias, un par de restaurantes, y muchos negocios de ropa. Acaba de finalizar la temporada de vacaciones, así que los comerciantes sólo pueden ofrecer la mercadería que les sobró del verano. Sargento Aldea no cuenta con más de diez cuadras de

extensión, pero es muy común ver patrullas de Carabineros pasar con mucha frecuencia.

Doblamos en Serrano Montaner y estacionamos a mitad de cuadra, justo frente a una sucursal de Chilexpress. Acabamos de llegar a nuestra residencial; es una casa grande y nueva, de color blanco (se nota que fue pintada hace poco) y en su interior se aloja casi una decena de trabajadores foráneos que participan en la construcción del nuevo hospital de la ciudad (resultado de la movilización de 2012). Posee un amplio jardín, pero el pasto está descuidado.

Guiados por la dueña de la residencial y por el hombre que ponía las mesas en la otra casa, nos instalamos en nuestra pieza. Recibimos con atención los consejos e instrucciones que nos dan y esperamos que la conversación acabe, no porque así lo deseamos, sino porque interpretamos los silencios como un indicio de que ya no hay nada más de qué hablar. Sin embargo, tenemos nuestra segunda revelación del día: a la gente de Aysén le gusta charlar y es pésima para finalizar una conversación. Terminan de decir algo, permanecen en silencio y le dan a entender al interlocutor que el diálogo ya no existe, pero no es así. Puede que ya no haya más de qué hablar, pero un aisenino nunca va a dar por acabada una conversación. Esto nos obliga a nosotros a terminar la charla; por lo mismo nos despedimos y la dueña nos dice que nos va a entregar

la clave de internet en un ratito. Le damos las gracias, pero sabemos que no tendremos conexión hasta el día siguiente.

Despertamos temprano, alertados por ruidos desconocidos. Son los hombres que duermen en las otras habitaciones y que deben madrugar para ir a su trabajo en el hospital. A esa hora Aysén aún no amanece; hace mucho frío y está oscuro. Esperamos a que salgan y nos dirigimos a la cocina, sin duda es el mejor lugar de toda la casa. Es la típica cocina del sur de Chile: amplia, iluminada y bien temperada; en un rincón hay una cocina a leña encendida; al lado hay una a gas que también está funcionando. Cada una de ellas tiene una tetera con agua en su interior. Del techo cuelgan dos cordeles con ropa húmeda. Entramos y el ambiente es agradable; la combustión a leña nos conforta y la habitación aún huele al desayuno que más temprano se sirvieron nuestros compañeros de residencial.

A un costado se aprecia un pequeño comedor; allí, ordenando las sillas vemos a una mujer que no se sorprende de nuestra entrada. Nos saluda; es la encargada de la casa. Se llama Cristina Hernández y tiene poco más de 30 años. Nos cuenta que sólo lleva un par de meses trabajando en la casa. Le preguntamos si podemos desayunar...tenemos ganas de tomar mate. “Sí, tomemos”, nos dice ante nuestra sorpresa. Nos sentamos en la mesa; ella levanta la tetera que espera sobre la cocina a gas y vierte un poco de agua

sobre el recipiente del mate; esperamos sentados, pero es ella la que comienza a beber. Cristina advierte nuestra sorpresa y mientras se sienta, comenta: “El problema de ustedes, los nortinos, es que creen que saben tomar mate, pero no lo saben. Ustedes toman mate solos, de forma individual, pero acá en el sur se comparte”.

Ella nos enseña, nosotros aprendemos. Ahí nos damos cuenta de que en la Patagonia el mate no es una bebida más; su consumo constituye todo un ritual y los pasos de esta actividad requieren ser respetados rigurosamente: Cuando una persona termina de tomar, se lo pasa a la otra, y esta nunca debe decir gracias, excepto cuando ya no quiera tomar más (de todas formas el encargado de servir va a ignorar esto y va a insistir con uno más que se conoce como el “porfiado”). El agua del mate no tiene que ser hervida, de lo contrario se quema la hierba. Esta se debe cambiar cuando los pequeños palos aparecen flotando en el agua. También es mal visto emitir ruidos cuando se está absorbiendo por la bombilla; el mate se toma de la forma más silenciosa posible.

Cristina nos cuenta también que es muy común que en Aysén se realicen reuniones de mate, donde la gente se visita en sus casas sólo para conversar y disfrutar de esta tradicional bebida. Sus palabras nos empiezan a hacer sentido; de hecho recordamos que en el camino entre Balmaceda y Coyhaique vimos una curiosa escultura de una mano humana sosteniendo un mate. Más tarde

descubrimos que en las ciudades de la Patagonia existen tiendas que sólo venden productos relacionados con esta bebida: recipientes de diversos materiales, bombillas, termos, y réplicas en miniatura.

El desayuno lo complementamos con pan con mermelada típica de la ciudad: rosa mosqueta, grosella y calafate. Al lado de la mesa, encima de un pequeño mueble está la radio encendida. Transmite la emisora Las Nieves, una de las dos que funcionan en Puerto Aysén. “La otra es Radio Milenaria, pero esa es de derecha”, nos explica Cristina. Se oye un programa matinal que va alternando canciones con información noticiosa de la zona. Cuando finaliza un alegre chamamé, una suerte de corrido típico de la Patagonia de Chile y Argentina, el conductor informa sobre un leve temblor que se produjo durante la medianoche, pero que fue prácticamente imperceptible para los aiseninos. De hecho, los sismógrafos de la Universidad de Chile tampoco detectaron el movimiento, no así el Servicio Geológico de Estados Unidos (USGS, por sus siglas en inglés) que sí lo hizo y registró el evento en 4,5 grados en la escala de Richter. “Eso es típico, para los santiaguinos nosotros no existimos”, se queja Cristina, quien alcanzó a estudiar dos años en Santiago, pero que regresó a su ciudad antes de terminar la carrera: “Echaba de menos Aysén”.

En el informe de noticias también dan cuenta de un geólogo que descubrió la aparición de burbujas en el Río Aysén; el profesional llamaba a no ignorar este fenómeno pues ocurrió lo mismo en 2007 antes del terremoto y tsunami que

afectó a la zona y que dejó tres muertos y siete personas desaparecidas. “Esa vez vino gente de la Onemi y salieron diciendo que no iba a pasar nada, que no iba a haber terremoto ni menos tsunami, pero pasó”. Cristina y la mayoría de los aiseninos reclaman por la actitud de Santiago o de los “nortinos” hacia Puerto Aysén: “Siempre nos hemos sentido ignorados y abandonados; de hecho por eso surgió toda la movilización de 2012, y ahí recién se volvieron a acordar de la ciudad; Aysén sólo aparece en la prensa del resto del país por cosas negativas, porque en los medios mostraron a la gente tirándole piedras a Carabineros, sólo eso. En el último tiempo hemos hecho noticia sólo por cosas malas, como todos los asesinatos que han ocurrido”.

Miramos a Cristina y le damos las gracias; esta vez no hay “porfiado”. La radio ahora realiza una tanda comercial y se publicita un local que se especializa en vender productos relacionados con el consumo de mate; “El emporio gaucho”, se llama. Miramos a nuestra anfitriona y le preguntamos dónde está el supermercado Maba, ya que en ese lugar debemos realizar una entrevista. Ella sonríe, espera un momento y nos responde: “Ya sé porque están acá. Ustedes vienen por el Caso Aysén”.

CAPÍTULO III

“Casi me da un patatús al ver una noticia de Aysén en el diario El Mercurio. Yo pensé que en Chile no sabían que existíamos”¹¹

¹¹ QUINTANA, MARÍA ISABEL. Vivir en Puerto Aysén. 2010. Caballo de Proa. Puerto Aysén.

Víctor Hugo Barría Mardones fue encontrado muerto la mañana del 12 de marzo de 1997. Su cuerpo apareció flotando en el Río Aysén y las primeras informaciones señalaban que el joven de 21 años se había lanzado desde el puente Carlos Ibáñez. Ésa fue la versión que se le entregó a su madre, Gladys Mardones. Sin embargo, el entorno familiar del joven y la mayoría de los aiseninos aseguran que Víctor Hugo fue asesinado por Carabineros. Su historia es una de las que conforma el Caso Aysén y una de las razones de nuestra presencia en la ciudad, tal como lo descubriera Cristina. Además, el caso de Barría forma parte de la querrela por asesinato y asociación ilícita interpuesta el 7 de noviembre de 2002 en la Corte de Apelaciones de Coyhaique junto con los casos de Roberto Lagos Flores, Mario Lepio Chiguay, Fabián Díaz y Paulina Gómez Gómez, presentada por los familiares de las víctimas y el abogado Hugo Gutiérrez.

Con las indicaciones que Cristina nos entregó nos dirigimos hacia el supermercado Maba, propiedad de la familia Barría Mardones. Para hacerlo nuevamente debemos atravesar el tradicional puente sobre el Río Aysén, pero en esta oportunidad no corre tanto viento y la estructura no se sacude como el día anterior. El cielo está despejado y logramos apreciar el bello entorno natural

de Puerto Aysén; no resulta difícil entender por qué los habitantes de esta ciudad aseguran que un aisenino está ligado con su tierra y siempre está destinado a regresar a ella.

En el camino pasamos al lado de la construcción del nuevo hospital. Es un edificio imponente para la ciudad que comprende casi catorce mil metros cuadrados y que tendrá cuatro pisos de altura. En total, la obra tiene un costo de 28 mil millones de pesos y su construcción se ha visto envuelta en polémicas: A fines del año pasado, los cerca de 200 trabajadores decidieron paralizar sus labores debido a los problemas que tenían con CVV Ingeniería e Ingetal, empresa encargada del proyecto, debido a las semanas libres y los días de descanso para los obreros que no pertenecían a la zona. Luego de unos días de huelga, el problema se solucionó y los obreros foráneos cuentan ahora con al menos diez días de reposo cada mes.

Todo el lío parece que valdrá la pena. El hospital solucionará varios problemas médicos que anteriormente obligaban a los aiseninos a trasladarse hasta otras ciudades para poder recibir atención; algunos, incluso, preferían atravesar hasta Argentina.

Cuando cruzamos la carretera que conecta la ciudad con Puerto Chacabuco podemos ver el frontis del supermercado Maba. Es un pequeño local ubicado a una cuadra de la cárcel de Aysén, por lo mismo tiene una posición estratégica y

recibe a muchas personas que van o vienen desde este centro penitenciario a la hora en que los reclusos pueden recibir visitas.

Apenas entramos al Maba sentimos el olor a cebolla, esto porque el negocio cuenta con una panadería donde hacen pasteles y empanadas, además de pan. En el interior nos recibe Rosa Flores, quien es la madre de Roberto Lagos, otro de los jóvenes que forman parte del Caso Aysén y que igualmente apareció muerto en el río. Su deceso también fue atribuido a un suicidio. En el segundo piso nos espera Gladys Mardones; subimos y cuando ingresamos al living intentamos buscar fotografías de Víctor Hugo, pero es la madre la que detiene nuestra búsqueda: “Hace poco no más que me atreví a poner fotos de él; antes no lo hacía”.¹²

Gladys nos espera sentada en un sillón, recién subió desde la panadería así que aún no termina de cambiarse toda su ropa de trabajo. Antes de comenzar la entrevista, se excusa diciendo que no recuerda todos los detalles ni los nombres de las personas que pudieron haber participado en el caso de su hijo, y que, incluso, pasó mucho tiempo con depresión negándose a recordar lo que había ocurrido. Sin embargo, aún tiene fresco en la memoria el último día que compartió con Víctor Hugo.

¹² Entrevista a Gladys Mardones. Realizada por los autores en Puerto Aysén, 19 de marzo de 2014

“Él llegó ese día en la tarde porque había ido a buscar su certificado de notas al liceo, recién había terminado cuarto medio. Antes me había avisado ‘mamita voy a ir a buscar mis documentos para que llame a mi hermana y me vaya a matricular’. Él quería estudiar Acuicultura en Temuco, justo donde vive la Tatiana, su hermana. Llegó contento, me abrazó y me dijo que ahora sí iba a salir adelante. Antes había estado en la Marina, pero no le gustó y se salió; se sentía culpable por haberme hecho gastar dinero, pero él quería un título. Decía que en la Marina iba a ser como cualquiera y siempre lo iban a andar mandando, pero que un título profesional era algo que nadie se lo iba a quitar”.

Han pasado 17 años desde ese momento y Gladys aún sufre cuando recuerda a su hijo. Habla con calma y, de vez en cuando, se lleva ambas manos a la cara. Mira a la distancia como queriendo recordar bien el momento, pero sus ojos sólo topan con una muralla vacía.

“Más tarde, ese mismo día, se puso a atender un rato el negocio y me dijo que tenía ganas de comer panqueques. Yo tenía flojera, pero igual se los hice. Después lo pasó a buscar un amigo, el Oscar Agüero, para que salieran y me dijo ‘Mamita, voy y vuelvo’. Pero no volvió más”.

Además, y tal como lo consigna la querella, Víctor Hugo había seleccionado una serie de fotografías que él pretendía dejar a sus amigos como una especie

de recuerdo antes de su partida a la Novena Región¹³. Este era uno de los motivos de la salida y una de las razones para que su madre le diera permiso.

El caso del joven no era aislado. Muchos estudiantes deben abandonar la Región una vez que finalizan sus estudios de enseñanza media. La principal razón es la escasez de oportunidades académicas y laborales para los recién egresados. De hecho, hay un dato relevante. Según un estudio publicado por el INE, en el período comprendido entre los años 1997 y 2002, Aysén poseía la tercera tasa de emigración más alta del país, detrás de Magallanes y la Región de Atacama. La cifra llegaba a 22,5 por mil habitantes, lo que arrojaba una tasa de migración neta negativa de -0,6. Es decir, la cantidad de gente que llegó a la zona en ese período era inferior a la que se fue¹⁴.

Víctor Hugo no llegó en toda la noche, pero eso no alarmó a su madre, pues era normal que su hijo se quedara a dormir afuera con sus amigos. Por lo mismo, al amanecer, Gladys repitió la misma rutina de todos los días y se dispuso a abrir su negocio. Fue en ese momento cuando oyó la noticia en la radio. “Dijeron que habían encontrado un cuerpo en el río; daban la descripción de la ropa y, como habían encontrado los documentos, también dijeron el nombre... Ahí no supe más, ni siquiera fui capaz de ir a ver el lugar”.

¹³ Querrela Criminal por Asesinato y Asociación Ilícita, Coyhaique, 7 de noviembre de 2002

¹⁴ INE, Migraciones Internas Regionales 1992- 2002, <http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/demografia_y_vitales/demografia/pdf/migraciones241107.pdf>

Gladys Mardones no recuerda qué pasó luego de que se enterara de la muerte de su hijo. Apenas guarda imágenes del funeral de Víctor Hugo. A través de las versiones de sus familiares ha podido ir reconstruyendo la historia: al primer contacto de sus cercanos con el cuerpo de su hijo quedaron en manifiesto las irregularidades en el deceso: “Mi hermana con su esposo lo vistieron, yo no quise ir a verlo. Por una parte fue mejor, porque uno se quiere quedar con la imagen de cómo era. Su ropa estaba toda rasgada”.

Para la familia era difícil creer que Víctor Hugo se había suicidado y esta idea fue reafirmada por los propios habitantes de Puerto Aysén, que luego de la muerte del joven se acercaron hasta los Barría Mardones para entregarles otra interpretación de lo sucedido que contradecía la versión oficial y que señalaba a los culpables de la muerte del estudiante.

“A nosotros nos dijeron que el Víctor se había tirado al río, suicidándose. Pero toda la gente llegó a mi casa diciendo que Carabineros lo había matado. Incluso, algunos escribían en la calle: ‘Carabineros mató a Víctor Hugo Barría’”.

Conscientes de las contradicciones, Gladys y sus cercanos comenzaron a investigar por su cuenta lo que había ocurrido. Para esto tuvieron que reconstruir la última noche de Víctor Hugo: Él y su amigo, Oscar Agüero, estuvieron bebiendo alcohol en el sector del Cerro Mirador. Luego pasaron a

visitar a la hermana de Agüero, Alejandra; ahí siguieron compartiendo hasta que se les acabó la bebida; por lo mismo decidieron ir a comprar a una botillería que estaba al lado. Sin embargo, cuando llegaron al local se dieron cuenta que éste estaba cerrado; después ambos jóvenes empezaron a patear la reja del negocio lo que motivó a su dueño a llamar a Carabineros. Esto provocó la huida de Barría y Agüero, pero ambos arrancaron de forma separada. La última vez que alguien vio con vida a Víctor Hugo Barría escapaba de Carabineros rumbo hacia el puente Carlos Ibáñez. “Él se venía para la casa”, explica Gladys Mardones.

Días después de la muerte del joven aparecieron los testigos. “Un lechero de Puerto Aysén vio a Carabineros cuando andaba con el cuerpo de mi hijo viendo dónde lo podían tirar. Él llegó tan mal a su casa, que ni siquiera pudo trabajar; quedó choqueado. Lamentablemente después también falleció. Otras chicas que venían saliendo de la cárcel porque pasaban la noche ahí vieron a Carabineros intentando sentar a mi hijo en una de las bancas de la plaza que hay acá, pero no les resultó porque el cuerpo se les iba para un lado. Quizás ya estaba muerto. Hay otro testigo, y él nunca ha cambiado su versión, que iba pasando por el puente esa noche con un amigo cuando vieron a dos Carabineros sacar un cuerpo del maletero de un auto, como intentando deshacerse de él, pero se arrepintieron cuando se dieron cuenta que los estaban viendo. Él ha sido el único que ha hablado; el resto de la gente tiene

mucho miedo de hablar. Es imposible que nadie más haya visto algo. No sé por qué la gente tiene tanto miedo”.

La posibilidad de que hayan sido miembros de la policía uniformada los que estuvieron involucrados en la muerte de Víctor Hugo Barría empezó a hacerles sentido a los familiares del joven, sobre todo porque les costaba creer que él se hubiese lanzado desde el puente. “Nunca pasó por mi mente que él se había suicidado. Él llegó contento, ¿Cómo uno va a pensar que su hijo se va a matar? Él jamás había pensado en matarse. No era depresivo y siempre andaba cantando; era bueno para los chistes. ¿Quién podría creer que una persona así se iba a quitar la vida?”.

Además, Víctor Hugo ya había tenido un par de encuentros poco amistosos con Carabineros, particularmente con Héctor Arcadio Vargas Vargas, temido funcionario de la ciudad, conocido como el “Zanahoria” y que anteriormente se había visto involucrado en el caso de Hornos de Lonquén, donde en noviembre de 1978 fueron encontrados los restos de quince campesinos asesinados por la Dictadura.

“Una vez me dijo ‘Mami, acá los *pacos* son *puntúos*; a uno no lo dejan ni caminar’. A mí, los chicos me contaban que los Carabineros abusaban y se aprovechaban. A nosotros nos contaron que uno de ellos, el ‘Zanahoria’, le tenía mala a mi hijo porque se había metido con su hija. Pensamos que no lo

quiso matar; sino que le dio una paliza y se le pasó la mano. Fue fuerza de poder. Lo tomaron detenido, le dieron la paliza, y después no hallaron qué hacer así que lo tiraron al río. Se supone que en la comisaría lo torturaron metiendo su cabeza en un balde con agua. Al principio me daba cosa toparme con una patrulla, pero después pensé que no todos ellos tenían la culpa; hay algunos buenos y otros malos, no puedo meter a todos en el mismo saco. Pero hay algunos que son el demonio”.

En el programa Piel de Jaguar de TVN, la hermana de Víctor Hugo, Tatiana Barría, también relató un incidente que vinculó a su hermano con el “Zanahoria”: “Él le pegó a Víctor y mi hermano le preguntó por qué lo hacía. El carabinero le respondió ‘Te pego por choro, cabro de mierda’. Después mi hermano le tiró un escupo y el Zanahoria lo amenazó, le dijo que iba a ser su sombra, que se cuidara”¹⁵.

Gladys Mardones reconoce que ya ha aprendido a vivir sin la compañía de su hijo. Y ha debido a acostumbrarse a los golpes; dos años después de lo de Víctor Hugo, su esposo Víctor falleció producto de un infarto: “Él también sufrió mucho, la muerte de su hijo fue terrible para él. Yo creo que por mi trabajo estoy viva; los primeros años estuve súper mal, a veces ni podía pararme del sillón. Después empecé a ver sus fotos, antes ni siquiera podía ponerlas en el living.

¹⁵ Piel de Jaguar, *op cit.*

Ahora sé que voy a seguir luchando por él. Antes no iba tanto a la Iglesia, ahora estoy bien. Los veo a ustedes, jóvenes y pienso que así estaría mi hijo”.

Hay un silencio y miramos un mueble que está a un costado del living. Por fin encontramos las fotografías. Es una pequeña biblioteca y, en uno de los rincones se aprecian varias imágenes. Gladys se da cuenta y nos invita a mirarlas más de cerca. En una de ellas se ve a su hijo con el uniforme de la Marina junto a dos amigos; en otra aparece ella junto a los miembros de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén, creada luego de que las muertes como las de Víctor Hugo dejaron de ser hechos aislados y se empezaron a multiplicar por la ciudad. La mayoría de las madres viste de negro y, junto a ellas, está Alex Matute Johns, hermano de Jorge Matute Johns quien se acercó a la agrupación cuando el cuerpo de su hermano aún no era encontrado. Hay una última foto donde se ve una niña: “Es mi nieta Belén. Ella tenía dos años cuando pasó lo de Víctor, pero aun así se acuerda de su tío. Él estaba bien chocho de su sobrina, la llevaba a pasear y les decía a todos que era su guagua. Cuando nació, él le compró toda la ropa de Colo Colo, hasta el gorro”.

Gladys mira detenidamente la fotografía de su hijo y luego la regresa al lugar donde estaba. Reconoce que no han sido sencillos estos años, pese a que asegura que ahora está un poco mejor. Pero debe ser difícil proponerse estar bien si aún no siente que se ha hecho justicia por la muerte de Víctor Hugo;

aunque ella no se lo proponga, son las mismas circunstancias las que le traen el recuerdo de su hijo: “Estaba moviendo algunas cosas porque íbamos a agrandar la panadería; de repente encontré la ropa que usó mi hijo ese día, la tenía guardada. Estaba sola y me afectó mucho, quedé súper mal, sentí que me iba a dar un ataque. Le encontré hasta las llaves de la casa que andaba trayendo y todas las cosas que traía en el bolsillo. Fue como revivir todo de nuevo. Tenía arena y a la camisa le faltaban botones, se notaba como que lo hubiesen tironeado”.

Cuesta creer que una persona que quiere suicidarse salga con las llaves de su casa. En todas estas cosas se han detenido a pensar una y otra vez en la familia de Gladys Mardones, por lo mismo espera a que por fin quede al descubierto qué fue lo que pasó con su hijo. Pero es difícil, sobre todo cuando muchas de las personas que ofrecieron ayuda y que aseguraron saber lo que sucedió con Víctor Hugo han desistido de declarar. “Todo el mundo sabe lo que sucedió y aún no se llega a la verdad. Espero que a alguien se le ablande el corazón y hable, porque no creo que se vayan a morir con ese secreto ahí. Tengo fe de que algún día va a llegar la verdad”.

Justo en ese momento oímos que alguien sube las escaleras de la casa; es Guido Jaramillo, esposo de una de las hermanas de Gladys Mardones y uno de los tíos más cercanos a Víctor Hugo. Además, desde hace algunos años es el

vocero de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén. Cuando entra al living, nos saluda con confianza y ni siquiera necesita presentarse; hace un par de semanas ya habíamos conversado con él desde Santiago y ahora agradece nuestra presencia: “A nosotros nos ayuda y nos sirve que el caso del Hugo se sepa. Antes nadie venía a ayudarnos, era como si tuviéramos lepra”¹⁶, explica Guido, quien se refiere a su sobrino mediante su segundo nombre: Hugo.

Guido es el encargado de la sucursal de Chilexpress de Puerto Aysén. Pasa todo el día haciendo entregas entre Balmaceda y Puerto Chacabuco y, prácticamente conoce a la mayoría de los habitantes de la ciudad. En todos los trayectos ha tenido tiempo para pensar en lo que le pasó a su sobrino y aún no se rinde: es el más convencido de que Hugo fue asesinado por Carabineros.

“Es que los pacos ya lo habían amenazado; él ya había tenido varios conflictos con ellos. Un día estaba conversando con unas chicas en la calle y pasó Carabineros acusándolo de que les estaba dando alcohol a las niñas, pero era mentira. Ellos lo molestaban siempre, lo tenían entre ceja y ceja. Otro día, los pacos estaban tomando en la Casona, que es una casa de huifas que hay acá, y tenían la patrulla estacionada afuera, entonces pasó mi sobrino con unos amigos y les pincharon los cuatro neumáticos. Entonces, los pacos cacharon y

¹⁶ Entrevista a Guido Jaramillo. Realizada por los autores el 19 de marzo de 2014 en Puerto Aysén.

supieron quiénes habían sido, y tuvieron que haber dicho: ‘Ya, a este huevón hay que sacarle la chucha’”.

Las versiones de Guido y Gladys coinciden respecto a qué fue lo que le pasó a Víctor Hugo: “Esa noche, a él lo persiguieron, le pegaron, seguramente él se defendió porque era bien rebelde. Quisieron darle un escarmiento y se lo llevaron a la comisaría; ahí tenían un barril con agua, lo metieron y, como andaba con trago, lo asfixiaron, se les ahogó ahí. Como había que hacerlo desaparecer, lo estuvieron paseando hasta que se les hizo tarde y lo tiraron al agua, con tan mala suerte para ellos que justo en esa parte del río el agua se devuelve, así que ahí se quedó el cuerpo”.

Guido permanece de pie en todo momento; está apurado, en unos minutos más debe volver a su furgón y seguir repartiendo encargos. Tiene mucho que contar, eso sí, pregunta cuánto tiempo vamos a estar en la ciudad y se ofrece a contactarnos con los padres de los otros jóvenes fallecidos que también forman parte del Caso Aysén. Él asegura que algunas de las muertes pueden tener relación y habla de algo siniestro que operaba en su ciudad: una suerte de red de tráfico e influencias conocida como Los Intocables. “La red era un grupo de compadres que se protegían entre ellos y tenían nexos con los jueces, detectives y Carabineros. Hacían fiestas, consumían drogas y también la movían. Si uno de los integrantes caía en desgracia, se hablaba con el juez y

listo, se protegían; así operaba esto. El juez Carlos Klapp era el cabecilla; se drogaba, curaba y andaba en casas de huifas. El alcalde, Oscar Catalán también era parte del grupo. Entonces, en el caso del Hugo, los pacos tuvieron que haber contado lo que pasó y pidieron ayuda, entonces su muerte fue catalogada como suicidio. El juez Klapp no investigó nada y cerró la causa. Ni siquiera fue a ver el cuerpo”.

Jaramillo hace referencia a Carlos Adhiro Jesús Klapp Apolonio, quien ejerciera como juez en Puerto Aysén y que fue el primero en investigar los decesos de Víctor Hugo Barría, Víctor Fabían Díaz y Paulina Gómez, todos parte del denominado Caso Aysén. Curiosamente, Klapp atribuyó todas estas muertes a asfixia por inmersión, sin intervención de terceros.

En aquel entonces, sin embargo, se cuestionó la independencia del juez debido a su cercanía con el grupo de Los Intocables que, además de los mencionados por Guido, también incluía a conocidos empresarios de la zona. Pese a la mala fama que tenía el funcionario, el Poder Judicial siempre lo respaldó y calificó con nota sobresaliente. Sin embargo, en 2001 se publicaron unas imágenes de Klapp donde aparecía borracho y con prostitutas lo que motivó su traslado a Castro, en Chiloé¹⁷, ciudad donde falleció en 2011.

¹⁷ Juez Klapp acepta responsabilidad en polémicas fotos con prostitutas, Cooperativa en internet. 13 de marzo de 2002 < <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/juez-klapp-acepta-responsabilidad-en-polemicas-fotos-con-prostitutas/2002-03-13/134700.html>>

En Puerto Aysén siempre se supo que el polémico magistrado usaba sus horas de trabajo para descansar; de hecho, el mismo Guido conoció de cerca la negligencia del juez cuando se dispuso a retirar la orden para levantar el cuerpo de su sobrino. “Tuve que ir a buscar el papel a la casa de Klapp porque él ni siquiera estaba en el Tribunal. Estaba curao, durmiendo la tranca; su secretario tuvo que entrar para sacarle la firma. Después, cuando declaré esto, la ministra en visita, Alicia Araneda, trataba de hacerme cambiar la hora. Era toda una maraña para tratar de echar abajo nuestra postura. Esto estaba podrido entero”.

Alicia Araneda es otra de las personas que tuvo un polémico actuar en ese tiempo. Fue designada en 2003 ministra en visita, pese a que un año antes, siendo presidenta de la Corte de Apelaciones de Coyhaique, había llamado la atención a raíz de las curiosas declaraciones que emitió al programa Piel de Jaguar de TVN.

Además, algunos de los testigos que cuestionaban las tesis de los suicidios en el Caso Aysén reclaman haber sido amenazados por la ministra. “Alicia Araneda trató de refutar a toda la gente que nos había dado antecedentes y ellos se vieron presionados a cambiar su declaración. En nuestro caso, ella trataba de buscar antecedentes de depresión o que el Hugo estaba con problemas psicológicos, pero no hubo nada de eso. Entonces, todas las causas

las tuvo que cerrar temporalmente a la espera de más antecedentes. Pero no hay ningún testigo que diga que él se suicidó”.

En Coyhaique intentamos entrevistar personalmente a Araneda, pero se negó por motivos de trabajo. Eso sí, nos sugirió que la llamáramos por teléfono para que habláramos sobre el Caso Aysén. Así, una vez que estuvimos en Santiago quisimos contactarla en varias ocasiones, sin embargo nunca nos contestó.

Cuando el Caso Aysén obtuvo notoriedad a fines de los noventa fueron muchos los periodistas, abogados y sociólogos que viajaron hasta la Patagonia a ofrecerles ayuda a los familiares de las víctimas. Sin embargo, cuando las causas se fueron cerrando, todos los profesionales se devolvieron a Santiago y los cercanos a las víctimas volvieron a quedar solos. Así se sienten hoy en la familia de Víctor Hugo Barría, abandonados, sintiendo la indiferencia de las autoridades que en ocasiones llegó a convertirse en algo ofensivo. “El Caso Aysén es un manto oscuro al que nadie quiere acercarse. En ese momento, la gente que estaba en el Gobierno de Ricardo Lagos no quería nada con nosotros; era muy difícil hacer venir a un funcionario para acá; es un caso en el que nadie se quiere meter. Se supone que iba a venir la primera dama de la época, Luisa Durán, a solidarizar con nosotros. Antes habíamos estado en Santiago con ella, le contamos todo y quedó impactada. Pero antes de que viniera, empezó a salir en la prensa que el Caso Aysén se derrumbaba porque la ministra había empezado a cerrar las causas. Después nos llamaron y nos

avisaron que la primera dama no podía venir por problemas de agenda. La jefa de gabinete se contactó con nosotros y nos dijo que nos quería ayudar, así que se ofreció a mandarnos tres tortas para que pasáramos una Navidad tranquila con nuestros hijos. No lo aceptamos; lo consideramos una ofensa”.

El auto gris

Alejandra Agüero Aros aún intenta mantenerse cerca de la familia de Víctor Hugo Barría. Es la hermana de Oscar Agüero y una de las últimas personas que vio con vida al joven. Nos trasladamos hasta su hogar en una villa del sector sur de Puerto Aysén. Llegamos cuando es de noche, pero ella ya nos esperaba. De hecho, se ofreció a recibirnos porque quiere ayudar a que el caso del amigo de su hermano se esclarezca. No han sido fáciles estos últimos años, ella indirectamente se convirtió en testigo y protagonista del caso y ha debido declarar en más de una ocasión.

“Me acuerdo muy bien de esa noche. Yo tenía 18 años y arrendaba una pieza cerca del negocio Las Brisas. Ese día llegó mi hermano con Víctor Hugo, él se andaba despidiendo porque se iba a estudiar; estaba celebrando. Bromeaba con que iba a salir de Puerto Aysén e iba a cambiar. Yo hace poco me había enterado que estaba embarazada, así que me fui a acostar temprano. Ellos se

quedaron un rato hasta que se les acabó el trago y luego se fueron. Cuando salieron de la casa tenía la tincada de que algo iba a pasar, pero jamás imaginé que iba a ser eso. Oí que pateaban la reja del negocio de al lado y se supone que la dueña llamó a los Carabineros, ellos llegaron al tiro y ahí Oscar y Víctor Hugo salieron arrancando”¹⁸.

En total, habrían sido cinco los efectivos policiales que arribaron hasta el local de Las Brisas. Según da cuenta el informe de los funcionarios, estos fueron José Gutiérrez y Germán Rodríguez que realizaban su ronda a pie por el sector, Miguel Canto quien llegó manejando el furgón de la institución y Miguel Rivas y Luis Ojeda que viajaban en el auto particular del primero de ellos.

“Me llamó la atención que después del furgón se estacionó un auto gris”, asegura Alejandra Agüero quien esa noche estaba acompañada de su ex pareja, quien pudo ver un policía cuyo nombre no aparece en los informes. “En el auto también iba un Carabinero bien rellenito y mi ex pareja me dijo que era el que le decían ‘Zanahoria’. Él lo conocía”.

Agüero recuerda que más tarde apareció su hermano solo, descontrolado, gritando por su amigo y como intuyendo que algo malo le podía suceder. “Él gritaba que los pacos se iban a llevar a su amigo, se volvió loco. Después, el

¹⁸ Entrevista a Alejandra Agüero. Realizada por los autores el 24 de marzo de 2014 en Puerto Aysén.

furgón y el auto gris se fueron hacia el puente, que es hacia donde había arrancado Víctor Hugo. Mi hermano se puso a llorar por él, yo no entendía su descontrol. Gritaba y se puso a golpear un árbol”.

Acá se produce otra incongruencia. Si bien, Alejandra Agüero, quien fue testigo presencial de los últimos momentos con vida de Víctor Hugo Barría, asegura que una vez que ella se encontró con su hermano, los funcionarios policiales fueron hasta el sector del puente Carlos Ibáñez detrás de Barría, el informe extrajudicial de Carabineros no coincide con la declaración de la joven.

“Mientras tomábamos dicho procedimiento, alertamos al furgón, el que llegó en forma inmediata y se estacionó metros antes de ingresar al puente que une la ciudad, por otra parte la pareja que se encontraba en el sector de la Municipalidad, concurrió al lugar en el vehículo particular del cabo segundo Miguel Rivas Salazar, quienes se estacionaron detrás del furgón, sin participar en el procedimiento”¹⁹, según la declaración extrajudicial de José Gutiérrez Pérez, sargento segundo de Carabineros, quien era uno de los efectivos que realizaba la ronda por el sector. El funcionario le resta protagonismo al auto gris de su compañero, pese a que Alejandra Agüero aseguró que el vehículo partió junto al furgón policial rumbo al puente Carlos Ibáñez detrás de Víctor Hugo Barría. Vale la pena mencionar que es en este auto donde tanto Agüero

¹⁹ Querella. *op cit.* p 20

como su pareja de aquel entonces habían divisado a Héctor Vargas Vargas, más conocido como “Zanahoria”, quien ya había tenido problemas con Barría.

Alejandra no supo más del amigo de su hermano hasta la mañana siguiente. “Salí a comprar y cuando pasé en colectivo por el puente vi que estaba el cuerpo de Víctor Hugo, todavía no lo habían levantado. No lo podía creer; yo lo había visto la noche anterior, estaba contento, estaba pensando en su futuro. Y uno se pone a pensar, quizás, si mi hermano también hubiese arrancado hacia el puente yo lo hubiese seguido y ahí no hubiesen matado a Hugo... o hubiesen matado a los dos. Nunca pensé que a Hugo lo iban a matar; porque se supone que los carabineros están para cuidar a la gente y no para matarla”.

Algunas semanas después de entrevistar a Alejandra, intentamos hablar con Oscar, su hermano. Ahora vive en Chiloé y logramos contactarlo por teléfono. Sin embargo, no tiene deseos de hablar sobre lo que le ocurrió a su amigo porque “no quiere empezar a mover las cosas”²⁰. Pero con su hermana es más explícita: “Oscar se siente mal, siente como que abandonó a su amigo. Él me dice: ‘lo mataron, lo mataron los pacos culiaos’”.

Otras interrogantes

²⁰ Entrevista a Oscar Agüero, realizada por los autores el 14 de abril de 2014 en San Fernando.

La versión oficial señala que la noche del 12 de marzo de 1997 fue Sofía del Carmen Leal, dueña de Las Brisas, quien llamó a Carabineros luego de que Agüero y Barría golpearan insistentemente la reja de su negocio. Sin embargo, en la declaración judicial, la testigo niega haber sido ella quien contactó a los uniformados. “Frente a mi local comercial había dos jóvenes, uno de los cuales con un palo golpeaba la puerta de acceso, quebrando un vidrio, de pronto hasta el lugar y sin ser alertados por mi persona, llegó carabineros, mientras que los jóvenes ante su presencia huyeron en distintas direcciones, luego por lo visto no habrían sido detenidos”²¹.

Según esta versión, Carabineros habría llegado sin ser llamado hasta el supermercado Las Brisas. Entonces ¿Por qué se insiste en que fue Sofía del Carmen Leal quien solicitó su presencia?, ¿Es probable que los funcionarios intentaran justificar su actuar asegurando que respondían a un llamado? Además, y teniendo en cuenta el polémico historial que existía entre Barría y los funcionarios, surge la interrogante si los policías no estaban tras los pasos de los dos amigos y encontraron aquella noche el momento ideal para saldar cuentas. Lo cierto es que tanto Agüero como Barría apenas advirtieron su presencia huyeron aterrados. Esta reacción adquiere más sentido si se tienen en cuenta los antecedentes de los encuentros anteriores entre Víctor Hugo y

²¹ Declaración oficial de Sofía del Carmen Leal Uribe

carabineros y explica la desesperación de Oscar Agüero, quien le advirtió a su hermana que a su amigo le iba a pasar algo.

El hallazgo del cadáver de Barría también estuvo marcado por hechos extraños. El cuerpo del joven fue encontrado por dos hombres que transitaban por el puente Carlos Ibáñez a las 10.40 de la mañana del 12 de marzo de 1997 quienes informaron a carabineros del hallazgo. En la declaración judicial, los jóvenes aseguraron que el cadáver se encontraba flotando sobre las aguas del Río Aysén. Sin embargo, cuando se constituyó la Policía de Investigaciones en el lugar del deceso advirtió que el cuerpo de Barría había sido removido por carabineros, alterando así la escena. "...Yacía en decúbito dorsal, apoyando su cabeza en el piso de tierra, extremidades superiores flectadas en 45 grados y sus manos sobre el abdomen, en tanto que la extremidad derecha inferior, extendida...se informa a U. S que la inspección ocular del sitio del suceso abierto, se observó que éste había sido alterado, ya que el cadáver se encontraba flotando sobre el río y fue arrastrado por personal de carabineros hacia la orilla distante a tres metros del mismo"²².

En cuanto al sitio donde fue encontrado Víctor Hugo, también existen dudas, esto porque Barría fue hallado contra la corriente del río. Esta particularidad les hace pensar a los familiares que el joven fue dejado en el río por terceros

²² Informe de la Policía de Investigaciones

estando ya sin vida y no que se arrojó voluntariamente. “Según ellos se lanzó del puente y lo encontraron río arriba, o sea fue el único día en que el río cambió de curso, eso es imposible”, señala Tatiana Barría al programa Piel de Jaguar.²³ La hermana de Víctor Hugo asegura además que habrían existido evidencias de que el joven fue torturado: “Hay un testigo que fue a la casa y que dijo que había visto las manos de mi hermano amarradas y que estaba dispuesto a declarar, pero, lamentablemente, igual que todos los demás, después dijo que no”²⁴.

La autopsia que se le practicó al cuerpo de Víctor Hugo tampoco ayudó a despejar las dudas. De hecho, los resultados, que no fueron concluyentes, arrojaron más incógnitas sobre este caso. En el cadáver fue hallado una abundante cantidad de líquido pleural en los pulmones. Este fluido comúnmente es hallado en las víctimas de torturas, sobre todo en las que sufrieron la técnica conocida como submarino, que consiste en sumergir a la persona en reiteradas ocasiones dentro de un tambor con agua. “En varios casos de Derechos Humanos en el extranjero, donde había habido violencia hacia personas que se le aplicaba el submarino se había encontrado abundante líquido pleural”²⁵, señaló Carlos Alvear en Piel de Jaguar, quien actuó como procurador en la querrela por el Caso Aysén. Esto aumentaría las sospechas en la familia Barría

²³ Piel de Jaguar, *op cit.*

²⁴ *Ibíd*

²⁵ Piel de Jaguar. *Op cit*

Mardones donde se sostiene que el joven habría sido torturado al interior de la comisaría de la ciudad.

Además, y tal como consta el informe de la autopsia del médico Germán Arancibia Zemelman, el joven tenía flujo sanguíneo cuya procedencia era imposible de determinar, pero que podía ser atribuible a una lesión sufrida mientras Barría aún estaba con vida. “Sin lesiones, con pompón espumoso en orificio nasal derecho y flujo sanguíneo que proviene desde la boca de mediana cuantía, cuyo origen fue imposible de dilucidar, debido que razón del rigor mortis, es imposible luxar el maxilar para examinar la cavidad oral...abundante líquido pleural libre, pulmones edematosos y congestivos, con abundante líquido en su interior. Corazón sin lesiones”.²⁶ En su declaración judicial, el profesional agrega: “En cuanto al flujo sanguíneo de la boca del occiso detectado al realizar la autopsia puede deberse a una lesión traumática y vital, esto es que ocurrió en vida, de cuyo origen no se pudo precisar dado la rigidez cadavérica”²⁷.

Por último, Arancibia determinó en su informe que la muerte de Barría se había producido a las 2 de la mañana del 12 de marzo de 1997, pese a que Oscar y Alejandra Agüero aseguraron que los jóvenes pateaban la reja del supermercado Las Brisas a las 3.30 de la mañana.

²⁶ Protocolo de Autopsia, firmado por Germán Arancibia Zemelman

²⁷ Declaración judicial de Germán Mauricio Arancibia Zemelman

Un testimonio clave

Guido Jaramillo se ofreció a llevarnos hasta donde viven los otros familiares de los jóvenes que murieron en el Caso Aysén. Nos encontramos cerca de nuestra residencial; él aparece manejando el furgón con el que trabaja en Chilexpres. Aún se encuentra en horas de trabajo, así que lo acompañamos a entregar las últimas encomiendas. Pasamos por el sector de la cárcel y el supermercado Maba, avanzando por la carretera que conecta Puerto Aysén con Puerto Chacabuco. Cuando atravesamos el puente Carlos Ibáñez, mira por la ventana del copiloto y señala hacia abajo, justo por donde pasa el río Aysén. “Ahí abajo, a mano derecha encontraron al Hugo. Apareció en un pequeño pozo, flotando, dando vueltas. Desde arriba del puente incluso se puede ver. Yo creo que los hueones llegaron y lo tiraron pensando que el agua se lo iba a llevar río abajo; en ese caso no lo hubiésemos encontrado nunca. Pero después descubrimos que en esa parte del río el agua se devuelve. Lo comprobamos tirando un palo”, nos explica Guido.

Vamos hacia el sector del Regimiento de Ingenieros Número Ocho Chiloé y notamos con sorpresa una larga fila de autos que esperan fuera de una bomba de bencina. Por la ciudad empezó a circular el rumor de que al día siguiente los camioneros realizarían un paro y cortarían la carretera, dejando sin abastecimiento a Aysén. Por esta razón, muchos prefirieron anticiparse y llenar

el estanque de sus autos. En un cartel podemos ver el precio que alcanza el combustible en esta zona: 947 pesos la de 93 octanos; 1.150, la de 95 y 1.060, la de 97. Junto con la Región de Magallanes, Aysén es la zona donde la bencina alcanza el valor más alto del país.²⁸ ²⁹ “Deberían ver cuando llegan las primeras sandías, cada una cuesta siete mil pesos”, se queja nuestro acompañante.

Terminamos de entregar los últimos encargos y el furgón queda vacío. Guido nos lleva a la casa de Félix Aro Chaura, quien aparece como el testigo clave en el caso de Víctor Hugo Barría. La noche en que falleció, Aro Chaura pasaba junto a un amigo por el Carlos Ibáñez cuando en dirección contraria vieron que de un auto gris dos carabineros sacaban un cuerpo del maletero y se dirigían al borde del puente, sin embargo, cuando los funcionarios se dieron cuenta de que estaban siendo observados, desistieron de su operación y devolvieron el cadáver de dónde lo habían sacado.

El testigo clave nunca ha cambiado su testimonio, pese a que ha sido amenazado en varias ocasiones. Él por lo menos ha tenido suerte. “El otro testigo que iba con Félix, falleció. Se ahogó misteriosamente cuando pescaba

²⁸ Los precios más altos y bajos de la bencina en Chile tras alcanzar su mayor valor hasta ahora. EMOL. 20 de febrero de 2014. < <http://www.emol.com/noticias/economia/2014/02/20/645917/los-precios-mas-altos-y-bajos-de-la-bencina-en-chile-tras-alcanzar-su-mayor-valor-hasta-ahora.html>>

²⁹ Sistema de información en línea de precios de combustibles en estaciones de servicio. < <http://www.bencinaenlinea.cl/web2/buscador.php?region=14>>

en un bote del empresario Enrico Rosso. Siempre le digo que él se salvó porque habló. Pero una vez fue un paco hasta su casa y le ofreció plata para que cambiara su versión; otras veces le ofrecían trabajo y en otras ocasiones iba gente que se quedaba fuera de su casa, como asustándolo. Casi todos los tiras y pacos que llegan acá son tráfugos, todos corruptos. Acá no llega nadie sano, todos han estado involucrados en temas de drogas, así que los castigan y los mandan a Aysén. Esta hueá está podrida completa”.

Aro Chaura tiene un pequeño taller mecánico junto a su casa. Esperamos en el exterior, mientras Guido llama a la puerta. Nadie responde. Nos rendimos y lo contactamos por teléfono. Se encuentra en Puerto Chacabuco por motivos de trabajo, pero de todas formas accede a darnos una entrevista en otra ocasión, sólo porque estamos junto a Guido Jaramillo. Han sido varias las personas que han llegado hasta su casa a preguntar por el Caso Aysén y él cada vez confía menos.

La primera vez que Aro Chaura conversó con un medio de comunicación fue en 2002 cuando fue entrevistado por el programa Piel de Jaguar. En esa ocasión, el testigo volvió a reiterar sus dichos: “Lo que yo vi esa noche a mí nadie me lo va a quitar de la vista. Yo venía ese día, más o menos dos y media, tres de la mañana, cruzando el puente Presidente Ibáñez. A la mitad nosotros nos detuvimos con un amigo a lo cual vimos a un vehículo que se detuvo en la parte

izquierda, un Nissan gris, donde andaban trayendo un cuerpo 'maleteado' dos funcionarios de Carabineros, más conocidos como el 'Zanahoria' y el 'Chapalele'. Vi que lo sacaron de la maleta y cuando nos vieron a nosotros lo volvieron a colocar y posteriormente siguieron rumbo hacia arriba, al sur. Yo conocía a esos dos carabineros"³⁰.

Debido a esta declaración, el taxista ha sido hostigado en varias ocasiones. En una de las llamadas telefónicas, una voz le advirtió: "Usted será la próxima víctima". En la querrela presentada por las muertes de los cinco jóvenes del Caso Aysén se afirma que esa llamada fue rastreada y se comprobó con sorpresa que fue efectuada desde la Prefectura de Carabineros de la Cuarta Región ubicada en La Serena. "Este hecho constituye de por sí el delito de amenazas y busca así evitar que esta persona entregue su testimonio y atentando contra la libre determinación, ya que con ello se busca determinar una conducta sobre el testigo, pero también es un delito contra la seguridad, por la posibilidad de que el amenazador lleve a cabo lo anunciado"³¹ , explica el documento.

Pero Félix no fue el único testigo. Rosario Risco Nahuelquin afirmó que su hermana, Gloria Risco Nahuelquin, la mañana del 12 de marzo de 1997 le contó que ese día más temprano, ella y una amiga "vieron que desde el interior de un

³⁰ Piel de Jaguar, op cit

³¹ Querrela Criminal, op cit

taxi sacaron a Víctor Hugo Barría y lo quisieron dejar sentado en un asiento del parque y que el joven al parecer estaba muerto porque se caía para todos lados, posteriormente lo volvieron a introducir en el taxi y es en eso cuando ven a un carabinero conocido popularmente como el Zanahoria”³².

Sorprende que ni esta declaración ni la efectuada por Aro Chaura formó parte de la línea de investigación. Llama la atención cómo las autoridades y las distintas policías han actuado con impunidad y negligencia en el Caso Aysén. ¿Existirá alguna forma de dejar al descubierto la manera de actuar de estos funcionarios? Guido nos asegura que ellos estuvieron cerca de comprobarlo. Nos explica que existiría un video (grabado en VHS), donde aparecen varias autoridades que trabajaban junto al juez Klapp compartiendo en una fiesta junto a prostitutas y consumiendo drogas. En el registro también aparecería el actual alcalde de la ciudad. “Se supone que estaba Oscar Catalán, los ministros de la Corte, todos haciendo fiesta. El video era grito y plata en ese tiempo. La ministra Araneda lo que más quería era recuperar el video. Me decía: ‘si usted sabe en qué parte está, me llama a la hora que sea, porque lo más importante para mí es rescatar el video, para la investigación sería primordial tenerlo. Entonces, si usted tiene información dónde puede estar, me avisa y allanamos altiro el domicilio’. Era demasiado evidente que estaba interesada en el video y fue amable conmigo por ese tema. Estaba seguro que si el VHS aparecía se iba

³² Ibíd

a borrar o lo iban a hacer desaparecer y nunca lo hubiesen utilizado como evidencia. De hecho, se supone que a Rodrigo Barichivich, otro de los cabros que apareció muerto, lo habrían matado porque era él quien tenía el famoso video”.

Permanecemos en silencio, tanto que podemos oír claramente las luces intermitentes del furgón de Guido. Pero la tranquilidad es interrumpida por su celular; es su hija que llama para avisarle que Oscar Catalán fue hasta su casa en Puerto Chacabuco para preguntar por él. Guido nos mira y se ríe; la situación es demasiado extraña. Le preguntamos si es normal que el alcalde de Puerto Aysén intente contactarlo, pero él nos dice que no. Le ofrecemos el número de Catalán por si quiere llamarlo, pero se niega. “Yo no quiero nada con ese tipo”.

La relación entre el polémico funcionario y los familiares del Caso Aysén no ha sido la mejor, pese a que en un principio, el alcalde se mostró dispuesto a colaborar con los cercanos a las víctimas. “Primero estuvo a favor del Caso Aysén, solidarizó con las víctimas, pero nosotros nunca lo pasamos, así que lo bajamos al tiro porque sabíamos que estaba metido. Después se fue en contra de nosotros y dijo que el tema de las muertes le hacía mal al pueblo, que le daba mala fama”.

Durante nuestra estadía en la ciudad intentamos contactar a Catalán en varias oportunidades. En ninguna de ellas accedió a recibirnos, pese a que nunca fuimos tan específicos ni le dijimos que queríamos conversar sobre el Caso Aysén y su cercanía con los Intocables. El alcalde siempre se excusó, probablemente le parecía sospechoso que dos periodistas de Santiago quisieran hablar con él. Hace algunos años se despachó unas singulares declaraciones en Piel de Jaguar, donde reconocía contactos con los Intocables: “Yo a algunos los conozco y los he tocado varias veces, los saludo y de algunos soy amigo”³³, explicó la autoridad, quien también se refirió a las acusaciones por enriquecimiento ilícito que pesaban sobre él en aquella época: “Mi señora me encuentra cada día más rico”³⁴, bromeó.

El auto de Guido está detenido, pero él aún no quita las manos del volante. Mira al frente y suspira. Creemos que piensa en Hugo, su sobrino, y en todo lo que ha tenido que soportar su familia. El fallo judicial en el caso de Barría fue de muerte de asfixia por sumersión. Los Tribunales determinaron que el joven murió ahogado en el Río Aysén en estado de ebriedad, pese a que nunca se estableció como llegó a ahogarse. No hay ningún testigo que haya presenciado al joven lanzarse desde el Puente Carlos Ibáñez. En tanto, el “Zanahoria”, Héctor Vargas Vargas, uno de los personajes clave en este caso, nunca fue incluido en el proceso.

³³ Piel de Jaguar, *op cit*

³⁴ Piel de Jaguar, *op cit*

Nos despedimos de Guido y tenemos curiosidad: ¿Por qué el alcalde de Puerto Aysén, Oscar Catalán, lo estaba buscando? Atravesamos la calle y llegamos a nuestra residencial. La ciudad está nublada, oscura, pese a que son cerca de las 5 de la tarde. A lo lejos oímos el tránsito de vehículos sobre el Puente Ibáñez y el crujir metálico de la imponente estructura.

Capítulo IV

“¿De cuántos has sido cuna?

*Y ¿de cuántos última morada?”*³⁵

La tarde del 1 de abril de 1998, Virginia Lepio se preparaba para asistir a la Iglesia Mormona de Puerto Aysén. Descansaba en su casa ubicada a un costado del acceso norte del Puente Carlos Ibáñez. Había sido una jornada tranquila, típica del otoño aisenino que empezaba a entregar algunas muestras del invierno que ya se aproximaba. Pero el silencio de la tarde fue interrumpido por los golpes que oyó en la puerta y que indicaban que alguien había llegado hasta su casa. Mario, su hermano, fue el encargado de atender. Apenas

³⁵ FUSTER, ALEJANDRO. “Patagonia”

transcurrieron unos segundos cuando Virginia fue alertada por un golpe seco, después vinieron los gritos de auxilio de su padre. Luego la desesperación.

Mario Alejandro Lepio Chiguay se había desplomado en la entrada de su casa luego de ser atacado por cuatro hombres, uno de ellos degolló al joven de 38 años. Ni Virginia ni su padre pudieron ver restos de sangre en la escena, sólo atinaron a asomarse por la puerta que aún permanecía abierta y pudieron ver a cuatro sujetos que arrancaban por el pasaje de la población. Mario no alcanzó a decir nada, sin embargo, fue su mano la que habló por él: los dedos de una de sus extremidades señalaban el número cuatro y así fue cómo falleció, como en una película de terror, esta vez demasiado real en la propia casa de la familia Lepio.

“Él mostraba el número cuatro y con esa señal se fue de la tierra. Cuando llegó al hospital ya estaba muerto. Al día siguiente, cuando lo vestíamos en la morgue pude ver que le habían cortado la yugular y lo apuñalaron hasta por aquí”³⁶, cuenta Virginia Lepio, quien usa una de sus manos para describir el cruel ataque que recibió su hermano.

Virginia Lepio ha sido una de las más activas en el movimiento Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén. Para llegar hasta su casa debemos

³⁶ Entrevista a Virginia Lepio, realizada por los autores el 26 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile.

atravesar el Puente Ibáñez y doblar en la primera población que aparece en el camino. Sigue viviendo en el mismo lugar donde su hermano fue asesinado. Ella nos sale a recibir para evitar que su perro nos ataque. Al entrar, atravesamos por la puerta donde degollaron a su hermano y caminamos por el pequeño pasillo donde él dio sus últimos pasos antes de desplomarse al lado de la escalera que conduce al segundo piso. Es un pequeño trayecto que conmueve. Intentamos ponernos en el lugar de las personas que ahí habitan, pero es difícil: ellos han tenido que lidiar los últimos 16 años con el escenario donde Mario o “Guagüito” como le decían, vivió los últimos instantes de su vida.

En el interior de la casa, Virginia nos invita a tomar asiento. Saludamos a su padre, quien se acerca y nos acompaña. Está cerca de cumplir 90 años y su salud está bastante deteriorada, pero en su familia creen que el sólo deseo de saber quién fue el verdadero responsable de la muerte de Mario lo mantiene con vida.

Virginia sabe por qué intentamos contactarla y debe hacer un esfuerzo para acceder a hablarnos sobre lo que le pasó a Mario. No han sido sencillos estos últimos años y menos aún rememorar los trágicos hechos que cambiaron para siempre su vida y la de su familia.

Si bien el asesinato de Mario Lepio no fue catalogado como suicidio, de todas maneras forma parte del Caso Aysén, esto porque en la muerte del joven han

existido varias interrogantes que los familiares aún no logran esclarecer. Si bien las autoridades pudieron identificar a los cuatro asaltantes, sólo uno de ellos pasó tiempo en la cárcel. Para la familia Lepio Chiguay esto no es suficiente y no descansarán hasta saber quién estuvo detrás del ataque sufrido por Mario. Virginia, por lo menos, cree saber quién es el responsable.

José María Oyarzún Pérez, Alejandro Pullanca, Ramón Gallardo Cárdenas y su sobrino apodado “Caco”, fueron los cuatro hombres que irrumpieron en la casa de los Lepio y asesinaron al hijo menor de la familia. Ramón Gallardo fue el autor material, quien degolló a Mario con un corvo. En tanto, José María Oyarzún, conocido en Aysén como “Cachorra”, habría actuado como el autor intelectual del hecho. Sólo Gallardo fue condenado a diez años de cárcel.

Virginia Lepio sabe que no fueron sólo ellos los que estuvieron detrás de la muerte de su hermano. Esto lo comprobó pocos días después del asesinato de Mario cuando fue contactada inesperadamente por una persona muy cercana al caso. “Después de los 15 días, la hermana de Ramón Gallardo, que iba a ser imputado, me llamó y me contó que su hermano le había dicho que el asesinato había sido premeditado y que le habían pagado al ‘Cachorra’ para que lo hiciera solo, pero él no fue capaz de hacerlo solo, así que buscó a tres personas más”.

Esta es la razón por la cual los familiares de Mario Lepio no han podido descansar desde la muerte del joven. Han pasado 16 años y el hecho de saber que el culpable del asesinato del hijo menor de la familia está libre no los deja tranquilos.

No fue un simple asesinato. Pocos días antes de su muerte, Lepio estaba consciente de que algo malo podía pasarle y así se lo hizo saber a una de sus hermanas. “Ese día, más temprano en la mañana yo lo vi preocupado, le transpiraban las manos. Era como una desesperación que tenía. Yo le pregunté qué le pasaba, pero no me dijo nada. Pero a mi hermana, como dos días antes, le dijo ‘a mí me van a matar’.

Virginia necesita parar constantemente la entrevista. Se emociona y nos pide disculpas; nosotros le decimos que no se preocupe. La casa se mantiene en silencio, imaginamos que así mismo se sentía 16 años atrás la tarde en que asesinaron a Mario. Alguien, en otra habitación, parece que hace la misma analogía y como queriendo evitarla enciende la radio. Ahora se oye una emisora de la ciudad que, para nuestra sorpresa, toca música pop.

Mario Lepio no fue el único que anticipó que algo podía ocurrirle. Poco tiempo antes del ataque, José María Oyarzún, autor intelectual del asesinato, amenazó al padre del joven con asesinar a su hijo. “Un día en la tarde, el ‘Cachorra’

amenazó a mi papá y le dijo que iba mandar a matar al Mario. La familia de Ramón Gallardo incluso escuchó cómo el tipo le gritaba y lo amenazaba. Nosotros le dijimos que no le hiciera caso porque él siempre estaba curao”.

Virginia intenta contenerse, pero esta vez no puede. Estalla en llanto. Está consciente de que las señales eran demasiado claras como para haberlas dejado pasar. Hoy está arrepentida. “Lo que siempre nos marcó es no haberle tomado aprecio a la preocupación que él tenía. Si nos hubiese contado por qué lo amenazaban todo hubiera sido diferente. Nosotros creemos que él vio algo y pensaron que lo pudieron haber descubierto, porque a veces le trabajaba a Investigaciones, les arreglaba casas”.

La residencia de los Lepio Chiguay no ha sufrido muchas modificaciones desde la muerte de Mario. Sólo han techado la entrada y una especie de animita recuerda al joven. Virginia se encarga de encenderle velas frecuentemente. En el interior, aún permanecen los vestigios de lo que alguna vez fue el negocio familiar, principal sustento del hogar. Están los mostradores y las vitrinas, pero permanecen vacíos. Una vez que ocurrió el ataque, los vecinos simplemente dejaron de comprar en el local. La indiferencia se transformó en una suerte de rechazo y los cercanos y amigos de antaño nunca más volvieron a relacionarse con la familia, como si ellos fueran los responsables de todo lo que había sucedido.

“La gente de acá nos aisló. Fue muy difícil. Decían ‘esos Lepio son tal por cual’. Nos decían que éramos viejas locas y que sólo queríamos plata. El mismo ‘Cachorra’ me decía que me iba a matar, que me iba a violar, que iba a matar a toda mi familia. Yo denuncié estas amenazas, pero usted sabe, acá la Justicia no nos ayuda. Carabineros, el juez nos amedrentó, nos decían que no reclamáramos”.

En apariencia, no hay similitudes entre la muerte de Mario Lepio y el deceso de Víctor Hugo Barría. Sin embargo, cuando ya culminábamos la conversación y cuando parecía que no había nada más que pudiera sorprendernos, Virginia mencionó un nombre que ya habíamos escuchado antes, el de Héctor Arcadio Vargas Vargas, a quien señalan como posible responsable del asesinato de Mario. “Cuando falleció Víctor Hugo Barría, falleció en la orilla del río y nosotros teníamos ahí un bote. Mi hermano fue a ver porque pensó que lo pudieron haber asesinado adentro y podía haber manchas, y ahí vio al mismo viejo ese, el ‘Zanahoria’, con otra persona sacándolo del agua y él me vino a contar eso acá. Yo creo que ellos lo vieron, porque después el viejo lo perseguía a muerte, lo amenazaba. Lo insultaba y le decía ‘indio tal por cual’. Mi hermano decía que no le tenía miedo”.

Pero los hechos extraños no se detuvieron ahí. Cuando Mario falleció, el alcalde de Puerto Aysén, Oscar Catalán, llegó hasta la casa de la familia Lepio para ofrecerles un cheque para costear la urna para el funeral del joven. “Eso me pareció raro. Yo no conocía al alcalde”, asegura Virginia.

Más tarde, Alicia Araneda dispuso que la reconstitución de escena se realizara un día a las 6 de la mañana, pese a que el asesinato se había producido alrededor de las 19.15 horas. La ministra en visita le informó a Virginia apenas un día antes de que la diligencia se llevara a cabo y le advirtió que no quería que nadie más se acercara al lugar, en especial la prensa.

Por último, el seremi de justicia de Coyhaique durante el Gobierno de Ricardo Lagos le ofreció a Virginia costearle un psicólogo siempre y cuando en la familia se olvidaran del caso.

No aceptaron. Hoy sienten impotencia por cómo las autoridades y muchos habitantes de Aysén han tratado el caso de Mario. Pero ya se han tenido que acostumbrar a las injusticias. “Acá el que no tiene plata y no tiene coima con la justicia siempre es pisoteado. Nos hemos sacado la mugre para pagarles a esos abogados que nos han sacado hasta lo último para saber la verdad de lo que pasó con mi hermano y jamás lo hemos logrado. Mario se me aparece en

sueños y me dice que no me desgaste tanto en pedir justicia porque algún día va a llegar sola”.

Es tarde. Hemos hablado durante largo rato con Virginia Lepio. Apartado en un sillón está su padre que ha permanecido en silencio durante toda la conversación. Pese a que nadie habla, él pide la palabra: “Acá en Aysén y Coyhaique no hay justicia. Las autoridades que vienen a trabajar desde afuera no sirven para nada. Tengo 90 años y he visto hartas cosas. Antiguamente si una persona cometía un error, un asesinato, lo fusilaban porque existía la pena de muerte”.

El hombre habla con fuerza. Lo miramos y justo detrás de él apreciamos un cuadro con la imagen de Mario. “Él era nuestro regalón, el más chico de los hermanos”, nos explica Virginia. Nos paramos y vemos el retrato más de cerca. Se ve un joven que representa menos de 38 años. En la imagen aparece contento, sonriendo tal como lo había descrito su hermana. Aprovechamos para despedirnos. Salimos del living y nos dirigimos al pasillo, volvemos a recorrer el escenario donde Mario fue degollado hace 16 años y la sensación de angustia es más fuerte que la primera vez. Atravesamos la puerta, la misma que tuvieron que golpear los cuatro hombres que decidieron acabar con la vida del joven. Afuera, en el pasaje, decidimos tomar un par de fotografías. Más tarde las revisamos y vemos con sorpresa que una luz violeta aparece justo donde Mario

Lepio fue asesinado. Las compartimos con Gladys Mardones, Guido Jaramillo y otros padres del Caso Aysén. “Ése es Mario, se nota como que está cuidando a su familia”, dicen luego de mirar la imagen.

CAPÍTULO V

*“En los corazones se guarda ese dolor de lo que un día sucedió en la
otra Aysén”³⁷*

En el living de Rosa Flores hay tres sillones; uno grande y dos individuales. En uno de estos últimos está sentada ella, junto a una ventana que cuele débiles rayos de sol y consigue burlar la intensa helada aisenina. El resto del trabajo lo hace la cocina a leña que sagradamente se mantiene encendida a nuestra

³⁷ Cuatro Golpes, Otra Aysén, Otra Aysén, Puerto Aysén, 2011

espalda, como ocurre en casi todas las casas de esta parte del mundo. Pese a la agradable temperatura que consiguen retener las paredes de madera y concreto, Rosa frota sus manos con fuerza, una contra otra, y se revuelve en el asiento, como tratando de dar con la posición adecuada para recibir la bofetada de recuerdos que representa nuestra entrevista.

“A mi me cuesta harto hablar, yo al otro periodista no le di ninguna nota porque esto me deja muy mal, por eso no quise hablar donde la Gladys (Mardones) porque yo siempre hablo donde la Gladys”³⁸, nos cuenta, al tiempo que Cuca, una perra blanca y melnuda corre hacia ella y de un salto se acomoda en su regazo.

Sobre la mesita de centro hay pocas cosas; un par de adornos artesanales, un macetero y, ahora, la grabadora que dejamos apuntando hacia Rosa. Estamos listos para entrevistarla, pero ninguno quiere darle al “Rec”. Conocemos (o creemos conocer) la magnitud del calvario que esta madre ha atravesado durante 14 años y entendemos (o creemos entender) por qué aún no está preparada para hablar de su hijo. Rosa Flores tal vez nunca vuelva a estar preparada para hablar de su hijo.

³⁸ Entrevista a Rosa Flores, realizada por los autores el 20 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile.

La mañana del lunes 2 de Septiembre de 2000, dos pescadores exploraban la ribera este del río Aysén, recolectando fragmentos de troncos que la corriente había arrastrado desde Coyhaique y escupía en el pantanoso sector de La Barra, cuando se toparon con el cadáver del joven Roberto Lagos.³⁹

La semana de pesca no había dado buenos frutos y el dinero no les iba a alcanzar para comprar leña, así que, pese al cansancio, el deber de llevar calor al hogar fue superior y una vez más se vieron con las botas hundidas en el fango, escrutando el suelo con ojos curtidos en aquella labor y repitiendo trayectorias hacia el bote para cargarlo con troncos húmedos. En eso estaban cuando uno de ellos, Rubén Tureo, dio con el cadáver de Roberto Lagos. O con lo que quedaba de él.

Al igual que todos en Puerto Aysén, los pescadores habían oído hace meses de la desaparición del joven de 19 años (los Lagos eran una familia conocida en la ciudad), así que no se demoraron en dar aviso a Carabineros. Al poco rato llegó el teniente Cristian Ramírez sobre una lancha conducida por un segundo uniformado. Tureo y su amigo Helmuth Redlich les señalaron el lugar del hallazgo, los efectivos pesquisaron la vestimenta para corroborar la identidad del cadáver y de inmediato todo se convirtió en diligencias, llamadas telefónicas a superiores, jueces, detectives de la Brigada de Homicidios, y por fin los

³⁹ Declaración judicial de Rubén Tureo, Septiembre 2003.

pescadores pudieron marcharse con la madera recién recolectada. Esa fue la primera y última vez que Rubén Tureo vio a Roberto Lagos.

Al día siguiente, la investigación por la muerte del joven fue cerrada y archivada sin culpables. Los rumores de una posible relación entre Lagos y una poderosa red de narcotráfico en la zona hace meses habían comenzado a divulgarse, sembrando interrogantes y alimentando conjeturas de todo tipo. Rosa, por supuesto, no era indiferente a tales rumores cuando le avisaron del hallazgo de Tureo.

“Yo estaba en la casa, eran como las 12, y de repente llega mi cuñada y me dice que por la radio habían dicho que habían encontrado a alguien, pero que me quede tranquila porque a lo mejor no era él... pero la única persona que andaba perdida era él, así que ahí me desesperé”, nos cuenta.

Rosa es alta, pero oculta su estatura en una permanente postura contraída. La cabeza, cubierta por una melena, la mantiene inclinada hacia un costado, casi rozando el hombro con la oreja, dedos entrelazados, como sostenida por alguna fuerza invisible, aunque siempre a punto de desplomarse.

Pese a ello, esa mañana no nos costó distinguirla cuando estuvimos a dos cuadras de distancia. El día anterior habíamos quedado de reunirnos en un “paradero cercano” al Supermercado Maba, propiedad de su amiga Gladys

Mardones, pero como no especificamos cuál paradero era el cercano, fallamos por algunos metros. Aún nos cuesta trabajo coincidir nuestras nociones de “cerca/lejos”, “temprano/tarde” con las de esta parte de Chile.

Rosa sacudió una mano en el aire para saludarnos y la pandilla de 5 perros callejeros que la escoltaban nos guió hacia el pasaje donde ella vive junto a su pareja, un gendarme que a esa hora trabajaba en la cárcel que dejamos a nuestra espalda. Entramos y cerramos la puerta justo a tiempo para que se alcance a colar la perrita blanca.

En el living destaca, por sobre todo lo demás, una fotografía enmarcada, tamaño grande, en la que aparece Rosa -la misma Rosa que nos acaba de recibir- con el mismo pelo corto, la misma estatura, su cabeza igualmente inclinada hacia un costado y su cuerpo a punto de desplomarse. La única diferencia es que en la imagen su cabeza se inclina con ternura sobre el hombro de su hijo Roberto, quien la rodea con un brazo, la sostiene con fuerza y hunde su rostro en la melena de su madre.

Poco tiempo después de divorciarse de Roberto Lagos padre, Rosa abandonó Puerto Aysén para irse a vivir a la casa de su hermana en Castro. Pese a que los separaba una región entera, madre e hijo jamás perdieron contacto y se visitaban mutuamente de forma regular.

“Él era...tan especial. Era amorosito, los dos éramos como uno sólo. Estábamos juntos. Él era tremendo chico”, nos cuenta Rosa a punto de quebrar su voz. Su índice apunta hacia el enorme cuadro y con el orgullo de quien exhibe un trofeo, nos señala: “ahí está, en la foto”.

Casi a la altura de la casa de Rosa, pero en la ribera opuesta del Río Aysén, está emplazado el Regimiento de Ingenieros Número 8 “Chiloé”. El recinto militar se extiende por un par de manzanas desde la calle Sargento Aldea hacia el sector sur de la ciudad y reúne a la 1º Compañía de Ingenieros de Combate y la 2º Compañía de Ingenieros de Construcciones de la IV División del Ejército de Chile. Originalmente desplegada en Chaitén, la unidad fue creada en septiembre de 1979 -a seis años del Golpe Militar- con el objetivo de retomar el proyecto arquitectónico más costoso y ambicioso del siglo: la Carretera Austral, 1240 kilómetros de autopista que por fin conectarían a la Patagonia con el resto de Chile.

En ese lugar Roberto Lagos realizó su Servicio Militar obligatorio entre abril de 1999 y mayo del 2000 y -según nos cuenta Rosa- tras esas murallas su hijo se cruzó en el camino de Los Intocables, una banda criminal dedicada al narcotráfico, echando a andar desde entonces la bomba de tiempo que detonaría la tragedia.

“Hay unas declaraciones de unos chicos soldados que decían que Roberto no quería salir del servicio. No quería salir a la calle, porque ya ahí debía haber estado amenazado. Y con la gente que se metía...”, Rosa lanza una mirada furtiva al pelaje enmarañado de Cuca, que a esa altura comienza a quedarse dormida sobre ella. “A mí me lo había dicho en las conversaciones que teníamos los dos, que quería irse conmigo para allá y yo... yo te digo, lo estaba esperando allá. Porque Roberto salió, 5 días después yo lo llamé y me dijo ‘ya mamá, yo me voy a ir’ y después ninguna llamada más...o sea, ahí pasó”.

Uno de los “chicos soldados” que menciona Rosa es Henry Hernán Argel Soto, instructor de Roberto durante su estadía en el regimiento y uno de sus amigos más cercanos a lo largo de la formación. En declaraciones efectuadas durante un interrogatorio⁴⁰, Argel Soto relató que, al tener a toda su familia en Puerto Montt, Lagos se convirtió en una suerte de hermano putativo que le abrió las puertas de su casa en sus días libres y, como tal, llegaron a entablar conversaciones latas, saltando de un tema a otro. Fue en alguna de esas pláticas, tal vez paseando a orillas del Río Aysén, tal vez destapando algunas latas de cerveza en el Cerro Mirador o simplemente encerrados en el dormitorio de Lagos, cuando el joven conscripto comenzó a manifestar sus temores.

⁴⁰ Expedientes del caso, 10 noviembre 2003.

Se había cumplido exactamente un año desde que aparecieran flotando en el río los cuerpos de sus amigos Juan Carlos Machuca y Leandro Morales, ambos de 20 años, y Roberto presentía que el próximo sería él.

“Él tenía miedo de irse de la unidad pues temía que le pasara algo (...), manifestó que le podía pasar lo mismo que le había pasado a sus amigos. Los tres, Morales, Machuca y él, habían sido testigos de un contrabando (...) Roberto me dijo que sus amigos habían sido testigos de un traspaso de bultos y que por eso los habían muerto”, declaró Henry Argen, quien le restó credibilidad a los temores de su amigo. “La situación planteada por Roberto Lagos me parecía ficticia y fantasiosa y no lo veía como una cuestión creíble, para darle la importancia de tener que dar cuenta de ello a mis superiores”⁴¹. Pese a ello, pese a lo “fantasioso y ficticio” de las historias que contaba Lagos, el instructor no reparó en persuadirlo de tomar ciertas precauciones.

“Lo único que hice fue decirle que si no lo contrataban en el Regimiento, que sería bueno que se fuera donde su madre, que vivía en Chiloé. Jamás le mencioné el tema al padre de Roberto y menos aconsejé a él que se lo contara. Tampoco de que lo informe a mis superiores”, añadió.

Debido a que a Roberto no lo contrataron en el Regimiento, apenas se hubo

⁴¹ Declaraciones Judiciales de Henry Árgen, 2003.

licenciado del servicio militar, en mayo del 2000, no perdió el tiempo y, como quien cierra etapas rápido para comenzar a construir un futuro, retomó sus estudios vespertinos en el Liceo Politécnico de Aysén, donde integraba un cuarto medio compuesto exclusivamente por conscriptos⁴².

El living donde ya llevamos cerca de una hora conversando evidencia una extraña dualidad, una pugna que bien podría darnos luces de aquello en lo que ha devenido la vida de Rosa Flores los últimos 14 años; todo es pasado, adornado con vestigios de un presente frágil.

A nuestra espalda la vetusta cocina a leña comienza a apagarse, en la pared de nuestra derecha -justo a un lado de la puerta de entrada- hay recuerdos de viejos paseos familiares, palafitos que evocan su anterior vida en Castro y a nuestra izquierda, una enorme pieza artesanal que le regaló su pareja (no sabemos cómo se llama, Rosa evita mencionarlo); un cuadro de cuero trabajado por internos de la cárcel durante sus talleres de reinserción social. Pasado y presente. Lo único que no vemos entre todo esto, lo único que extrañamos, es alguna pista del futuro de Rosa Flores.

En tanto, Roberto Lagos sigue abrazado a la Rosa de la foto, sonriéndonos desde la pared, y Cuca sigue recostada sobre la Rosa que está junto a la

⁴² Querella Criminal, *op cit*

ventana, mirándonos fijo. A ratos su mirada se pierde en los cerros -imponentes moles que rodean Puerto Aysén y cuyos ápices desaparecen bien arriba por sobre las nubes- de pronto vuelve a posar la mirada sobre nosotros y, la mayoría de las veces, escruta sus propias manos, las frota y busca en algún rincón fuerza para seguir conversando.

“Cuando salí del servicio yo no estaba acá, yo estaba en Chiloé, y nunca me comentó nada y no vi nada raro en él tampoco. En las oportunidades en que yo venía para acá tampoco, porque yo también vine para acá, estuve con él, estuvimos en la casa de mi hermano y nunca nada. Yo lo estaba esperando allá”, suspira hondo. “Bueno, yo tampoco... No te digo que estaba con tanta riqueza allá, pero algo íbamos a hacer los dos e íbamos a salir adelante igual. Aunque también supe que el papá no quiso que se fuera para allá conmigo. Te digo que eso lo supe yo ahora por la prima”.

Un último combinado.

El lunes 12 de junio del 2000, Roberto Lagos salió a las 19:00 horas de su casa ubicada en calle Lautaro 523 y enfiló presuroso hacia el liceo para comenzar su segunda semana de clases. En el lugar se reunió con sus amigos Hans García y Ramiro Muñoz, y tan pronto como tuvieron la oportunidad de conversar en uno de los primeros recreos, cerca de las 21:00 horas, Roberto compartió con

ambos el panorama que había planeado para esa noche: los tres se escabullirían del establecimiento e irían a beber a un parque.

Media hora después, los amigos ya se habían fugado, habían hecho una parada en Tenglo, negocio ubicado en el centro de la ciudad, habían comprado una botella de ron y una de Coca Cola y se desplazaban por la calle Sargento Aldea hacia el parque de servicios públicos de Aysén, con buena parte de los combinados en el cuerpo. Allí se recostaron sobre el césped para sostener una animada conversación que Ramiro Muñoz debió abandonar a las 22:20, porque le correspondía cumplir con un turno nocturno en la empresa Enagas. Un convencional apretón de manos y un rutinario “nos vemos” separó para siempre a Muñoz de su amigo Lagos.

Roberto y Hans no permanecieron más de 10 minutos antes de terminarse lo que quedaba de ron, por lo que decidieron, cerca de las 22:30, ir a comprar cigarros al kiosko de Pedro Puchi, un amigo de la familia Lagos que además fue entrenador de básquetbol de Roberto, de su prima Marianela y del fallecido Leandro Morales, cuando los tres eran niños.

Abastecidos de cigarrillos y chicles, los amigos continuaron por la calle Sargento Aldea en dirección poniente, buscando un cajero automático, hasta que se cruzaron con Cristian Parodi, primo de Roberto Lagos, que caminaba en

dirección opuesta. En este punto, cualquier intento por reconstruir los hechos comienza a llenarse de contradicciones e incongruencias entre una versión y otra. El informe policial asegura que Hans García esperó a su amigo durante aproximadamente 5 minutos mientras permitía a los dos jóvenes conversar asuntos de primos y que, al regresar, le preguntó de qué hablaban, a lo que Roberto respondió, exhibiendo un billete, que estaba cobrando un dinero que le debía Parodi. Este último, en cambio, niega haber entregado tal dinero y rechaza que el encuentro haya sido tan temprano.

“Recuerdo haber ido a la casa de unos amigos ubicada en Avenida España, donde permanecí hasta las 23:00 horas. Posteriormente me encaminé en dirección a comprar la botella de pisco y bebida, recuerdo haber caminado por la Avenida Sargento Aldea, en dirección Poniente, al cabo de unos veinte minutos llegué a la intersección con Caupolicán y, al pasar frente al número 975, me percaté de la presencia de mi primo Roberto junto a otros amigos (...)”, detalla Parodi en declaración judicial.⁴³

Ya eran las 23:00 horas y el par de amigos se aproximaba a una sucursal del Banco Estado ubicada en calle Carrera 799, cuando un conocido de Roberto, identificado con el apellido Caro, se detuvo para saludar al ex conscripto. Cuando por fin se despidieron, Roberto realizó un giro de seis mil pesos en su

⁴³ Querrela Criminal, *op cit*

cuenta de ahorros e invitó a García a seguir bebiendo unos tragos. Esta vez sería pisco combinado con alguna bebida blanca, resguardados en algún escondrijo del Cerro Mirador, muy cerca de la casa de Roberto.

Recién pasada la medianoche ambos estuvieron de acuerdo en que era momento de dar fin al panorama, justo cuando el hambre empezó a manifestarse y a demandar el tradicional “bajón” después de haber vaciado dos botellas enteras. Casi instintivamente, los jóvenes se trasladaron en dirección poniente y se detuvieron en el kiosko de Puchi.

“Esa noche Roberto pasó a comprar, como de costumbre, cigarros y chicle. Lo saludé, como lo conocía desde niño y como vive a una cuadra y media de acá, a la vuelta... Bueno, se fue y pude observar que lo llamaron del otro lado de la cuadra, pero no pude ver quienes lo estaban llamando y, bueno... esa fue la última vez que lo vi”, nos relataría más tarde Pedro Puchi, un veterano robusto que se define a sí mismo como “dueño del único kiosko que vende diarios, revistas y cigarros aquí en la noche”.

Luego de eso quisieron ingresar a “Chulino”, un pequeño negocio de hot-dogs ubicado en Cereceda 625, pero se les negó el acceso por encontrarse bajo efectos del alcohol. A la 1:00 de la madrugada del martes 13 de junio -según detallan los informes policiales- los amigos se despidieron en la estación de

servicios Copec, pero Hans García se quedó de pie, observando a su amigo alejarse en dirección al poniente, doblar en la primera calle en dirección al sur, hasta que lo perdió de vista.

“Nadie hace eso”, sentencia Rosa, restando credibilidad a lo declarado por García. “Este chico dice que ahí se despidieron, que Roberto siguió para abajo y él quedó parado en la esquina, viendo hasta que su amigo se perdió por allá.... ¡Qué amigo hace eso! Yo no lo hago, porque cuando me vengo con mi colega de la pega es ‘ya, chao chao’, me vengo y no me quedo mirando hasta que se va. Pero él se quedó ahí mirando hasta que Roberto se perdió para abajo, porque supuestamente Roberto dobló ahí donde está Entel...aquí, en la Sargento Aldea. Dobló hacia allí, donde vivía un chico que está muerto ahora; el Cabezas, porque ahí se reunían, en esa casa”.

Por muy distorsionadas que pudiesen estar las conclusiones del informe policial, lo único que no resiste interpretaciones ni subjetividades es que la mañana del martes 13 de junio Roberto Lagos no apareció. Tampoco apareció al día siguiente, ni al subsiguiente, ni los 3 meses posteriores hasta la mañana del 3 de septiembre, cuando el pescador Rubén Tureo tropezó con el cuerpo del joven en la desembocadura del río Aysén.

Si nos quedamos con la versión del fallo judicial, entonces Roberto -el mismo

Roberto que se alejó caminando a paso lánguido de su amigo Hans García, el que hace un rato había cobrado un dinero prestado a su primo, el mismo que había planificado una huida del liceo, y que quería sacar pronto su cuarto medio para poder irse a Castro- de pronto decidió suicidarse. Y si quisiéramos basarnos en los argumentos esgrimidos por la jueza Alicia Araneda, si acaso le concediéramos que el Puente Carlos Ibáñez del Campo ejerce un poder sobrenatural - una "atracción fatal"- sobre los jóvenes aiseninos, obligándolos a lanzarse al río, ni siquiera aquello entregaría alguna respuesta satisfactoria a lo ocurrido con Roberto, quien fue visto por última vez caminando en dirección contraria al puente maldito.

"Aysén: Padre de Desaparecido Cree en una Venganza", titulaba el diario El Mercurio el 6 de julio del 2000, a casi un mes de la desaparición del joven. En la nota, Roberto Lagos "padre" era enfático en sostener que la tesis del suicidio no tenía asidero: "Yo conozco muy bien a Roberto. Vivo con él. Es un joven feliz y lleno de vida y que incluso después de haber hecho su servicio militar, hace un mes, siguió estudiando para sacar su Cuarto Medio".⁴⁴

El futuro de Rosa

Tan pronto como la familia paterna de Roberto avisó a Rosa que su hijo no había llegado a la casa, la mujer improvisó una maleta y partió hacia Puerto

⁴⁴ Aysén: Padre de desaparecido cree en una venganza. El Mercurio, 6 de julio 2000.

Aysén. “No sé cómo llegué acá, pero llegué. Y empezó la búsqueda, empecé a averiguar qué había pasado y nada, me decían que no había llegado nomás. Así que con el papá empezamos a buscarlo. Él por su parte y yo con mi familia porque no estábamos bien... o sea, sí nos hablábamos, pero fue una lucha separada. Yo con mi familia, mis hermanos y amigos lo buscamos...los tres meses”.

Sigilosos, dos enormes gatos que no habíamos visto hasta ese momento se acercan atraídos por los flojos rayos de sol que algo debían temperar el suelo del living de Rosa. A nuestra espalda, el fuego de la cocina a leña ya se ha extinguido por completo y, como quien entiende la demanda de los gatos, la mujer se pone de pie de un brinco, recoge un tronco de leña que yace amontonado en un rincón de la cocina, lo arroja a la hoguera y se dispone a encender el fogón nuevamente.

De pronto recordamos la pandilla de quiltros que nos guió hasta la casa de Rosa, a Cuca, la melenuda blanca que todavía no se mueve del sillón, los dos gatos que acaban de salir a saludar y por lo menos otros 4 cachorros que se despertaron cuando su dueña removió la pila de troncos de madera y por fin creemos comprenderlo. Todos ellos, cada uno de esos pequeños peludos, dependen de Rosa; sus frágiles vidas están a merced del calor, del alimento y del amor que su dueña pueda brindarles.

“Tengo gatos y tengo perros, tengo un montón de animales aquí. Estos son mis críos. Con estos animales me entretengo. Tengo una sobrinita acá al lado que tiene como siete años. Esa es mi compañera igual”, nos comenta cuando nuestro interés por sus animales resulta evidente.

Todos ellos constituyen el futuro de Rosa y la sonrisa de Roberto colgada en la pared es el motor que la anima a seguir adelante. Así lo confirma ella cuando le preguntamos por qué nunca regresó a Castro.

“Yo podría haber hecho mi vida allá, lejos de aquí, haber dejado todo esto, pero no, porque yo me hice una promesa a mí misma de que tengo que saber qué pasó con mi hijo, porque me arrebataron a mi único hijo. Nunca más pude tener hijos. Él era muy celoso”, Rosa sonríe mirando la fotografía. “No quería ni que cargara a una guagua. Él era el único nomás. Yo soy muy *guagüera*, yo cargaba una guagua y él me decía ‘¡suéltala!’”.

Antes de despedirnos nos ofrece una ronda de mate y unas galletas con mermelada de calafate. Le aceptamos el mate y prolongamos la charla durante un rato, sentados en la cocina, mientras sus compañeros luchan por hacerse un espacio junto al fuego que nuevamente nos regala una agradable calidez. Inevitablemente volvemos a hablar de Roberto y nos cuenta que recién hace

algunas semanas fue capaz de mirar las fotografías de su hijo, adosadas al expediente del caso. Cuando se enfrentó de golpe a las condiciones en las que habían recogido a Roberto, Rosa lloró largo rato, pero luego comprendió que era un ciclo que debía cerrar.

“A mi todos me decían que habían encontrado osamentas, pero yo no tenía una idea clara. Después otro amigo que tiene una funeraria aquí me dijo, ‘pucha Rosa, *sabí* que yo nunca te había querido decir pero... ¿Tú has visto a esos animales? -Así de fuerte me lo dijo- ¿tú has visto a esos animales en los desiertos?’, ‘Sí’, le dije yo, ‘los veo por la tele’, ‘bueno, así apareció tu hijo’”.

Nos quedamos largo rato en la cocina, en un silencio interrumpido por el ronroneo de uno de los cachorros y el crepitar de las llamas.

El Teniente Merino

Algunos historiadores atribuyen el descubrimiento de lo que hoy conocemos como Puerto Aysén al marino portugués Hernando de Magallanes. Dicen que el primero de diciembre de 1530 avistó sus costas desde la cubierta de una embarcación y dedicó un espacio de su bitácora para bautizar a la región como

“Tierras de Diciembre”. Tras eso tuvieron que pasar más de tres décadas para que Pedro de Valdivia enviara una nueva expedición al extremo sur, encabezada por Francisco de Ulloa, quien retornó a Santiago erigido como el primer navegante en pisar la Patagonia chilena.⁴⁵

En las décadas siguientes, durante el dominio español, numerosos exploradores se aventuraron hacia lo que para ese entonces se denominaba “Trapananda”, en búsqueda de la mítica Ciudad de Los Césares. Biólogos, geógrafos, militares y sacerdotes se hicieron parte de esas peligrosas andanzas hacia el fin del mundo, con promesas de riquezas y muerte por igual. Entre ellos, el cura Jesuita José García Alsué se convirtió en el primero en diseñar un mapa del litoral en el que se dibuja el Fiordo del Río Aysén, al cual denominó “río de los Desamparados”.

No hay consenso de si Aysén es un vocablo que proviene de la castellanización del término inglés “Ice End” (el fin de los hielos), una voz indígena para referirse al “lugar de huemules” o “tierra de lluvias” en lengua quechua. Lo cierto es que para 1900 ya nadie discutía que ese lugar era Puerto Aysén y sus habitantes, los “aiseninos”, una exigua comunidad conformada por chilotes, inmigrantes alemanes y argentinos.

⁴⁵ HISTORIA DE AYSÉN [en línea] < www.puertoaysen.cl > [consulta: 06 de octubre 2014]

Recién el 30 de Diciembre de 1927 se creó el territorio de Aysén, cuya capital sería la comuna de Puerto Aysén, fundada el 28 de enero de 1928. Para esa fecha el lugar lo conformaba una aún reducida población de aiseninos que con esfuerzo llenaban 20 casas, y vivían a costa de un almacén, un hotel y las instalaciones portuarias que por esos años hacían justicia al título de “Puerto principal”, orgullo local. En ese entonces, la ciudad recibía embarcaciones desde el océano Pacífico, que ingresaban mediante el río Aysén y descargaban en un muelle ubicado en el sector de La Balsa. Desde allí, la mercancía continuaba su trayectoria terrestre por la Avenida Chile-Argentina, la que a su vez bordeaba el río en todo el ancho de Puerto Aysén y abastecía al resto de la ciudad. Consecuente con su nombre, esta avenida luego conducía a los vehículos hacia el país trasandino, sorteando ríos, cascadas y abriéndose paso entre el mismo bosque que en la actualidad es atravesado por la Ruta 240.

En poco tiempo la Avenida Chile-Argentina se constituyó en la principal arteria de la recién fundada comuna y en su extensión se concentró toda la incipiente actividad comercial de la época. Entre las calles O’Higgins y Prat se instaló la plaza de armas y justo frente a esta, el Hotel Plaza; el más grande y prestigioso de la ciudad.

La vida de los vecinos de Puerto Aysén, ciudad desde entonces aislada y casi desconocida para el resto del país, transcurrió con relativa calma hasta

comienzos del año 1965, cuando germinaron las tensiones políticas que casi gatillan un enfrentamiento bélico entre Chile y Argentina.

Con apenas 29 años, el Teniente de Carabineros Hernán Merino Correa fue designado, en febrero de 1965, jefe de la Tenencia Cochrane y de inmediato se puso al tanto de una serie de roces que sus colegas habían tenido con los pares de Gendarmería Argentina, a raíz de los cuestionamientos limítrofes que por esos días realizaban las autoridades de ambos países. En octubre del mismo año, un poblador chileno que vivía en la ribera norte de la Laguna del Desierto, Domingo Sepúlveda Cárdenas, recibió la visita de un comandante de Gendarmería Nacional Argentina, acompañado de un cabo y un periodista trasandino. En la instancia, los uniformados exigieron al colono chileno que regularizara de inmediato su “presencia ilegal” en lo que consideraban que era territorio argentino.⁴⁶

Alertado por el colono, quien llegó hasta el retén de Lago O'Higgins para denunciar que una patrulla argentina lo había amenazado en su propiedad, el teniente Merino partió de inmediato a resguardar el territorio nacional, en compañía del sargento Miguel Manríquez y otros dos carabineros. En la mañana del 15 de octubre de 1965, Merino escribió una carta al Mayor Miguel Torres Fernández.

⁴⁶ STENGER, IVÁN, Teniente Merino: Héroe Nacional de la Soberanía. Autoedición. Pag.77.

“Mi mayor. Aún no llega Gendarmería pero con las informaciones radiales creo que lo harán hoy a primera hora, pues vienen en camión de Río Turbio (...) yo mantendré la situación hasta donde sea posible, evitando todo incidente, siempre y cuando no traten de tomarnos detenidos, caso en el que mantendré la soberanía aunque me queme”.⁴⁷

Al día siguiente el Mayor Torres ya había partido a encontrarse con Merino y a hacerse cargo de la Avanzada. El 6 de noviembre, cuando la situación parecía tender a tranquilizarse, al no detectarse presencia de efectivos argentinos, dos niños -hijos de colonos chilenos de la zona- irrumpieron y avisaron que habían visto agazapados a gendarmes que se acercaban al lugar. Según reportes de la época, el número de uniformados argentinos que integraba esa misión rondaba los 90 hombres.⁴⁸

Con el objetivo de evitar un enfrentamiento, el jefe de la avanzada chilena se internó en el bosque gritando a los argentinos y pidiendo hablar con el oficial a cargo. Al no tener respuesta siguió avanzando, pero esta vez el teniente Merino y el sargento Manríquez se apresuraron en alcanzarlo para que no continuara solo. "Yo lo apoyo, mi mayor", le dijo el joven oficial tras situarse en la retaguardia.

⁴⁷ “Teniente Merino: Héroe Nacional de la Soberanía”, op cit Pag.81.

⁴⁸ “A 40 años del asesinato del Teniente Merino en la Laguna del Desierto”, Emol.com. 4 de noviembre de 2005.

De pronto, la quietud se rompió con el zumbido de una bala que salió de la espesura y se cobijó, mortal, en el pecho del joven teniente. “Me fregaron, mi mayor”, fue lo último que dijo antes de morir.⁴⁹

Desde eso ya han pasado casi 50 años y en pleno otoño de 2014 el teniente Merino es considerado un héroe nacional al interior de Carabineros de Chile, sentimiento que se acentúa entre los uniformados de Puerto Aysén. En su calidad de mártir, además, el nombre del joven carabinero ha inspirado colegios, se han levantado bustos al interior de importantes salones y edificios de Carabineros, y logró arrebatarse la denominación de “Chile-Argentina” a la importante avenida aisenina. Hoy ya todos la identifican como “la Teniente Merino”. Justamente en ese lugar, en la intersección con calle Lautaro, vivía Roberto Lagos y ahí acordamos reunirnos con su prima.

Marianela.

Subimos a la vereda para esquivar un par de autos que pasan a nuestro lado por la Teniente Merino en dirección oriente, tal vez rumbo al Cerro Mirador, al puente Carlos Ibáñez o sencillamente hacia la autopista para abandonar la

⁴⁹ “Teniente Merino: Héroe Nacional de la Soberanía”, op cit. Pag.89.

ciudad. No es difícil esquivarlos; ya que los ocupantes de los vehículos parecen no tener prisa.

Una patrulla de la Segunda Comisaría de Carabineros de Puerto Aysén también avanza premiosa por Bernardo O'Higgins, pero desacelera cuando pasa junto a nosotros. Desde el interior del vehículo nos examinan miradas meticulosas, hasta que la patrulla dobla por Teniente Merino y se pierde hacia el oriente. Dejamos atrás el gimnasio municipal, aquel donde Pedro Puchi recibiera a Roberto Lagos para sus clases de básquetbol, y sin darnos cuenta quedamos de frente a la plaza.

Los faroles comienzan a encenderse a nuestro paso y un viento helado nos obliga a subir el cierre de las chaquetas. El ocaso se cierne implacable sobre la ciudad, pero aquello no es impedimento para que la plaza se vea llena de vida. Una pareja joven camina tomada de la mano, un hombre observa el horizonte apoyado en un árbol y cerca de 10 escolares hacen piruetas con tablas de *skate*.

Cuando una nueva ráfaga de aire gélido nos golpea de frente, Marianela Lagos automáticamente esconde sus manos en los bolsillos de una cazadora negra y continúa hablándonos mientras buscamos una banca para sentarnos. Es la primera vez que la joven se siente capaz de hablar de su primo “sin llorar como

una magdalena”⁵⁰, asegura. Cuando por fin damos con un banco desocupado, la mujer de 32 años nos detalla los gustos musicales de Roberto.

“Antes de morir él escuchaba mucho Pink Floyd. También le pasé un cassette de Division Bell. Con lo *fumón* que era, es la música ad hoc”. Ríe, saca una cajetilla del bolsillo y enciende un cigarro. Sus ojos se mueven ansiosos, perdidos en un abismo de recuerdos. Hay tanto de qué hablar.

- Es que nunca conversamos de él, de hecho con mi abuela tampoco. En la casa no se habla de él, ni de lo que pasó, ni nada.

-¿Por qué?

- No sé... Era una cosa de que los problemas de los papás eran de ellos y nosotros no teníamos derecho ni a preguntar. Es como que siempre ha habido un respeto, como una pared. Es que todos tienen el carácter súper fuerte en mi familia por parte de mi papá.

Marianela vivió hasta los 13 años en Villa Mañihuales, un pueblo perteneciente a la Provincia de Aysén, cercano a la cordillera, y casi descolgado del territorio nacional. A esa edad le correspondía cursar octavo básico, pero como su municipio no contaba con Liceo con enseñanza media, sus padres la enviaron a

⁵⁰ Entrevista a Marianela Lagos, realizada por los autores el 25 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile

Puerto Aysén a vivir a la casa de su abuela paterna, junto a una hermana de su papá y a su primo Roberto.

Si bien este último ya llevaba varios años residiendo en Puerto Aysén, distanciado de sus padres que trabajaban en el sector más rural de la comuna - en Río Pangal- ninguno de los dos llegó a sentirse realmente a gusto en la casa de los abuelos, y ese sentimiento compartido generó una complicidad que los ató para siempre.

“Nosotros nos llevábamos súper bien porque éramos como los guachitos, porque mis papás estaban allá, sus viejos estaban en el campo y antes no estaba eso de que mis papás pudieran venir todas las tardes. El camino era de tierra, no tenían auto, entonces sólo los fines de semana, de repente una vez al mes, los veía”, detalla Marianela.

Con el tiempo, las tardes lanzando balones a un aro de básquetbol se convirtieron en excursiones clandestinas hacia el centro de la ciudad (a poco más de dos cuadras de la casa) y apaisadas conversaciones con latas de cerveza en el Cerro Mirador junto a Leandro Morales y Hans García. Esto, cuando Marianela estaba en la casa, ya que pronto la convivencia con su tía se volvió tan insoportable que muchas veces optó por quedarse en la casa de sus abuelos maternos. Roberto no tenía ni abuelos maternos, ni nadie con un hogar

cercano al cual acudir, por lo que de forma paulatina su camino comenzó a distanciarse del de su prima.

“A Roberto lo mandaron a Coyhaique con no sé quién a estudiar a la Escuela Agrícola y en las vacaciones los amigos empezaron a tener otras costumbres; a carretear, a tomar, a fumar. Empezó la yerba a correr, el Leandro conocía a harta gente y Roberto me dijo una vez que quería que yo le presentara a personas cercanas a los vendedores”. Luego de mucho insistir, Roberto consiguió los contactos que buscaba.

Regalías

Una mañana de marzo de 1998 Leandro Morales y Juan Carlos Machuca desaparecieron tras lo que supuestamente debió ser una noche común y corriente paseando por las calles de Puerto Aysén. Como Morales habitualmente decía que iba a visitar a Marianela a Villa Mañiguales, la familia del joven de inmediato se desplazó a su domicilio a preguntar si ella manejaba información sobre su paradero. La amiga les explicó que lo de ir a visitarla era una de las tantas coartadas de Leandro para poder moverse tranquilo, lo que fue motivo suficiente para dar aviso a Carabineros y comenzar una búsqueda frenética.

Recién el 23 de septiembre de 1998 apareció flotando en el Río Aysén el cuerpo sin vida de Juan Carlos Machuca, de 20 años. Poco menos de un mes

después, el 11 de octubre del mismo año, encontraron a Leandro Morales en idénticas condiciones. “Yo creo que Machuca murió por estar en el momento equivocado, en el lugar equivocado. Él era muy tranquilo, si en los recreos a veces ni salía de la sala”, Marianela enciende otro cigarrillo. “Yo creo que fue por acompañar a Leandro en algo”.

Pero la principal preocupación de Marianela, en ese entonces con 20 años de edad, era el bienestar de su primo Roberto. “Sal de esa cuestión, vas a terminar igual que Leandro”, le repetía cuando se veían. Desafortunadamente, la joven sabía que una vez su obstinado primo había comenzado a navegar por mares peligrosos, difícilmente llegaría a buen puerto. Además de eso, sabía que Roberto quería conseguir marihuana a mejores precios, para lo cual debía conocer a las personas indicadas y escarbar entre lo más sucio de Puerto Aysén.

- ¿Y a quiénes conoció?

- No sé, nunca me dijo. Eso sí, un día me dijo “tú ni te imaginas quiénes consumen acá”.

Con el tiempo, Marianela comenzó a sospechar del trato especial que su primo recibía en el regimiento mientras realizaba su Servicio Militar. Horarios

privilegiados de salida y tiendas de campaña individuales eran algunos de los beneficios que, según la mujer, él no tenía por qué recibir.

“Yo creo que aquí están metidos los milicos”, sentencia.

El Lado Oscuro de la Luna

La noche en que Roberto desapareció, Marianela experimentó el primero de una serie de eventos paranormales. “Esa noche soñé que se me caían los dientes y me desperté llorando”. Al poco rato un amigo de la familia llamó por teléfono a Villa Mañiguales, contestó su padre y este les transmitió la noticia: Roberto no había regresado a su casa anoche y la familia estaba preocupada. Marianela de inmediato lo supo, pero se contuvo de comunicarlo a su familia; lo último que planeaba hacer, dadas las circunstancias, era arrebatarle las esperanzas de que Roberto aparecería. Pese a ello, Marianela comenzó en ese instante a vivir su luto.

- A mi una vez un tipo me dijo que le avisara a Roberto que ya sabían que él era el sapo, que tuviera cuidado porque todos sabían que él era el que andaba acusando a los traficantes, a los que vendían y a los que consumían. De hecho atraparon a un tipo, porque a Roberto lo mandaron con un billete marcado a comprar. Y Roberto tuvo que hacerlo porque lo agarraron consumiendo parece, o algo así.

-¿Y no le contó a sus padres?

- Es que con Roberto somos de una familia en que los secretos de los grandes son de los grandes y los de nosotros entre nosotros. Yo creo que a Roberto lo pescaron los carabineros y este no supo qué hacer, entonces le lavaron tanto la cabeza que él aceptó- Marianela se saca sus lentes de marco grueso, frota rápidamente sus párpados y se los pone nuevamente-. Él no era un mal cabro.

Frente a nosotros los escolares siguen haciendo maniobras en patineta, aprovechando unos escalones de cemento que conducen hacia una suerte de escenario. De vez en cuando la misma patrulla de Carabineros que vimos antes vuelve a asomar en su ronda persistente, como buscando algo o a alguien. Cada vez que la ve acercarse, uno de los amigos esconde bajo bolsos y polerones las latas de cerveza que se han ido acumulando.

Marianela pareciera mirarlos fijamente, pero realmente su mirada está perdida más allá de ellos, más allá de la plaza, más allá del Cerro Mirador, mucho más allá del puente maldito. Le preguntamos por alguna otra experiencia que pudiese calificar de “extrasensorial” relacionada con Roberto, ella toma aire, aclara la garganta, guarda silencio nuevamente, pero es en vano. Marianela llora desconsolada.

“Siempre sueño que no pasó...que no pasó, que estamos en la casa, lo veo, ya estamos viejos, yo tengo mis hijos, está todo como ahora y veo que anda Roberto ya adulto y yo digo ‘¿y este huevón por qué no dice qué pasó?’”, entre sus lágrimas, Marianela suelta una risa. “Como que están todos así, normales y yo me pregunto en el sueño ‘¿Por qué nadie dice nada?’, ‘¿Por qué nadie le pregunta?’. ‘¿Por qué no nos explica dónde está, dónde estuvo todos estos años?’ y él se anda riendo como si fuera lo más normal”.

A lo lejos, los escolares ríen, se empujan, vuelan con sus patinetas. Junto a nosotros, Marianela acepta un pañuelo que le extendemos y seca sus lágrimas. No sabemos qué decir o tal vez no hay nada que decir. Finalmente es ella quién nos comienza a contar que al poco tiempo de haber aparecido el cadáver de Roberto, comenzó a canalizar toda su rabia y pena en canciones, algunas de las cuales han sido musicalizadas por una banda local de punk llamada “Cuatro Golpes”. Saca el celular de un bolsillo, comienza a explorar sus archivos y encuentra el tema.

Sueños jóvenes en las aguas

Doce vidas arrebatadas

y dónde está la justicia en la que ayer

nos decían que podíamos confiar

Cuando nos levantamos de la banca la noche ya ha caído sobre Puerto Aysén y los escolares no tienen intención de ir a dormir. Marianela nos comenta entre risas que a esa edad ella y Roberto tenían que estar puntuales a las 8 de la noche, reportándose en la casa de su abuela.

Fuerzas Armadas involucradas

asimismo el poder judicial

¿Quién nos ampara? ¿sin dar la cara?

Me pregunto en quién puedo confiar

ya no le pido a Dios que haga justicia

La voz de Alex Guzmán, vocalista de “Cuatro Golpes”, sigue entonando con fuerza la letra que Marianela dedicó a su primo y a todos los hijos de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén. Atravesamos la plaza en su compañía y caminamos en dirección a Sargento Aldea.

Ya han pasado más de 10 años

y el recuerdo de lo ocurrido nadie olvidará

y en los corazones se guarda ese dolor

de lo que un día ocurrió en la otra Aysén

Pasamos junto a locales que a esta altura ya nos resultan familiares, entre ellos el kiosko de Pedro Puchi, quien aún vendía cigarros, chicles y revistas. Marianela nos da su correo electrónico “para estar en contacto” y mantenerla al día de los avances de nuestra investigación. Luego recoge la manga derecha de su chaqueta para mirar la hora en un reloj de pulsera y deja al descubierto un tatuaje en su antebrazo.

Fuerzas Armadas involucradas

asimismo el poder judicial

¿Quién nos ampara? ¿sin dar la cara?

Me pregunto en quién puedo confiar

ya no le pido a Dios que haga justicia.

Cuando llegamos a la intersección de Sargento Aldea con Serrano Montaner nos detenemos para despedirnos justo cuando la patrulla de Carabineros pasa a nuestra espalda, en dirección al semáforo de Sargento Aldea. Un abrazo cariñoso cierra nuestro encuentro y cuando se voltea distinguimos que el tatuaje de su brazo forma un triángulo atravesado por un arcoíris. Nos explica que es la portada del disco “El lado oscuro de la luna” de Pink Floyd, el mismo cassette que le prestó a Roberto poco antes de que desapareciera.

“Para mi él está ahí, en el lado oscuro, esperándome”.

Días después el pescador Patricio Tureo nos contaría que entre las osamentas del joven Lagos encontró sólo tres pertenencias: una billetera, un reloj andando, y un cassette de Pink Floyd.

CAPÍTULO VI

“Llueve en Aysén. Llueve, llueve

y cuando no llueve, nieva.

Hace ciento veinte noches

Que no se ven las estrellas”⁵¹

⁵¹ IBAR SCHEPELER, EUSEBIO. 1944. Invierno. Cantos a Aysén. Santiago.

- Oye, Bari, hueón, ten cuidado. En una de esas los hueones cargan contigo y hacen lo mismo que hicieron con el finado Lagos.
- ¿Qué me van a hacer los hueones, si yo no ando metido en la hueá? No tengo nada que ver.⁵²

Pilar Barichivich aún recuerda la conversación entre Sergio Silva, más conocido como “Machote”, y su hermano Rodrigo Barichivich. En ella, Silva le advertía que algo malo podía ocurrirle tal como había sucedido con Roberto Lagos, conocido de ambos.

Pero nadie tomó en serio las advertencias. Rodrigo Javier Barichivich Colillanca apareció muerto pocos meses después en extrañas circunstancias y su deceso fue atribuido a un suicidio.

La historia de Rodrigo rara vez se considera dentro del llamado Caso Aysén, pese a que tiene hechos relevantes. Su hermana Pilar nos recibe en su casa, a pesar de que reconoce que le cuesta mucho contar su experiencia.

Nos sentamos en el living de su casa, es la hora de almuerzo. En el comedor, su esposo José y su hijo Rodrigo comen. Sentimos que nuestra presencia

⁵² Entrevista a Pilar Barichivich, realizada por los autores el 26 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile

incomoda, pero era la única hora en que ella podía atendernos. En un rincón miramos de reojo el televisor encendido.

- Me identifica mucho la telenovela que dan en la noche, “Vuelve Temprano”. Ahí hay muchas cosas escondidas, muchas manos.
- ¿Hubo muchas cosas extrañas en la muerte de tu hermano?
- Sí, después que lo enterramos y quedó todo en silencio ahí vinieron las preguntas.

Rodrigo Barichivich llegó a su casa, la misma donde hoy habita su hermana, la mañana del 1 de abril de 2001. Entró a la pieza donde estaba su madre. Ella le preguntó por qué estaba todo golpeado. Rodrigo le contó que unos tipos le habían pegado en la Casona, lugar desde donde él venía. Su madre no le tomó mucha importancia. Minutos después, el joven le preguntó qué quería tomar de desayuno; le dijo que iba a comprar queso y pan y salió de la casa. Esa fue la última vez que alguien vio con vida a Rodrigo Barichivich.

- Mi mamá se preocupó porque él no llegaba. Eran cerca de las dos de la tarde cuando vinieron los detectives junto a dos carabineros. Uno de ellos era el que le decían “Zanahoria”. Entraron y pasaron, sin pedir permiso. Preguntaron cuál era la pieza de Rodrigo. Le fueron a revolver toda su ropa, su cama, dieron vuelta todo. Después cuando ya iban

saliendo le dijeron: “Señora, lo sentimos, pero su hijo está muerto”. Así de simple. Muerto.

- ¿Qué versión entregaron ellos?
- Que se había ahorcado en el sector de los rápidos. Mi mamá y todo el mundo obviamente quedaron impactados. A ella le dijeron que mi hermano estaba colgando de una mata de espinos, y él medía 1,75. Era imposible. Rodrigo nunca se suicidó.

Las palabras de Pilar se confunden con el ruido que emiten los tenedores de su hijo y su esposo en un segundo plano. Hace un esfuerzo para volver a esos días del año 2001, pero no puede. Mira hacia el comedor y nos ofrece un vaso de bebida; nosotros le damos las gracias y esperamos a seguir escuchando la historia. Pilar mira una foto de su hermano, toma aire y continúa. Explica que desde el momento en que llegaron al Servicio Médico Legal se dieron cuenta que algo raro había ocurrido en la muerte de su hermano.

- Revisamos su ropa y estaba toda sucia; era como si alguien lo hubiese pescado y lo hubiese arrastrado. El lunes, cuando lo estábamos velando mi mamá quiso ir a ver dónde había muerto. Cuando llegó allá encontró la mochila de mi hermano, una foto de mi hijo, un paquete de cigarros y una frazada chica. Era raro porque la noche anterior hubo una tormenta,

pero ninguna de las cosas estaban mojadas. Estaba todo ordenado; incluso la foto de mi hijo estaba sujeta en una piedra.

- Como si alguien la hubiera puesto allí.
- Exacto.
- ¿Y qué crees que estaban buscando los detectives en la pieza de tu hermano?
- No sé, pero un día nos pusimos a mirar en su pieza y pillamos dos videos del Juez Klapp con prostitutas y hombres, haciendo de las suyas en una pieza. No fuimos capaces de ver completo el video. Mi mamá quedó en shock; era una cosa demasiado fuerte, así que decidió quemarlos.

Junto a los cassetes, su madre también quemó la frazada que habían encontrado donde falleció su hijo. Esta tenía manchas de sangre, pero nunca fue sometida a ningún tipo de análisis. En la familia niegan que la frazada era de su propiedad. Creen, además, que Rodrigo fue asesinado por poseer al menos dos videos donde aparecían varias autoridades de la ciudad en actitudes comprometedoras.

Con el transcurso de los días esta teoría comenzó a tomar más fuerza.

- Cuando estábamos velando a mi hermano llegaron dos detectives. Quizás andaban verificando que de verdad estuviera muerto o querían saber quiénes venían al velorio.
- ¿Ustedes tenían miedo?
- Sí, porque mi mamá se quedó con el celular de mi hermano y siempre llamaban amenazándola. Le decían: “Qué bueno que tu hijo está muerto, vieja tal por cual. Te vamos a cagar a vos y a tus mierdas de hijas”. Otra vez le preguntaron: “¿Todavía te duele la muerte de tu mierda de hijo? Te tenemos resguardadas a tus hijas, que no se te olvide”.
- ¿Y qué hicieron?
- El celular lo tuvieron retenido dos años en Puerto Montt, pero nunca se supo quién había sido. Es penca recordar estas cosas. Me dio mucho miedo seguir viviendo en Aysén.
- ¿Rodrigo les comunicó que algo malo podía pasarle?
- Fue el día lunes justo en la semana que murió. Pasó a pedirme un pedazo de género para amarrarse el pelo y así ponerse a pintar. Rompí un trozo de falda y se lo pasé. Le dije que así parecía gitano. “Mejor, así me veo lindo”, dijo él. En la noche se quedó a dormir, hice un asado al horno y nos tomamos un vino. Lo llamaron por teléfono, él va y hace esto (se toma la cabeza con ambas manos). Yo le pregunté qué le pasaba, y ahí lo noté como que algo le pasaba, lo noté raro. Me quedó mirando y dijo: “Lo que pasa es que...” Y ahí se quedó callado. Después me dijo

que no me preocupara, que eran puras tonteras. Me miró y me dijo que no lo iba a entender. Después lo volví a ver cuando lo trajeron en la urna a la casa.

Hacemos una pausa y aprovechamos de observar la casa. Hace trece años, el cuerpo de Rodrigo Barichivich era velado en ese mismo living. Estaba acompañado de sus familiares más cercanos, sus vecinos, amigos y dos detectives. Hoy, su rostro adorna las paredes de la casa de su hermana Pilar. En una fotografía aparece él sonriendo en la plaza de Coyhaique.

- Esa se la sacó en marzo. Él nunca se sacaba fotos, pero de repente apareció con muchas fotos. Era como si supiera que le iban a hacer algo.

Pocas semanas después de que se tomara esa imagen, la Justicia determinó que Rodrigo Barichivich se había colgado de una mata de espinos en el sector de los rápidos, cerca de Puerto Aysén, pese al metro y 75 centímetros de estatura. Hoy, su hermana debe conformarse con las visitas que Rodrigo le realiza mientras duerme.

- En los sueños, él me busca porque se siente solo. Dice que no importa que mi mamá deje de buscarlo. Toma un puñado de arena, lo pone sobre

la mesa y lo deja caer. Dice que así van a caer las personas, una tras una.

Rodrigo Javier Barichivich Colillanca era el menor de seis hermanos. Era el único hombre y el regalón de sus cinco hermanas. Tenía 27 años y era fanático del heavy metal. El domingo 1 de abril de 2001 salió de su hogar a comprar pan y queso para tomar desayuno con su madre. Sin embargo, nunca más volvió a su casa. Por lo menos con vida.

CAPÍTULO VII

*“Empiezas a sentir que es tuya esta tierra bendecida”.*⁵³

⁵³ FUENTES, IVÁN. Patagonia Amada.

Ingresamos a la casa de Ruth Gómez Antisol y por una puerta lateral que nos conduce directo a la cocina. Es la madre de Ruth la que nos recibe; una anciana menuda que de entrada nos regala una sonrisa amable y cuyos ojos brillantes dejan claro que nos estaba esperando hace rato. El día no está como para mate, así que la señora nos ofrece algo refrescante para beber, a lo cual accedemos encantados y de dos trancadas ya estamos en el living.

Ruth está arrodillada frente a uno de los tres sillones, jugando con una pequeña niña que debe tener un poco más de tres años. La chiquilla ríe con fuerza y ni se inmuta con nuestra presencia. Su madre, en cambio, rápidamente se pone de pie y nos saluda de beso en la mejilla. Luego nos aproximamos a un asiento de tres cuerpos en el cual está sentado un anciano de contextura delgada y extremidades largas, con la mirada absolutamente perdida en la pared de enfrente. Ruth nos explica que es su padre y que padece de una severa demencia senil por lo que es inútil esperar una respuesta de su parte. La

pequeña, en cambio, no quita la mirada recelosa de nosotros, que llegamos para quitarle a su mamá.

- Ya pues, hijita, salude,- ordena la mujer⁵⁴.

- ¡Hola! – exclama la pequeña con entusiasmo. Entre risas, Ruth nos acerca unas sillas y nos sentamos en una mesita que está apoyada contra una pared.

- Así, pues, ella es mi *chiquinina* – nos dice mirando con ternura a su hija- se llama Dania.

La abuela de Dania se sienta junto a la pequeña y le extiende una muñeca que hay en el suelo. Luego de confirmar que su hija está bien, recién en ese momento Ruth vuelve su cabeza hacia nosotros y de a poco la expresión de su rostro comienza a cambiar. Cuando dejamos la grabadora sobre la mesa, los ojos de Ruth ya encierran la mirada abatida que nos acompañará durante toda la entrevista.

“Yo trabajaba en ese entonces. Yo estaba trabajando cuando ella salió de la casa. Sé que la vino a buscar como a las tres de la tarde una niña, la Francis Galindo. Mi mamá tiene más información sobre ese tema”, se lamenta, como si cargara algún grado de responsabilidad en la tragedia por el mero hecho de no haber estado en su casa aquella tarde.

⁵⁴ Entrevista a Ruth Gómez, realizada por los autores el 25 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile.

La invitación de Francis.

A las dos de la tarde del miércoles 7 de noviembre de 2001, la joven de 16 años, Francis Galindo, bebía una cerveza en el café “Dina’s”, ubicado en calle Sargento Aldea, -pleno centro de Puerto Aysén- en compañía de su amiga María Marimán⁵⁵ y el novio de esta, Carlos, cuando se percataron de la presencia de un amigo en el local; Ramón Zenteno, más conocido como “el Chueco”. Zenteno estaba instalado a un par de mesas de distancia, bebiendo unas latas junto a José Robinson Mancilla, de 27 años, su padre, el empresario Hugo Mancilla, y el cuñado de este, Manuel Huirimilla, quien además trabajaba para Hugo.

Luego de media hora de consumir alcohol y cuando la primera ronda de cerveza comenzaba a acabarse, José Robinson Mancilla se aproximó a la mesa de Francis y la invitó a acercarse a la suya junto a sus acompañantes para continuar bebiendo con él, Carlos y su padre. Los tres amigos aceptaron y compartieron algunas cervezas invitadas por Hugo, hasta que María y Carlos tuvieron que marcharse porque la joven tenía hora al médico.

“Una vez que se fueron, Robinson me invitó a Puerto Cisnes a pagarle a sus trabajadores, quienes se dedican a la pesca, pero me dijo que invitara a una

⁵⁵ Declaración judicial Francis Galindo.

amiga, por lo que fuimos en busca de María, ya que también le gusta salir a carretear, pero no aceptó debido a que aún no la atendía el médico”, detalló Francis en declaración judicial.⁵⁶ Al no contar con la disponibilidad de su primera amiga, Francis tuvo que pensar rápidamente en una segunda opción. Los hombres que había conocido en el bar le habían ofrecido un panorama demasiado atractivo como para desecharlo, pero le habían exigido que invitara a alguna joven. Como el tiempo escaseaba, propusieron a Francis dirigirse a su casa mientras pensaba en quién invitar. O al menos así lo relataría el propio José Robinson Mancilla ante tribunales:

“En la camioneta Mitsubishi color blanco salí con Francis a su domicilio. Al llegar a este y antes de bajarse del móvil, le pasé un billete de diez mil pesos para que su madre le atendiera a su guagua”. Eligiendo rápidamente la ropa e implementos que llevaría en su bolso, corriendo de una habitación a otra, sacando dinero de un cajón, entregando vagas indicaciones a su madre para que le cuidara al hijo, despidiéndose del pequeño o buscando las llaves de la casa. En algún punto, en ese breve lapso de tiempo, yendo a la cocina, saliendo del baño, ingresando a su pieza, amarrando sus zapatos, Francis tuvo un momento de lucidez fatal. ¿Y si invitaba a su amiga Paulina Gómez?

Paulina entendía la vida

⁵⁶ Ibíd

“Éramos todos felices nosotros cuatro, bien unidos. Cuando uno tiene a sus hijos a veces no los puede ver tanto porque hay que trabajar harto, pero la Paulina entendía”, detalla Ruth refiriéndose a su familia de aquel entonces: dos hijas y un hijo. “Paulina entendía la vida, entendía el rubro de la vida. Mi hijita era alegre, entretenida”.

Señalando hacia algún punto a nuestra espalda, Ruth nos explica que al igual que ahora, cuando falleció su hija ella vivía en la casa contigua de esa en la que estamos haciendo la entrevista, junto a su único hijo hombre, Javier, y la hermana menor de Paulina. Esta última, en cambio, vivía con sus abuelos y su imagen de autoridad recaía en el mismo anciano que ahora era incapaz de quitar la mirada de un televisor apagado. Por eso, porque su abuelo ese día no estaba en casa y porque su madre estaba trabajando, para Paulina no fue tan difícil salir sin avisar a nadie.

“Ella se fue así nomás. Salió de acá y nunca más volvimos a tener una conversación”, recuerda su madre.

Una vecina de los Gómez, Leontina Cortés, cuenta que pasadas las cuatro de la tarde del 7 de noviembre de 2001 salió a mirar por la ventana y le “llamó la atención una camioneta que daba vueltas a toda velocidad por la población, la

camioneta subió a la vereda y se estacionó fuera de mi casa”⁵⁷. Al interior de ese vehículo venía José Robinson Mancilla junto a Francis Galindo a proponer un panorama tentador a Paulina Gómez. A esa fecha, Paulina ya llevaba varios meses estudiando en un liceo vespertino tras abandonar la escuela El Balseo por problemas de disciplina (era habitual que se fugara de clases) y, por lo mismo, no era extraño que estuviera a las cuatro de la tarde de un día miércoles en su habitación, simplemente matando el tiempo. Cuando escuchó los golpes en la puerta no se dio por aludida, pero cuando identificó la voz de su amiga Francis desde la calle, salió apresurada a recibirla.

“Al llegar en el vehículo, me bajé y fui a su casa, al golpear salió mi amiga y la invité a Puerto Cisnes, a lo cual obedeció, señalándome que iba a salir escondida, por lo que teníamos que esperarla en la esquina de su casa”, recuerda Francis.

Exactamente una hora después, a las cinco de la tarde, Ruth Gómez Antisoló regresó del trabajo, pero su hija ya no estaba en casa.

“Ustedes saben a lo que vienen”.

Según lo declarado ante tribunales y en oposición al testimonio de José Robinson Mancilla, Francis Galindo asegura que luego de pasar a buscar a

⁵⁷ Declaración judicial Leontina Cortes.

Paulina, el grupo la acompañó recién a su domicilio para que recogiera sus pertenencias y entregara algo de dinero a su madre. Desde este punto, quienes estuvieron con Paulina en su última noche con vida son incapaces de ponerse de acuerdo en los hechos y los testimonios comienzan a llenarse de contradicciones.

Se desprende, de lo relatado por Francis Galindo, que primero se desplazaron al Liceo Politécnico donde trabajaba la empleadora de Paulina Gómez para conversar algunos temas pendientes. Luego de eso, regresaron al café Dina's, donde aún permanecían Hugo Mancilla, Ramón Zenteno y Manuel Huirimilla, bebiendo cervezas en el mismo rincón en que se habían despedido hace un rato. Tras ello, los hombres pagaron la cuenta y partieron juntos a las cabañas "Paraíso de Aysén" ubicadas en la misma calle Sargento Aldea, en las cuales los hombres se hospedaban. Allí retiraron algunas pertenencias y se separaron de Manuel y Ramón, quienes los seguirían a bordo de un camión perteneciente a Hugo.

Antes de abandonar Puerto Aysén, el grupo que permaneció en la camioneta Mitsubishi: José Robinson al volante, Francis de copiloto, Hugo atrás de su hijo y Paulina junto a él, hicieron una última parada en el prostíbulo "El Barlovento", ubicado en Camino Viejo.

“En el lugar se bajó Hugo y tomó contacto con una mujer de unos cincuenta años, la que señaló ‘arriba está’, por lo que él entró a la casa seguramente a tener relaciones con una mujer”, detalló Francis en declaración judicial, haciendo alusión al mismo recinto que era frecuentado por el cuestionado juez Carlos Klapp Apolonio⁵⁸.

Luego de terminar aquel “trámite”, el grupo se subió al vehículo nuevamente y emprendió rumbo a Puerto Cisnes. En el camino, el empresario continuó bebiendo cervezas y, no conforme con su reciente parada en el prostíbulo, comenzó a acariciar a Paulina.

“Hugo comenzó a manosear a Paulina, por lo que ella se enojó”, agrega la menor. “Ustedes saben a qué vienen”, fue lo que respondió el hombre y continuó abusando de la menor, indiferente a sus protestas. “Ustedes saben a lo que vienen”, repitió. Consciente de lo que estaba ocurriendo en el asiento trasero del vehículo, Francis sólo atinó a ofrecerle a Paulina intercambiar sus ubicaciones. Al rato, el sujeto se quedó dormido.

Cuando llegaron a Puerto Cisnes el grupo se alojó en las cabañas Río Cisnes, cenaron, bebieron y se fueron a sus respectivas habitaciones.

⁵⁸ Querrela criminal, op cit. p. 3.

“Y ahí empezó todo lo malo”, anticipa Ruth.

La Piedra del Gato.

Hace algunos minutos Dania, la hija pequeña de Ruth –“la chiquinina”, como le dice ella- empezó a cabecear y ahora duerme apoyada en el regazo de su abuela. El anciano escruta su entorno como tratando de adivinar en qué lugar se encuentra y la señora acaricia el cabello de su nieta. Ruth lanza una mirada rápida hacia ellos para comprobar que la pequeña está durmiendo y la imagen la reconforta. Toma una bocanada de aire como quien se prepara para sumergirse en lo más profundo y turbio del Río Aysén y continúa, bajando la voz.

- Ahí hay muchas cosas extrañas porque realmente ellas eran menores de edad, entonces no sé cómo las hicieron entrar a esas cabañas. Alguna persona se tuvo que hacer pasar como encargada de las chicas, porque no creo que en otro lado lleguen y hagan pasar niñas chicas a una cabaña po. Lo encuentro absurdo.

- ¿Y sabe qué pasó ahí?

- No podría informar más de lo que pasó dentro de las cabañas. Comieron, cenaron, creo que puye decían que habían comido ahí...

- Se dice que intentaron abusar de ella...

- Sí. Dicen eso. Que intentaron abusar de mi hijita.

De hecho, la propia declaración de Francis Galindo hace referencia a este episodio. En ella, la menor describe cómo “Robinson, Manuel y Ramón se fueron a beber al bar, mientras que yo salí a fumar un cigarro, quedando al interior Paulina y Hugo. Pasados unos minutos escuché gritos de mi amiga, pidiendo que la sacaran de la pieza; inmediatamente llamé a mis amigos y cuando llegaron le pegué un puntapiés a la puerta y le grité a Hugo que abriera, si no llamaría a Carabineros; ante lo cual él abrió”. Esa misma noche, sin embargo, Francis tuvo relaciones sexuales con Robinson y Paulina con Juan Manuel, estando esta última menor “carente de su voluntad”, según consigna la querrela criminal en contra de los cuatro adultos involucrados.⁵⁹

La mañana del jueves 8 de noviembre, Hugo Mancilla y compañía llevaron a las dos menores de edad a un sector de Puerto Cisnes conocido como La Piedra del Gato. Cuando iban rumbo a ese lugar, Francis pidió a Juan Manuel Huirimilla que detuviera el vehículo, ya que quería sacar nalcas⁶⁰. Era cerca del

⁵⁹ Querrela criminal, op cit

⁶⁰ Nalca: Planta nativa del sur de Chile, que crece en las zonas precordilleranas que limitan con Argentina, de hojas muy grandes y tallo comestible. Las flores de la nalca crecen en grupos sobre un tallo con forma

mediodía y, según lo declarado por Huirimilla, Paulina Gómez aprovechó esa instancia para arrojar al río y –oportunamente para quienes la noche anterior habrían abusado de ella- quitarse la vida.

Yo sé dónde está.

Personal de Carabineros llegó al trabajo de Ruth, en la pesquera Salmones Antártica, a avisarle de la tragedia de su hija recién a las 16:45 del día jueves 8 de noviembre. La información era que Paulina el día anterior había ido de paseo a Puerto Cisnes y se había caído a las aguas del Río Cisnes mientras recogía nalcas. A Ruth de inmediato le causó desconfianza aquella versión y, en un vehículo puesto a disposición por la empresa, partió a su casa a encontrarse con quien fuera su pareja en ese entonces.

“Obviamente cuando a mí me dijeron que mi hija se había caído buscando nalcas yo no lo podía creer. Imagínese cómo voy a creer eso que para ellos ya era un hecho. Decían simplemente que se había caído, pero ‘¿Cómo se había caído al río mi hijita?’, decía yo, ‘¿Cómo se resbaló?’, ‘¿Qué fue lo que le pasó?’. Y nunca quedó claro eso. Estuvo 21 días desaparecida y nunca quedó claro”, recuerda Ruth.

de cono que apunta hacia arriba y puede llegar a medir un metro de largo. Florece en primavera y dura todo el verano. “¿QUÉ SON LAS NALCAS?” [en línea] <www.chile-attractions.com> [consulta: 20 de noviembre de 2014]

Durante las tres semanas en que Paulina estuvo desaparecida, su madre no descansó. Participó activamente en las labores de búsqueda junto al Grupo de Operaciones Especiales (Gope) de Carabineros, se aprendió de memoria la topografía del sector que supuestamente se tragó a su hija y formuló muchas preguntas a todos quienes pudieron estar relacionados con su desaparición.

Entre las conversaciones que sostuvo durante ese tiempo, Ruth conoció a Francis Galindo, quien en una reunión le relató que en el sector de la Piedra del Gato Paulina había bajado a la ribera a buscar nalcas y que ella y “unos sujetos” se habían quedado esperándola en la carretera. Según Galindo, pasados unos minutos sintieron un grito, se percataron de que Paulina había caído al agua y uno de ellos se habría lanzado al río para intentar rescatarla.

Tiempo después, en su declaración judicial, Francis contradijo aquella versión, así como una serie de detalles que en un principio sostenía. Ante la Justicia, la menor aseguró que “Paulina se había tirado al río, momento en que Ramón alcanzó a tomarla del chaleco y sacarla del agua”. Según esta nueva versión de la historia, Paulina incluso habría insistido en bañarse, hasta el punto de exclamar, sin razón aparente, “¡Quiero matarme!”.

Francis asegura que luego de que su amiga se lanzara al torrente, Robinson y Ramón corrieron río abajo para rescatarla, pero que tras fracasar, se dirigieron

a la camioneta, la cual manejó Manuel -con su ropa mojada- y se trasladaron al Retén de Puerto Cisnes a las cuatro de la tarde a dejar constancia del accidente. Más adelante en su declaración, la propia Francis sostiene que a las seis de ese mismo día el grupo entero se tomaba un café en Puerto Cisnes. Inusual reacción para adultos que hace un par de horas fueron testigos de la muerte de una niña de 15 años.

Por su parte, a doce años de ocurrida la tragedia resulta evidente que para Ruth todo pareciera haber sucedido hace una semana. Su actitud denota un esfuerzo superlativo por reconstruir todos los escabrosos acontecimientos. “Esto te cambia para siempre. Tu vida jamás vuelve a ser la misma”, nos confirma con un vaso de agua en la mano.

“A mí me decían que mi hija se había ido o que a lo mejor se fue con algún tipo por ahí, pero ‘qué extraño’ decía yo, porque por lo menos ella me hubiera llamado, me hubiera dicho algo. Tenía que haber alguna razón para nunca más escuchar la voz de mi hijita”, dice ahogando un impulso por llorar.

- Tía, si quiere yo la llevo para allá -, le soltó en una oportunidad Francis.

- No, no puedo ir para allá. – respondió Ruth casi de forma automática.

- Pero es que yo sé donde está ella -, insistió.

- ¿Y tú cómo sabes?

- Porque yo sé po, tía.

Con ese diálogo casi surrealista, Ruth se negó a la posibilidad de que Francis la ayudara y hasta el día de hoy esta madre no encuentra una respuesta para su negativa. Quizás no estaba preparada para enfrentarlo o simplemente el shock de la pérdida la hizo actuar de manera inconsciente.

- Fue tan raro. Siempre me he preguntado por qué no le dije que sí. Tal vez debería haber ido, la debería haber llevado a ella. No sé porqué me negué, siempre me pregunto eso. Quedé con la duda.

- ¿Y usted cree que Francis vio algo?

- Si *po*, si ella sabe. Lo único que sé es que esa chica después tuvo un problema psicológico. Ella también fue víctima de los chicos. Como que la hicieron callar o algo así, porque nunca más volvió a comentarlo. Quedó como tímida, como temerosa, porque eso a las personas se les nota. Yo digo que la hicieron callar porque estos traían tres millones de pesos en un maletín. La niña me lo dijo.

Ayuda inesperada.

Justo cuando el caso parecía que sólo tendía a enmarañarse más entre declaraciones contradictorias y procedimientos irregulares, apareció un testigo,

acaso el único sin intereses creados, que entregó un controvertido testimonio y, lo más importante, fue uno de los dos, entre los más de cien que prestaron declaración, que sostuvo su versión hasta el final.

Carlos Campos conducía su vehículo en compañía de un amigo, rumbo a Coyhaique, cuando se toparon con una escena sospechosa que posteriormente, el 25 de noviembre de 2002, describió en detalle en una inaudita audiencia efectuada ni más ni menos que en el domicilio de la ministro Alicia Araneda.

“Ese día yo venía del norte hacia Coyhaique en compañía de una persona y llegamos a la Piedra del Gato donde unas personas corrían de un lugar a otro. Uno de estos chicos se acercó a hablar conmigo y me dice que una amiga se tiró al río. Yo le ofrecí ayuda, le dije que más abajo el río era muy bajo, que yo andaba con una cuerda más o menos larga y que podíamos hacer algo. En ese instante se acercó una camioneta donde venía una chica pateando las ventanas y gritando. Alguien le tapó la boca y el chofer le hizo una seña a otro joven, se subió a la camioneta y se fueron”, detalló Campos en una entrevista efectuada en el reportaje *Piel de Jaguar* de TVN⁶¹. El hombre añade que luego de eso se dirigió hacia Villa Amengual, donde llamó a Carabineros para contar lo sucedido. Al día siguiente, los mismos policías sostenían una versión que

⁶¹ *Piel de Jaguar, op cit*

distaba por completo de lo constatado por Carlos y los medios locales comenzaban a hacer eco de eso. Se hablaba de que la víctima cayó al río por estar recogiendo nalcas, pese a que el testigo aseguraba que estos tubérculos crecían del lado opuesto de la carretera, es decir, varios metros lejos de la corriente.

Nada de esto, sin embargo, resultó sospechoso a ojos de la justicia local.

Un triste hallazgo

“Lugareños encontraron cuerpo sin vida de menor que cayó a las aguas del Río Cisnes”, titulaba el diario El Divisadero de Puerto Aysén el 28 de noviembre de 2001⁶². La nota detallaba más adelante que la joven “cayó a las aguas del Río Cisnes a principios de mes en curso en momentos en que intentaba sacar unas plantas de una de las orillas del caudaloso afluente”.

La noticia llegó a oídos de Ruth Gómez mientras escuchaba la radio y, de alguna manera, la mujer sintió alivio. Por fin podría comenzar a vivir el luto que había suspendido durante semanas.

“De repente, el día menos pensado, apareció un caballero que andaba por ahí. No sé qué andaría haciendo, caminando o parece que andaba a caballo, un

⁶² Lugareños encontraron cuerpo sin vida de menor que cayó a las aguas del Río Cisnes, El Divisadero 28 de noviembre de 2001

hombre de esos campesinos. Y ese la encontró. Mi hija estaba en una playa, lo cual es más extraño que nunca porque nosotros por esas partes habíamos buscado ya. Y que la fueran a dejar boquita abajo...”, cuestiona con recelo la mujer.

Como sea, lejos de quedarse de brazos cruzados, Ruth pronto fue invitada a participar de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén, lo cual reactivó su desconfianza frente al raudal de sinsentidos que encierra el caso.

Con el tiempo fue dando con más contradicciones, como el hecho de que el reloj de pulsera de su hija haya aparecido marcando la hora luego de estar casi un mes con el vidrio quebrado y sumergido en el agua o que, a penas ocurrida la tragedia, Hugo Mancilla se haya dirigido a las cabañas Río Cisnes para exigir a los trabajadores que omitieran su presencia en caso de ser interrogados. Esas y decenas de otros cabos sueltos que para una mujer trabajadora del rubro pesquero resultan obvias contradicciones, para un juez de la República simplemente no representaron “líneas fuertes” de investigación.

Junto con el resto de los casos, el de Paulina Gómez fue rotulado como “asfixia por inmersión”, es decir, la justicia chilena llegó a la conclusión de que la joven murió ahogada. ¿Cómo ocurrió? Aquello se escapa de las manos de

profesionales como Alicia Araneda y los diferentes magistrados involucrados en el caso.

Hoy Ruth Gómez vive nuevamente en la casa donde vio crecer a su difunta hija, rodeada de recuerdos, con el alma desplomada, pero el cuerpo erguido y atendiendo periodistas como nosotros que se interesan en este caso tan remoto. Eso sí, en la actualidad Ruth ya no trabaja. “Me tomé un receso. No quiero despegarme de mi *chiquinina*” dice, abrazando con fuerza a su hija pequeña.

Guido conduce el furgón de Chilexpress casi hasta el final del Camino Viejo, por una calzada de tierra que a nuestra derecha va exhibiendo una enorme variedad de cabañas aisladas en medio de la llanura, intercaladas por generosas parcelas de dueños adinerados. De pronto detiene el vehículo y hace un movimiento sutil con la cabeza para señalarnos una casa muy pequeña y extremadamente austera que queda a nuestra izquierda. “Llegamos”, anuncia.

Nos bajamos de la van y distinguimos a un hombre de avanzada edad, apoyado sobre sus rodillas y martillando una plataforma de madera que sostiene una enorme estructura que –suponemos- es una ampliación para su casa. Afanado

en esta labor, el hombre no percibe nuestra presencia hasta que Guido alza la voz y lo llama. El dueño de casa se aproxima al portón de rejas sacudiendo en vano sus manos ennegrecidas producto de una mañana de intenso trabajo y nos concede una amplia y acogedora sonrisa. “Ustedes deben ser los periodistas”⁶³, observa. Guido oficia el clásico rito de presentación, pero para nosotros resulta claro que es innecesario hacerlo. Don José Díaz nos estaba esperando.

A diferencia de otros familiares con quienes hemos conversado, José luce entusiasmado y ansioso por hablar de su hijo. Se percibe una fuerza interior que rebasa esa apariencia de hombre de 76 años y una rabia intacta tras trece años de haber perdido a su hijo, Víctor Fabián Díaz Nahuelquén.

“Papito, voy a salir con unos amigos, pero vuelvo temprano porque mañana salgo a las ocho a trabajar”, fueron las últimas palabras que Víctor le dijo a su padre la noche en que murió. “Yo no sé para dónde fue, pero de ahí no volvió más, hasta que me vino a avisar Carabineros que estaba muerto”, agrega José.

Víctor Fabián Díaz, de 20 años al momento de morir, es recordado por sus cercanos como un joven intachable, de hábitos sanos, trabajador esforzado, buen hijo, pololo cariñoso, buen amigo y un excelente arquero. Jamás tuvo

⁶³ Entrevista a José Díaz, realizada por los autores el 25 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile.

roces con las autoridades y, según nos cuenta su propio padre: “cuidaba mucho su trabajo”. Todas las mañanas salía temprano a pescar y el dinero recaudado en sus jornadas se lo entregaba sagradamente a su madre.

“Era un niño muy trabajador y muy bueno con la madre y conmigo. Seguía siendo un niño de piel a sus 20 años y adoraba mucho a la mamá”, recuerda José.

Estamos sentados en el living de su casa, pero pareciera que desde ese punto alcanzamos a cubrir con la vista toda la vivienda de José Díaz. Cuesta despegar la mirada de los detalles que delatan una conmovedora sencillez de su hogar. Por todos lados la pintura verde de las paredes se está descascarando y el comedor lo conforma una mezcla de sillas desentonadas y maltratadas por los años. Apoyado sobre una mesa que apenas parece sostenerse, José se rehúsa a sentarse, pese a que nosotros ya estamos hundidos en sus sillones, observando con atención el relato de este hombre que no quiere perder ningún minuto de desahogo.

- ¿Usted sabe qué ocurrió esa noche?

- Hay un cabro que dice que mi hijo estaba escuchando radio con unos amigos y, claro, a lo mejor unos carabineros quisieron llevárselo

detenido. Ahí mi hijo les habrá dicho 'no, porque mañana tengo que salir a trabajar a las ocho. Tengo mi bote listo y cargado con todas las cosas'. Y seguramente él se negó. Dicen que mi hijo les dijo 'me voy a mi casa', se agachó para tomar su radio y el paco le mandó un lumazo. Y ahí fue. Por eso digo yo, si a mi hijo lo hubieran matado rompiendo una ventana, saltando un cerco, yo me quedaría con la boca cerrada, pero lamentablemente no fue así. No po, no había ningún motivo.

- ¿Y usted por qué cree que los carabineros le pegaron?

- Es un ansia de poder. Porque usted sabe que yo también hice el Servicio Militar, me estuve preparando para ser aspirante a oficial hace muchos años. Yo sé lo que son las leyes militares y sé lo que es tener ansia de poder, de la ropa, de la pistola, del uniforme. Eso pasa con el carabinero nuestro. ¡Si ese fue abuso de poder nada más! Mire, si yo no estuviera seguro me callaría, pero lamentablemente mi hijo no llegó a la morgue por estar saltando una ventana o por estar forzando un portón ¡No! Encontró la muerte por estar escuchando radio.

La versión de la policía de lo ocurrido esa noche y la explicación que comunicaron a José Díaz a las tres de la madrugada del 29 de octubre de 2001, a cuatro horas de haber fallecido su hijo, es que Fabián Díaz se encontraba en

estado de ebriedad y por eso se lanzó al río Aysén. Más allá de lo inverosímil de la coartada, José Díaz supo de inmediato que los uniformados mentían, pues manejaba un antecedente que sólo un padre puede decir de su hijo: Víctor era un experto nadador y desde adolescente cruzaba a nado los 200 metros de ancho del Río Aysén.

“Mi hijo a los catorce años cruzaba el río Aysén porque de muy niño aprendió a nadar y cuando ya fue un hombre se convirtió en un profesional en el agua. ¡No podía ahogarse en un plato de agua!”, sentencia con una carcajada el hombre que tras veinte minutos de entrevista sigue de pie, estoico.

Además, testigos confirman que la última vez que fue visto con vida, Víctor Fabián arrancaba de un grupo de carabineros que vestían de civil y llevaban lumas en sus manos. Sin embargo, el parte policial que relataba lo que pasó después estaba lleno de contradicciones. Mientras Carabineros declaró que los bomberos intentaron reanimar a Fabián, la versión de Bomberos era distinta; ellos declararon que cuando llegaron al lugar, el joven ya estaba muerto.

“Si Carabineros dice que mi hijo murió ahogado, entonces, ellos ¿con qué fin llegaron al hospital y desnudaron a mi hijo? Era para ver las fechorías que habían hecho en el cuerpo de mi hijo. Para eso lo desnudaron”, denuncia José, con la voz recién comenzando a temblar. El hombre agrega que él mismo vistió

a Víctor Fabián en la morgue y que le sorprendió encontrarlo “lleno de golpes y con un corte en la pierna”. Pese a ello, el parte policial no consignaba ninguno de los nombres de los carabineros involucrados y en los tres meses de sumario, ni los jueces, ni los ministros de la Corte de Apelaciones de Coyhaique preguntaron jamás por la identidad de estos testigos claves del caso.

Con impotencia, pero albergando alguna forma de esperanza en nuestra visita, José Díaz nos confiesa sus planes de visitar un colegio de abogados para proponer a algún profesional retomar el caso. Según él, antecedentes para reabrir el caso sobran, pero “no tengo la plata para llegar y contratar a un abogado”, se lamenta.

“Testigos hubieron muchos. Por ahí hubo cuatro o cinco que vieron la muerte de mi hijo, pero ninguno va a declarar. Ese es el tema, acá nadie va a declarar. Pero está todo bien claro: sencillamente después de que los carabineros lo apalearon y cuando vieron que él no se movía, lo arrojaron al agua, a ver si reaccionaba o no. Lamentablemente, en ese tiempo aquí... ¿Ustedes alguna vez se enteraron de lo del juez Klapp?”. Mientras pronuncia el apellido del aludido funcionario, José Díaz suelta una carcajada que le relaja el talante durante unos segundos.

“Esa clase de jueces hemos tenido nosotros acá. Lamento ver que a nuestro humilde Puerto Aysén traigan gente de ese tipo, de esa calaña más bien dicho. ¿En qué estamos nosotros? Si nosotros aquí somos todos gente humilde, todos gente trabajadora. Aquí no es que haya una cantidad de millonarios, grandes tipos, no señor. Aquí, si es que hay, son cuatro o cinco tipos que tienen plata y el resto somos todos obreros”.

Mientras reúne el dinero que algún día le permita contratar a un abogado con dedicación exclusiva en el caso, don José sigue adelante con su vida participando en las esporádicas actividades que organiza la Agrupación de Familiares y Víctimas del Caso Aysén, remodelando su hogar con sus propias manos y visitando a un hijo que vive en la ribera opuesta del Río Aysén.

Otras veces, se da una vuelta por el cementerio de la ciudad, se detiene en la tumba de su hijo y sostiene largas conversaciones. Tal vez durante alguna de esas pláticas logre comprender o atisbar alguna pista de cómo al mejor nadador de la familia se lo tragarón las aguas del sector más apacible del Río Aysén.

CAPÍTULO VIII

*“Defenderé el sur de Chile, toda mi tierra aisenina,
La Trapananda divina, que es como brillante aureola
Patagonia es una sola...la Chilena y la Argentina”⁶⁴*

Diez años antes de ser recluido al penal Colina 1 de Santiago, Jorge Corona era un capitalino de 38 años que hace poco se había trasladado a la región de Aysén para comenzar una nueva vida lejos de la metrópolis. Tan rápido como encontró trabajo en Navimag, una empresa de *ferries* que presta servicios turísticos por los fiordos patagónicos, entre las X y XII regiones, Corona fue despedido por robar un cheque, según él mismo reconoció ante la justicia.

⁶⁴ BELLO, DURÁN, CARLOS. Patagonia.

Durante el tiempo en que trabajó en dicha compañía, se desempeñó como bodeguero en Puerto Chacabuco, localidad costera ubicada a 16 kilómetros de Puerto Aysén, donde –según sus propias declaraciones- habría sido testigo directo del funcionamiento de una poderosa red de narcotráfico. Por ser el primero en prestar un testimonio tan detallado de la existencia de aquella organización criminal, Jorge Corona inmediatamente pasó a ser identificado por la prensa como el “Testigo clave”.

El controvertido testimonio permitió posteriormente trazar una idea general de cómo funcionaría aquella banda a la que él habría de referirse como “Los Intocables”. Dicha asociación ilícita tendría “como principal designio criminoso el tráfico de sustancias psicotrópicas ilícitas, en particular cocaína”⁶⁵. La droga, presumiblemente ingresada a Chile por la frontera norte del país⁶⁶, sería enviada hasta la Undécima Región, donde llegaría vía marítima a través de la empresa de Transportes Navimag, camuflada en cajas de clavos de 30 kg que no serían incluidos en el manifiesto del barco. En esta fase de la operación, la droga era retirada de las bodegas del puerto y trasladada a Argentina en vehículos policiales con “un sello especial” que les permitía evadir la revisión por parte del personal de Aduanas en fronteras chilenas y argentinas. En esta

⁶⁵ Querrela criminal, *op cit*

⁶⁶ De acuerdo al estudio “Análisis Situacional del Narcotráfico: Una Perspectiva Policial”, realizado por AMERIPOL, Bolivia tiene una importancia geoestratégica, toda vez que la proximidad con países como Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Perú facilitan nuevas rutas de tráfico de drogas hacia Europa principalmente, y a los Estados Unidos. El estudio especifica que la cocaína que pasa por Chile es destinada exclusivamente a Europa y África, mediante el Océano Atlántico. Pag. 29 y 39.

última zona, la droga sería traspasada a otro vehículo con un sello idéntico, pero correspondiente a la policía trasandina y desde allí seguiría su curso hasta la ciudad portuaria de Comodoro Rivadavia.

De los 12 pasos fronterizos por los que se puede cruzar a Argentina desde la XI Región, uno de los más utilizados es el complejo fronterizo Balmaceda, ubicado a 55 kilómetros al suroeste de Coyhaique. Cualquiera vehículo que opte por este acceso y tome la ruta CH-245, antes de llegar a Comodoro Rivadavia se encontrará con un pueblito transandino poco conocido entre los chilenos: Las Heras.

Las Heras.

En Las Heras, provincia de Santa Cruz en Argentina, hoy viven cerca 17.800 habitantes, un poco más de la mitad de la población que reúne Puerto Aysén. Más allá de los datos demográficos, existen múltiples coincidencias que emparentan a ambas localidades. Tanto Las Heras como Puerto Aysén pertenecen a esa fracción que cuelga del continente llamada Patagonia, ambas localidades representan un universo aislado; a Las Heras la llaman la “Ciudad Fantasma” y se dice que en Puerto Aysén existen “puentes malditos”. Además, ambos pueblos fueron testigos, a comienzos de siglo, de una tragedia de sospechosa similitud.

Prácticamente de forma simultánea al caso Aysén, un fenómeno idéntico se registró en Las Heras: 22 jóvenes, entre 18 y 28 años, se suicidaron y varios intentaron quitarse la vida entre 1997 y 1999⁶⁷. Se dice que por ahí alguno se lanzó de un puente, que otro se colgó de un poste y el de más allá se pegó un tiro. En la versión transandina de la tragedia, sin embargo, los vecinos aceptaron casi sin cuestionar la tesis de una secta que obligó a sus hijos a inmolarsse, teoría que cobró fuerza cuando, de entre las pertenencias de uno de los jóvenes fallecidos apareció una lista con nombres ¿Qué explicación razonable existe, en todo caso, para justificar que tantos jóvenes coincidan en la decisión de quitarse la vida? A principios de otoño de 2002, justo en el año en que a este lado de la cordillera comenzaba a formarse la Agrupación de Familiares y Víctimas del Caso Aysén, Leila Guerriero, renombrada cronista argentina, llegó a Las Heras a buscar respuestas.

Guerriero comenzó su carrera periodística en 1991, en la revista *Página/30*. Desde entonces ha amasado una trayectoria llena de logros, destacándose principalmente en el género de la crónica, con su vertiente de nuevo periodismo. Sus textos han aparecido en diversos medios de América Latina y Europa: *La Nación* y *Rolling Stone*, de Argentina; *El País* y *Vanity Fair*, de España; *El Malpensante* y *Sobo*, de Colombia; *Etiqueta Negra*, de Perú; *Gatopardo* y *Letras Libres*, de México; *Paula* y *El Mercurio*, de Chile; *Granta*, del

⁶⁷ Suicidas del fin del mundo. Op cit. página 24.

Reino Unido; Lettre Internationale, de Alemania y Rumania; L'Internazionale, de Italia, entre otros.

Pese a que su trabajo se concentra en Buenos Aires, durante 2002 Leila Guerriero se fue a vivir un tiempo a Las Heras. Hace cinco años se había gatillado la misteriosa ola de suicidios en esa zona y la periodista se dispuso a investigar el caso y conocer a aquellos sureños que debieron sobreponerse a la tragedia y continuar con sus vidas.

“No recuerdo qué fue lo primero que vi. Quizá la YPF de la entrada, o la avenida Perito Moreno con boulevard al medio, o el cementerio, o el enorme galpón de chapas que decía Transporte Las Heras. Sé que no vi- ni entonces ni nunca- la pintada que alguien me había dicho que existía: <Las Heras, pueblo fantasma>”, relata la cronista en su libro⁶⁸.

Es diciembre de 2014 y Leila Guerriero nos saluda desde el otro lado de la pantalla del computador, sentada en la oficina de su casa en Buenos Aires. A su espalda una repisa repleta de libros parece abalanzarse sobre ella y el maullido de un gato se superpone a la interferencia que produce la comunicación de larga distancia que sostenemos vía Skype. Estamos en la capital de Chile, ella está en la capital de Argentina.

⁶⁸ Suicidas del fin del mundo. Op cit. página 25.

Tal como nos ocurrió durante nuestra estadía en Puerto Aysén, compartiendo con padres, madres y amigos de las víctimas del Caso Aysén, Leila Guerriero nos cuenta que, pese a todo el tiempo que lleva sin tener noticias de ellos, aún recuerda con cariño a quienes en 2002 la recibieron en Las Heras cuando una investigación la llevó a conocer ese pueblo patagónico.

“Hablé sesenta millones de veces con ellos. Por supuesto que yo no podía forzar a nadie a conversar conmigo, así que me tuve que ganar su confianza. A ellos nunca se les proporcionó asistencia psicológica y a mí me tocó tener mucho tacto para abordar los temas. De todos modos, ellos siempre tuvieron buena disposición para conversar”⁶⁹, nos cuenta.

En conversaciones con cada uno de los familiares y amigos de las víctimas, además de los testimonios de testigos disponibles, Guerriero reconstruyó, en detalle y con una cuidada pluma literaria, la dinámica de los suicidios, además de los minutos que los precedieron y sucedieron. Sin embargo, en ningún pasaje se menciona a Roberto Lagos, a Víctor Hugo Barría, a Paulina Gómez, Fabián Díaz, Mario Lepío, Rodrigo Barichivic, Juan Carlos Machuca o Leandro Morales. Puerto Aysén está tan ausente en el libro de la periodista argentina como el caso de Las Heras lo es para el pueblo aysenino y esto, más que

⁶⁹ Entrevista a Leila Guerriero, realizada vía Skype por los autores. Santiago, 2 de diciembre de 2014.

sugerir coincidencias, refuerza la sospecha de que ambas tragedias puedan están relacionadas. Al menos así lo sentimos nosotros y no tardamos en comentárselo. Para nuestra sorpresa, ella prefiere no “forzar relaciones”.

- En Las Heras los suicidios fueron claros. Yo jamás me planteé la posibilidad de dármelas de detective y desacreditar que ellos hayan tomado la decisión de quitarse la vida.
- Pero, ¿Entonces tú avalas la tesis según la cual existen “condiciones geográficas” que propician los suicidios en jóvenes?
- No, no. Yo no podría hacer una aseveración como esa, sería irresponsable y tampoco es algo que me competa.

La idea con que la periodista trasandina se aproximó al caso de Las Heras es clara: los jóvenes se suicidaron y no hay espacio a mayores interpretaciones. La sensación con la que abandonó el lugar, sin embargo, es un tanto más ambigua y así lo deja entrever en su libro “Los Suicidas del Fin del Mundo”.

“Había escuchado tantas teorías para explicarlo todo. Porque sí, porque no había nada para hacer, porque estaban aburridos, porque no se llevaban bien con sus padres, porque no tenían padres o porque tenían demasiados, porque les pegaban, porque los hacían abortar, porque tomaban tanto alcohol y tantas drogas, porque les habían hecho un daño, porque salían de noche, porque robaban, porque salían con mujeres, porque salían con mujeres de la noche,

porque tenían traumas de infancia, traumas de adolescencia, traumas de primera juventud, porque hubieran querido nacer en otro lado, porque no los dejaban ver al padre, porque la madre los había abandonado, porque hubieran preferido que la madre los hubiera abandonado, porque los habían violado, porque eran solteros, porque tenían amores, pero desgraciados, porque habían dejado de ir a misa, porque eran católicos, satánicos, evangelistas, aficionados al dibujo, punks, sentimentales, raros, estudiosos, coquetos, vagos, petroleros, porque tenían problemas, porque no los tenían en lo absoluto”⁷⁰. Con ese torrente de teorías y acaso ninguna certeza, Leila Guerriero abandonó Las Heras y regresó a Buenos Aires.

Doce años después, nosotros viajamos a Puerto Aysén y de cada conversación -de cada aysenino con quien cruzamos palabra- obtuvimos una avalancha abrumadora de denuncias: carabineros los mató, la justicia lo encubrió, un empresario lo ideó, la droga lo gatilló. Asimismo, y pese a que todos coinciden en que los jóvenes no se suicidaron, una buena parte de la población prefirió no referirse al tema: “que era peligroso hablar de ello”; “que no sabían nada”; “que todo este asunto estaba empañando la imagen de Aysén y afectando al turismo”.

⁷⁰ Suicidas del fin del mundo. Op cit. página 207.

Algo parecido ocurrió entre los vecinos de Las Heras, quienes comenzaron a alarmarse ante la posibilidad de que la publicación de Guerriero mostrara una imagen negativa de sus tierras.

“Ellos se inquietaron primero con la posibilidad de convertirse en el ‘pueblo de los suicidios’. Les preocupó la idea de quedar con ese estigma, pero hemos visto que finalmente aquello no ocurrió”, aclara la periodista.

Oímos un alboroto. Leila se pone de pie de un brinco y desaparece de la pantalla. Al minuto se excusa y nos explica que el gato se subió a su escritorio. Cuando retoma la conversación nos confirma que Puerto Aysén y Las Heras no sólo están emparentados por pertenecer a la Patagonia; además existen ciertos elementos que condicionan la vida de sus habitantes a niveles muy semejantes.

- ¿Qué pasa con las oportunidades profesionales y laborales de los jóvenes cuando terminan de estudiar?

Bueno, las oportunidades de los jóvenes varían: Los hijos de trabajadores de YPF tienen muchas más oportunidades de hacer una carrera que otros. La mayoría debe emigrar de la zona, pese a que están desconectados. Prácticamente no hay transporte público para llegar a Las Heras.

- ¿Y se considera a Chile como una opción?

- No, rara vez se viaja a Chile porque, aunque están bastante cerca, resulta inalcanzablemente caro el costo de vida allá. Eso sí, es recurrente la inmigración de chilenos a Las Heras. Desde Las Heras, en cambio, es más factible viajar a Comodoro Rivadavia, por ejemplo.

Jorge Corona no sabía nada de esto. Desconocía que en Las Heras 22 jóvenes murieron en extrañas circunstancias en un breve periodo de tiempo y, sin embargo, el “testigo clave” aseguró que la cocaína que él mismo vio en las bodegas de Navimag era enviada a Argentina, a Comodoro Rivadavia específicamente. Él fue quien habló de un corredor bioceánico que unía Puerto Chacabuco con el país vecino y no resulta descabellado pensar que la droga, por naturaleza asesina de aquellos que se cruzan en su camino, haya dejado una estela de muertes en su trayectoria hacia el océano Atlántico. Incluso es necesario detenerse a reflexionar en la posibilidad de que una red, como la describe la querrela criminal presentada por la Agrupación de Familiares, “formada por ex agentes de seguridad del régimen militar de Pinochet, funcionarios activos del Ejército de Chile, algunos funcionarios de la Policía de Investigaciones y de Carabineros”⁷¹, pueda tener ramificaciones extranjeras y, por supuesto, detentar innumerables “daños colaterales”. Sabemos que no es insensato creer que jóvenes argentinos, tal como Roberto, Víctor, Fabián,

⁷¹ Querrela criminal, op cit.

Paulina, Juan Carlos, Rodrigo y Leandro, puedan haberse cruzado en el camino de esta red de poder y haber pagado las consecuencias de ello.

Eso pensamos nosotros. Leila, en cambio, es cauta.

- ¿Puerto Aysén está en la Patagonia?-, nos pregunta.
- Sí.
- ...
- Ambos casos ocurrieron exactamente en el mismo periodo de tiempo, con jóvenes de edades semejantes y a ambos lados de la cordillera se habló de la presencia de droga...
- Bueno, ustedes saben que en este tipo de pueblos los rumores vuelan y que los familiares de aquellos que se suicidan siempre tenderán a creer que fueron asesinados. Se opta por externalizar la responsabilidad, en lugar de aceptar que los últimos años a sus hijos les estuvo pasando algo y que no fueron capaces de percibirlo, zanja la escritora, con un dejo de duda.

La golpiza.

Del total de la droga proveniente del norte, desembarcada en Puerto Chacabuco y almacenada en las bodegas de Navimag, según detalla la querrela criminal, se separaban 3 cajas de clavos -cerca de 50 kilos de cocaína-, las

cuales quedaban en Puerto Aysén y se destinaban al consumo interno de la región. Para esto se empleaban jeeps del Ejército de Chile, conducidos por al menos un oficial y tres conscriptos, quienes se dirigían tres veces al mes a las bodegas de la empresa a retirar los paquetes. Es en este punto, según lo declarado por el testigo clave, donde se habría visto a Roberto Lagos ayudando a cargar los vehículos.

Jorge Corona relató además que en alguna ocasión Lagos manifestó estar cansado de trabajar para los supuestos cabecillas de Los Intocables; Juan Carlos Farías, ex miembro de la división de seguridad de la CNI durante la dictadura de Pinochet y Jorge Carreño, dentista y capitán en servicio activo del Ejército de Chile. Contó que Lagos habría sustraído diez kilos de droga para venderla al empresario Enrico Rosso y de ese modo armar su propio negocio.

Pero Corona fue más allá: en su declaración firmada ante notario, aseguró haber presenciado cuando cuatro hombres salieron de la casa de Juan Carlos Farías y tres de ellos golpearon hasta matar a Roberto Lagos, mientras un cuarto vigilaba que nadie los sorprendiera. Luego de eso lo arrojaron a una camioneta, se subieron los cuatro hombres –entre los que se encontraba el propio Farías- y se marcharon. Añadió que esa noche no asoció a la víctima de la golpiza mortal con Roberto Lagos, pero que al día siguiente vio la foto del desaparecido joven y comprendió que se trataba de él.

“Roberto Lagos fue asesinado porque se quedó con mercadería que debía recoger en Puerto Chacabuco. Él quería armar su propio negocio y se quiso pasar de listo con los peces grandes”, declaró el bodeguero de Navimag en entrevista exclusiva para TVN Reportajes. Añadió que en una oportunidad el joven Lagos le habría comentado que en las cajas de clavos “venía una mercadería muy cara y delicada que llamó ‘la diosa blanca’”.⁷²

Según sus propias declaraciones, entonces, se desprende que además de sus victimarios, Jorge Corona habría sido el último en ver a Roberto Lagos con vida. Luego de eso tendrían que pasar poco menos de tres meses para que un pescador se tropezara con los restos del joven. Catorce años después, ese pescador aceptó recibirnos en su casa.

El reloj, el cassette, la billetera.

-Gringo, adivina qué me encontré. Me encontré un muerto aquí, huevón.

-Ya me estás hueviando.

-No, huevón. Ven para acá, que no creo que se arranque. Ya no le quedan ganas de arrancar a este pobrecito.

⁷² Piel de Jaguar, *op cit.*

Patricio Tureo recolectaba trozos de leña a orillas del río Aysén junto a su amigo Helmuth Redlich cuando se separó y se adentró en la vegetación para arrancar nalcas. Casi se atraganta con uno de estos tubérculos cuando comprendió que los huesos sobre los cuales había caminado hace algunos minutos daban forma a un cadáver humano. Finalmente, fue su colega quién lo confirmó: "Este cabro es Lagos, por el corte de pelo. Además tiene poquito pelo y este cabro ha estado perdido durante harto tiempo".

Era una mañana helada aquel dos de septiembre del año 2000 y por esos días Patricio Tureo aún se desempeñaba como pescador artesanal. Buscaba combustible para alimentar su cocina a leña y sin querer terminó revelando el paradero de un joven desaparecido desde hace meses y que mantenía a una familia completa en la incertidumbre.

Patricio Tureo ha cambiado bastante desde entonces. Hoy ya lleva ocho años alejado de la pesca, actividad que reemplazó por una discreta carrera como dirigente social, tanto en el gremio pesquero como a la cabeza de la Agrupación de Dializados, y suele evadir cualquier pregunta relacionada con aquel hallazgo que difícilmente borrará de su retina.

"Los atiendo a ustedes porque son cabros jóvenes y sé que andan sanamente haciendo su pega, porque si vienen periodistas con sus años no los pesco,

porque uno ya sabe a lo que vienen y yo no piso el palito dos veces”⁷³, nos advierte con recelo.

Ubicada en Villa Pangal, uno de los sectores más rurales de Puerto Aysén, el hogar de los Tureo obedece a todos los prejuicios de “casa sureña” que acarreamos desde la capital; una oveja lista para ser esquilada sale desde un costado del domicilio a darnos la bienvenida y a lo lejos distinguimos gallinas correteando en el terreno amplio que ocupa su patio trasero. Llamamos una vez y a los pocos minutos aparece, desde el mismo corredor de donde vimos salir a la oveja, un hombre menudo sacudiendo sus manos. Nos presentamos, nos invita a pasar a su casa –una morada humilde que resiste estoica en medio del claro- y mientras nos acomodamos en el living, el hombre rápidamente comienza a fundamentar sus aprensiones:

- Después de que encontramos el cadáver, fuimos a dar cuenta a Carabineros, porque uno como ciudadano había escuchado por los medios de comunicación que la mamá quería darle digna sepultura a su hijo y que lo único que quería era encontrarlo. Bueno, la mamá encontró a su hijo, pero ella poco más quería que nosotros digamos cosas que no habíamos visto.

- ¿Qué cosas?

⁷³ Entrevista a Patricio Tureo, realizada por los autores el 25 de marzo de 2014, en Puerto Aysén, Chile.

- Es que ella escuchó de mí algo que yo no dije. Entiendo que ella como mamá, en un momento de desesperación por saber la verdad sobre qué le pasó a su hijo... Yo tengo hijos, me pongo en su caso y si, Dios no quiera, pasa algo, bueno...la imaginación de cualquier persona vuela.

Según nos explicaría más adelante Rosa Flores, Patricio Tureo sería otro más de los testigos que ante la justicia declaró algo levemente distinto de lo que antes le confidenció a ella. La primera vez que hablaron –como detallaría la mujer- Tureo aseguró haber encontrado tres pertenencias junto a las osamentas de su hijo: un cassette (de Pink Floyd, regalo de su prima Marianela), un reloj de pulsera (funcionando, pese a los tres meses que estuvo en el agua) y una billetera (con los documentos sospechosamente intactos). Algunos incluso aseguran haber visto una bolsa plástica junto al cadáver, pero no existen declaraciones de Tureo en que se refiera a ella. La presencia de la billetera, en tanto, no resistió más allá de esta primera versión y en posteriores interrogatorios el pescador la omitió por completo.

Por su parte, Patricio Tureo junto con negar tajantemente la versión de Rosa, acusa a la madre de Roberto de ingratitud con quien encontró a su hijo. “Ella incluso ahora ya no me saluda, entonces ¿Así se agradece a una persona? ¿Al que encontró a su hijo? ¿Al que colaboró? ¿El que fue a Carabineros? Yo creo que otras personas lo vieron, pero no quisieron dar cuenta, porque pasa en

Chile que las personas para no tener problemas, dejan los cadáveres ahí para que los encuentre otro, que otro se haga responsable”.

No obstante rechaza los dichos de Rosa Flores de quien, asegura, “no tengo interés en ser amigo”, reconoce que la investigación judicial está llena de irregularidades y no tiene problemas en cuestionar las diligencias policiales de las cuales él fue testigo directo.

“Lo que más me llamó la atención es que no se trató a la persona como un fallecido. Quedaron más evidencias ahí; pedazos de evidencia, más ropa, cosas que investigaciones no... No se hizo una buena investigación. No llevaron una camilla, sacamos el empaletado del bote para hacer una camilla”, cuenta Tureo reviviendo los acontecimientos de septiembre de 2000.

El ex pescador y actual dirigente sindical, está sentado en un sillón más bajo que nuestras sillas, lo cual lo hace ver un poco más diminuto de lo que es. Pese a ello, mantiene una postura corporal erguida -incluso solemne- y selecciona con pinzas cada palabra con la que formula sus respuestas. Tal vez hace algunos años el Patricio Tureo que nos hubiera recibido sería uno completamente distinto del que conversa con nosotros esa tarde. El que tenemos al frente es, por donde se le mire, un político y no un político de cualquier categoría: es uno que orgullosamente se jacta de conocer de cerca al

diputado Iván Fuentes, con quien incluso trabaja codo a codo. “Él empezó desde abajo como todo dirigente social y tuvo la oportunidad de escalar un peldaño más y, bueno, esperamos todos que le vaya bien nomás”, expresa ceremonioso.

Tureo recibe una llamada al teléfono celular y nos pide permiso para contestar. Mientras se aleja conversando, miramos a nuestro alrededor y recién comenzamos a advertir que las paredes de ese lugar están cubiertas de ornamentos que evocan a su familia, específicamente a sus hijos pequeños. Un rudimentario dibujo pintado con lápices pastel exhibe una casa muy parecida a aquella en la que nos encontramos, algunos palos de maqueta se unen torpemente para dar vida a una réplica poco fiel del puente Carlos Ibáñez y diversos reconocimientos escolares tapizan la pared que tenemos al frente. Sus hijos, que a esa hora probablemente están en el colegio, inundan cada rincón del living de Tureo. Son sus tesoros más valiosos y una razón poderosa para evitar involucrarse más de lo necesario en el Caso Aysén, a riesgo de quedar como displicente a ojos de los familiares de las víctimas.

- Quizás yo mañana no pueda estar aquí porque tengo un problema de salud, insuficiencia renal, en que uno está bien un día y al otro día te puedes morir... y bueno, yo quiero pasar mis días tranquilo. No ando buscando problemas, solo ando buscando estar bien. Estoy tratando de solucionar un poco los problemas

de las personas lo suficiente como para... ¡Pasa nomás! – el grito lo dirige hacia la puerta de calle que sigue abierta desde que nos recibió. Un hombre alto ingresa a la casa, nos saluda, da un abrazo cariñoso a Patricio y comprendemos que la entrevista está llegando a su fin. Antes de irnos hacemos una última pregunta:

- ¿Y usted no revisó la billetera? Por último para ver cómo se llamaba el fallecido.

- No, no. No, para qué, si a final de cuentas uno sabe que llegan investigaciones y ellos son los que registran... - el hombre se detiene en seco y reflexiona varios segundos. Aprovechamos de despedirnos justo cuando un mensaje de texto nos avisa que Rosa Flores nos espera.

“Yo sé por qué”.

Enterarse de que su único hijo fue encontrado muerto en la desembocadura del Río Aysén representaba acaso la punta del iceberg en una pesadilla que para Rosa Flores se prolongó por años. Por lo pronto, reconocer a Roberto ya constituía un tormento que esta madre procuró superar lo antes posible, por lo cual se dirigió de inmediato al muelle de Río Pangal donde le informaron que una embarcación lo traería. En el lugar le explicaron que los restos ya habían sido trasladados al hospital de la ciudad, de modo que tuvo que regresar a toda velocidad al centro, pero tampoco tuvo suerte en ese recinto.

“No me querían dejar entrar. Había mucha gente afuera porque, bueno, nosotros somos muy conocidos acá en Aysén. Tanto la familia de parte de mi esposo, como la mía, así que habré estado luchando más de 20 minutos para que me dejaran entrar y no querían (...) Al final peleé tanto, grité tanto que me dejaron, pero yo no vi a mi hijo. Vi solamente un bulto en una bolsa negra y lo único que le vi fue una mano afuera”, relata Rosa, mientras amasa cada uno de los dedos de su mano derecha. Es nuestro segundo encuentro con la madre de Roberto Lagos y la escuchamos desde el asiento trasero de un vehículo estacionado en Calle Pangal, no muy lejos de la casa de Patricio Tureo. Hace pocos minutos abandonamos la casa del pescador y Rosa gentilmente ofreció pasar a buscarnos. De lo contrario, nos habríamos demorado al menos una hora en caminar de regreso al hostel desde aquel sector aislado de Puerto Aysén.

Rosa está sentada en el asiento de copiloto, junto a un primo que, desde el puesto de chofer, también escucha atento los recuerdos de los primeros días que esta madre experimentó sin su hijo.

“Después vinieron muchas preguntas, porque yo pensaba ‘¿Por qué no vi a mi hijo?’, ‘yo tendría que haberlo visto’ y una cierta persona un día en el cementerio me dijo ‘¿Y será tu hijo el que está ahí?’, entonces tú empiezas con

esas dudas. El papá me decía 'quédate con los recuerdos de cómo era él' y yo le decía 'pero ¿por qué!', 'no, quédate con eso...con eso' me decía".

Pasaban los días y las preguntas se iban amontonando en la mente de Rosa, en las reuniones familiares, en todo el pueblo. El cuestionable proceder de la justicia en la investigación por la muerte de Víctor Hugo Barría hace tiempo había sembrado desconfianza en la ciudadanía, sentimiento que había reforzado desde que el joven Lagos pereciera en similares circunstancias. Ahora su cuerpo había aparecido en un lugar que muchas veces fue registrado por la propia Rosa y el magistrado Sergio Mora Vallejos, ministro en visita a cargo del caso desde julio de 2000, simplemente cerró la investigación sin culpables.

En miradas furtivas, en susurros, en condolencias, en rayados en las paredes, en todos lados la madre de Roberto Lagos percibía que flotaba una gran verdad sobre la muerte de su hijo, que todos manejaban menos ella. Impotente ante las preguntas que se multiplicaban con cada respuesta vaga e indulgente que recibía de sus cercanos, el día del velorio se enfrentó a una situación tensa que la hizo comprender que debía tomar el asunto en sus manos.

Eran cerca de las tres de la madrugada, Rosa se había quedado en compañía del ataúd de su hijo que era velado en la casa de su ex suegra, cuando irrumpe

Cristian Parodi, el primo que se cruzó con Roberto la noche de su muerte. Un intenso hálito a alcohol inundó de inmediato la habitación y Rosa observó sobresaltada al joven - rostro pálido y apenas coordinando sus pasos- abalanzarse sobre la urna de su hijo.

- ¡Yo sé por qué! ¡Yo sé por qué! – gritó Parodi, acompañando cada bramido con un golpe al ataúd - ¡Yo sé por qué! ¡Yo sé por qué!

- Cristian, hijo, dime qué pasó – preguntó atónita la mujer, cruzando un brazo sobre el hombro del joven.

-¡Yo sé por qué! ¡Yo sé por qué! – se limitó a responder el enajenado sobrino.

Alertados por los gritos, un tío y una tía ingresaron a la habitación y se llevaron a Parodi al patio. Más intrigada que nunca, Rosa los siguió de cerca.

“Yo me arrodillé delante de él y le supliqué: ‘Cristian, por favor dime, qué pasó’, pero no. Nunca me dijo nada”, remata la mujer, lanzándonos una mirada triste desde el espejo retrovisor.

Otraysén.

Mientras Rosa Flores vivía el luto por la muerte de su hijo, unas pocas personas, provenientes de diferentes lugares y motivados por diferentes intereses, comenzaron a centrar sus miradas en esta sospechosa seguidilla de muertes que pronto habría de conocerse como el “Caso Aysén”.

Uno de los primeros en manifestar abiertamente su interés por llegar a la verdad en todo esto, fue el entonces diputado por el Partido por la Democracia (PPD), Leopoldo Sánchez, quien un mes antes de que apareciera el cadáver de Lagos, denunciaba en la prensa que “Roberto salió del Servicio Militar y se prestó para colaborar con Carabineros en una investigación relacionada con drogas en Aysén. Ya lleva dos meses desaparecido. Uno conversa con la gente y capta cuando saben lo que ha pasado y no se atreven a hablar”⁷⁴.

Durante 16 años como vecino de Puerto Aysén, Sánchez fue testigo de una serie de irregularidades en el actuar de autoridades, policías y Fuerzas Armadas de la zona, que él derechamente calificó como corrupción, pero no fue hasta el año 2001 cuando logró visibilidad nacional en su afán por dismantelar estas sospechosas redes de poder. En noviembre de aquel año, el proxeneta Juan Luis Uribe divulgó una serie de fotografías en las que el Juez Carlos Klapp aparecía semidesnudo y acostado junto a dos prostitutas. Tras un controvertido juicio en el que Klapp ofició como juez y parte, intentando cargarle a Uribe el

⁷⁴ La corrupción hipócrita: Desde “asignaciones de zona” brujas en Carabineros hasta desaparición de personas revela el diputado Leopoldo Sánchez, Punto Final, 25 de agosto de 2000

delito de extorsión, Leopoldo Sánchez respaldó al proxeneta, quien además aseguraba que existía un video que evidenciaba las conductas impropias del juez de la República.

Fue durante este mismo periodo en que un joven recién egresado de la carrera de Derecho, Carlos Alvear, llegó a Puerto Aysén para asistir legalmente a Juan Luis Uribe, a cambio de que este le entregara el mencionado video. Pese a que nunca llegó a recibir aunque sea una pista del paradero de aquellas imágenes, durante las diligencias Alvear pudo conocer a la socióloga Susana Cortés, quien por esos días estaba igualmente interesada en dar con aquel material audiovisual y además venía saliendo de la disolución de la ODEC, organismo en el cual trabajaba. De ese modo, y casi de forma natural, el escenario se constituyó perfecto para que ambos se asociaran y dieran vida a una entidad que les permitiera dedicarse exclusivamente a la búsqueda del mentado video. Era el segundo semestre de 2001 y así nació la organización Otraysén.

“La primera vez que vi a Rosita Flores fue en el Congreso, porque un día ella fue a ver al diputado Sánchez. Me dio la impresión de que era una mujer desamparada, pero nada más allá de eso”, recuerda Susana Cortés.

Presidenta de la Agrupación

El vehículo ya está en movimiento y a nuestro lado la abundante vegetación que flanquea el camino de vez en cuando se hace a un lado para descubrir enormes instalaciones de diferentes empresas. Por ahí una planta faenadora, por allá un aserradero, más allá algunas cámaras de refrigeración. El Camino Pangal aún es de tierra y pedregoso, de modo que la conversación con Rosa se vuelve un poco más difícil al interior del automóvil. Ella presiona el botón para subir su ventana de forma automática y nosotros la imitamos.

“En un momento, cuando empezamos con la Otraysén yo dije, ‘bueno ¿y a dónde vamos a llegar con esto?, ¿saldrá algo claro?, ¿nos estamos metiendo demasiado? Porque nosotros estábamos metidos en tantas cosas y yo me iba en contra de tanta gente, que para una es importante. Tuve miedo en su momento sí, pero después decía ‘vamos nomás, hagamos esto’”, Rosa sonríe mientras recuerda y posa su mirada en los frigoríficos de alguna empresa que rápidamente dejamos atrás.

Durante el tiempo en que funcionó Otraysén, Rosa Flores desarrolló un estrecho vínculo con el procurador Carlos Alvear, la socióloga Susana Cortés, y el abogado Hugo Gutiérrez. Cuando Alvear decidió en agosto de 2002 reunir a todos los afectados por estas tragedias y organizarlos en la Agrupación de Familiares y Víctimas del Caso Aysén, la elección de la presidenta fue bastante obvia. Rosa Flores lo recuerda como un desafío insoslayable, pero que requirió

esfuerzo y tiempo de adaptación: “Al principio me costaba mucho expresarme, no encontraba las palabras. Fue la Susana la que me dijo que debía relajarme, hablar con honestidad desde mi sentimiento de madre porque eso es lo que generaba empatía”.

Ante la nula voluntad de los vecinos de colaborar con los familiares, el Obispo Luis Infanti de la Mora, fiel colaborador de la Agrupación, designó el 10 de septiembre de 2002 a un grupo de sacerdotes para que recibieran bajo “secreto eclesial”⁷⁵ testimonios de informantes que de otro modo no se atreverían a declarar ante la justicia. En ese entonces Jorge Corona estaba confinado a una penitenciaría de Santiago, cumpliendo una condena por el robo de un cheque a la empresa Navimag, cuando decidió acercarse a un capellán y compartir la información fundamental que manejaba.

El sacerdote, de apellido Barría, se contactó con Susana Cortés y esta se dirigió de inmediato al domicilio de la familia de Corona, ubicada en la comuna de Buin, en Santiago. Luego de insistir durante días, consiguió convencer al bodeguero de que testificara, cuando venía recién saliendo de la cárcel, bajo la excusa de que “su testimonio de todos modos se iba a judicializar”, por lo que era conveniente que hablara él directamente. Dos días después, Corona llamó

⁷⁵ El Secreto Eclesial es definido por el propio Obispo Luis Infanti de la Mora como “(instancia) equivalente al secreto profesional, distinto del secreto de confesión”, que se implementó el 10 de septiembre de 2000 para recibir información de la comunidad en torno al Caso Aysén. (Carta del Obispo Luis Infanti a la Corte Suprema, 27 de mayo de 2004).

a Susana y se juntaron en la plaza de Buin a conversar. De esa reunión –en la que también estuvo presente Carlos Alvear- salió la declaración por la que luego habrían de bautizar a Corona como “el testigo clave”. Un par de días más tarde volvieron a reunirse, esta vez en un restaurante, Susana registró el audio en una grabadora, y consiguió lo que necesitaba para dar algo de esperanza a la agrupación.

Con todos aquellos antecedentes, la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén, guiados por el abogado Hugo Gutiérrez, logró armar una querrela criminal por las muertes de Roberto Lagos, Víctor Hugor Barría, Paulina Gómez, Marío Lepío y Fabián Díaz.

Corona, en tanto, en 2003 fue detenido y aislado. Mientras estuvo inubicable, el testigo clave contradijo todo su testimonio. En su nueva declaración, aseguró que no existían Intocables, narcotráfico ni relación de estos con las muertes. En cambio, sí inculpó a los principales nombres tras la Agrupación; Carlos Alvear, Hugo Gutiérrez y Susana Cortés, de haberlo obligado a mentir. Tras ello, la justicia local, personificada en la ministra en visita Alicia Araneda, comenzó una persecución sistemática a los señalados por Corona, la cual culminó con el joven procurador, Carlos Alvear, recluido en la cárcel de Puerto Aysén durante más de un mes. Tiempo después, Corona logró filtrar una carta dirigida al Obispo Infanti en la cual aseguraba estar amenazado de muerte junto a su

familia, denunciaba maltratos, además de tortura psicológica y física. La carta fue entregada a la Corte Suprema por parte de la autoridad eclesiástica, testificando que había sido escrita por Corona, sin embargo la institución le restó credibilidad.

“Padre:

Me van a procesar por obstruir a la justicia y por falso testimonio según la ministro, y a Carlos también, junto con la Susana. La ministro cree que todos mentimos pues ella dice tener pruebas que dicen quién mató a Roberto Lagos y a la Paulina Gómez.

No sé qué hacer, ayúdeme por favor. No muestre a nadie este papel o me harán pedazos en el tribunal. Averigüe si hay testigos de eso que dice la ministro, pero hágalo pronto yo ya no sé qué hacer o decir. Estoy desesperado. Si me condenan por algo no lo voy a soportar, prefiero morir a estar varios años en la cárcel por algo que yo no hice ni dije.

Por favor, quememe este papel. No debe llegar a nadie más que a usted. Ella cree que lo mataron Enrico Rosso con Domingo Fernández a Roberto Lagos.

Ayúdeme, se lo pido en el nombre de Dios. Gracias”.

En febrero de 2004, el tribunal de Puerto Aysén condenó a 15 años y un día de

presidio a Jorge Corona Zúñiga, por los delitos de robo y falso testimonio. Ni siquiera se le concedió el beneficio de libertad bajo fianza, pese a que jamás se investigó a los hombres acusados en el supuesto falso testimonio.

“¡Lo pescaron por el robo de una bicicleta!”, exclama Rosa con incredulidad. El vehículo se desplaza por Avenida Sargento Aldea y ya está a metros de virar a la izquierda por Serrano Montaner, la calle de nuestro hostel y de la oficina de Chilexpress. “Una bicicleta que se supone que le robó a un tal Vera cuando vivieron juntos... y Vera era compinche con Catalán. Si hay un enredo muy lindo aquí”, sentencia.

Hasta el día de hoy, Jorge Corona sigue cumpliendo su condena en Santiago.

CAPÍTULO IX

“En mi destierro el alma desgarrada, inexorable reloj, finalmente pude sacar una conclusión: desde la orilla de cualquier lugar remoto vuelvo a mi Aysén”⁷⁶

⁷⁶ “Desde la Orilla”, Puerto Aysén en Cien Palabras, Boris Verdugo

Es nuestro último día en Puerto Aysén. Ya es de noche y comenzamos a sentirnos fatigados luego de una larga jornada de entrevistas. Decidimos trasladarnos a la otra residencia ya que es en aquel lugar donde cenamos. Comúnmente, en Santiago, la rutina es distinta y a esa misma hora cambiamos la cena por la tradicional once. Sin embargo, nos damos cuenta de que en esta ciudad comer durante la noche tiene otro tipo de significado, uno más social y trascendente. Llegamos hasta la casa en Avenida Municipal y el comedor está casi repleto. Ingresamos y encontramos una mesa vacía. Todos nos reconocen y nos saludan atentamente, son los trabajadores que construyen el nuevo hospital. Conversan animadamente y, de vez en cuando, prestan atención a las noticias que pasan por televisión. Pero la mayoría de las informaciones son de Santiago: Gobierno busca dar incentivos para evitar la evasión en el Transantiago; una madre y su hija fallecieron en un accidente de auto en el Cajón del Maipo; un hombre incendió la casa de su ex pareja provocando la muerte de un sujeto; empresarios temen que la Reforma Tributaria provoque una fuga de inversiones. Alguien se hastía y apaga el televisor. En ese mismo instante emerge el sonido que el viento emite afuera de la residencial y motiva a un comensal a hacer un comentario sobre el clima.

La cena es contundente. Comemos con muchas ganas y debemos hacer el esfuerzo de no quedarnos dormidos en la mesa. Tenemos que recurrir al café

para mantenernos despiertos; la mayoría utiliza el mate, pero nos advierten que puede ser complicado en la noche para alguien que no está acostumbrado. Hacemos caso. Nos despedimos y salimos a la calle; debemos regresar. En la Avenida Sargento Aldea vemos a César Álvarez, uno de los periodistas más famosos de Puerto Aysén.

Nos conocíamos brevemente y ya sabíamos que era alguien de confianza. La misma Rosa Flores nos comentó que él es uno de los pocos comunicadores que siempre ha seguido el Caso Aysén. Nos invita a pasar a la Radio Las Nieves, su lugar de trabajo, porque a esa hora está a cargo del programa que cierra las transmisiones. La Radio es un pequeño local de dos pisos ubicado en la calle más importante de la ciudad. Subimos a la segunda planta y saludamos al controlador. Nos ubicamos en la sala de grabación y escuchamos cómo el reportero se dispone a iniciar el espacio.

Aprovechamos de observar la sala donde nos encontramos. En un rincón hay un computador antiguo en el que César revisa algunos portales de noticias. El aparato descansa sobre una mesa donde también hay libros, revistas, micrófonos y una torre de discos que parece estar a punto de desmoronarse. Una de las paredes está adornada con varias fotografías de la ciudad; una de ellas es fácil de distinguir y corresponde a la movilización social del 2012. Se aprecia a un grupo de aiseninos frente a un guanaco de Carabineros.

Precisamente, la carrera del periodista logró notoriedad debido a su trabajo durante las manifestaciones. Pese a esto, el recuerdo de aquellos días no es el más grato.

- Luchamos más de cuarenta días, pero hoy no tenemos nada.⁷⁷
- ¿Crees que se pueda volver a dar un movimiento como el del 2012?
- La gente se decepcionó, confió en sus dirigentes. Mucha gente ya no le cree a Iván Fuentes y piensan que él se aprovechó del movimiento para posicionarse políticamente. No creo que vuelva a generarse un movimiento de tal magnitud. No creo que la misma cantidad de gente esté dispuesta a salir a la calle.

La carrera radial de César Álvarez comenzó en 1994 cuando debutó como controlador en una radio de Coyhaique. Luego intentó haciendo locución hasta que en el año 2000 descubrió cuál era el tipo de periodismo que más lo motivaba.

- Cuando era más joven escuchaba harta radio y coleccionaba música, sobre todo la que llegaba de Argentina: rock latino, cumbias, todo eso. Después trabajé en prensa, eso es lo que más me gusta: estar en contacto con la gente, el tema social, la denuncia ciudadana.

⁷⁷ Entrevista a César Álvarez, realizada por los autores el 24 de marzo de 2014 en Puerto Aysén, Chile.

No ha sido sencillo trabajar en este frente. En una ocasión, César fue detenido por insultar a un carabinero. Además, constantemente ha recibido amenazas de Oscar Catalán, alcalde de Puerto Aysén.

- “Ten mucho cuidado, algo te puede pasar”. Eso me dijo el alcalde. Detrás de él siempre hay cosas turbias. Acá la gente le tiene miedo, incluso los mismos colegas. Tienen miedo de preguntarle algo porque se puede enojar.
- Tu debut en la sección de prensa coincidió con el Caso Aysén. ¿Qué recuerdos tienes de esa época?
- Siempre fue complicado cubrir el Caso Aysén. Nos decían que no nos metiéramos ahí porque había personas importantes detrás. Nos advertían que tuviéramos cuidado con Carabineros y con las autoridades. Se sabía que había algo más detrás de las muertes, algo extraño. Siempre circuló el tema de la droga y hubo dudas sobre los uniformados que pudieron estar detrás.
- Han pasado varios años, pero aún en la ciudad existe la sensación de que algunos pueden actuar impunemente.

- Acá los Carabineros y los detectives vienen sólo a ganar zonas. Se creen con el poder de hacer lo que quieren. Estando acá se sienten con la atribución de hacer cualquier cosa y siempre defienden al grande. Por eso después la comunidad cree que hay empresas y personas que no se tocan. Por ejemplo, cuando se roban un vino en el Unimarc, los carabineros llegan al tiro, incluso en dos o tres patrullas. Pero cuando los llaman a las poblaciones no llegan nunca. Cuando pasa algo en Puerto Montt o en Santiago, prácticamente, al otro día encuentran al autor. ¿Por qué en Aysén tiene que ser distinto?

- ¿Crees que los aiseninos ya dejaron atrás lo que ocurrió en el Caso Aysén?

- El caso empezó a morir de a poco porque las personas se comenzaron a contradecir. Pero no creo que haya quedado atrás. De hecho, cuando los familiares realizan una velación siempre llegan carabineros vestidos de civil.

Justo en ese momento, César, nos pide parar la entrevista por el llamado de una auditora. Es una señora que reclama porque en la calle Chacabuco llevan

más de dos días sin luz. El periodista intenta convencer a la mujer de que sea ella misma la que haga el reclamo al aire.

Los habitantes de Aysén han debido soportar varios años de injusticias y han sido testigos de cómo las autoridades de la zona han actuado de manera corrupta e impune. Por lo mismo, no resulta difícil entender que la población ya no aguantara más para el verano de 2012 y protagonizara el movimiento social que fue seguido con atención en todo el país. La ciudad entera liberó toda la frustración e impotencia que había tenido que reprimir durante mucho tiempo.

Pero los asesinatos y la sensación de injusticia e impunidad no cesaron con el Caso Aysén ni con el movimiento de hace dos años.

Carmen Gloria Montiel Rehbein fue encontrada muerta la madrugada del 3 de julio de 2012 en su casa ubicada en la población Litoral Austral de Puerto Aysén. La mujer, de 46 años, fue hallada por su hija quien fue la primera en presenciar la horrible escena: Carmen estaba recostada sobre su cama cubierta de sangre; había sido degollada y apuñalada en varias ocasiones.

Ya han transcurrido más de dos años desde el hecho y la investigación llevada a cabo por la Fiscalía de la ciudad aún no arroja resultados sobre quién o quiénes pudieron haber estado detrás de este asesinato.

El 22 de febrero de 2013 desapareció María Enedina Vargas Álvarez, técnico paramédico de 32 años que trabajaba en la Asociación Chilena de Seguridad. La mujer, que tenía un embarazo de siete meses y medio, fue vista por última vez mientras compraba en el supermercado Unimarc, cerca del mediodía. “En la tarde nos vemos, mamita”, fue lo último que le dijo a su madre, Patricia Álvarez, según declaró la mujer en el programa La Mañana de Chilevisión, emitido en junio de 2014.⁷⁸ Siete meses después fue encontrada sin vida en el Kilómetro 8, en las cercanías del Río Aysén. No se hallaron rastros de su bebé y aún no se conoce al culpable del hecho.

Cuatro años antes, el desenlace fue distinto en el caso de María Nataly Arias Peña. La joven que apenas tenía 16 años fue violada y asesinada por Gilbert Lara Carvajal (29), mecánico de la ciudad quien había conocido a la mujer a través de conversaciones por chat. El hombre la contactó por internet haciéndose pasar por estudiante universitario y la invitó a su casa donde cometió el crimen el 29 de enero de 2009. Para deshacerse del cuerpo, Lara metió el cadáver de la joven en una bolsa y luego lo arrojó en una zanja en un sector rural de Puerto Aysén.

⁷⁸ El misterio de la embarazada cuyo cuerpo fue encontrado sin el bebé en su interior. La Mañana de Chilevisión, Chilevisión, 24 de junio de 2014 < <http://www.chilevision.cl/matinal/reportajes/el-misterio-de-la-embarazada-cuyo-cuerpo-fue-encontrado-sin-el-bebe-en-su-interior/2014-06-24/112138.html>>

Nataly Arias fue encontrada el 22 de marzo de ese mismo año. A diferencia de muchas de las muertes que han ocurrido en la ciudad, en este caso sí fue posible dar con el culpable. De esta forma, Gilbert Lara, quien aseguró que la joven había fallecido en su casa luego de resbalarse y golpearse la cabeza, fue sentenciado a presidio perpetuo simple y actualmente cumple una condena de veinte años de cárcel. Medida que no ha dejado conforme a la familia de la víctima.

“Después de lo que hizo sólo le dieron veinte años. Quedaron muchas preguntas sin responder. Yo creo que él no actuó solo. Fueron muchas las cosas que quedaron en el aire, pero nunca se investigó. Las penas son muy bajas, en otros lados del país dan penas mucho más altas. Acá es más fácil matar a alguien que entrar a robar”⁷⁹, nos comentó Fabiola Peña, madre de Nataly Arias, una vez que ya estábamos en Santiago.

La mujer, que también ha seguido el caso de María Vargas y Carmen Montiel, piensa que los crímenes van a seguir ocurriendo en su ciudad facilitados por la actitud negligente de las autoridades.

“Van a seguir habiendo casos, habiendo muertes en Aysén porque no hay justicia. La gente no confía en las autoridades; está la sensación de que si se

⁷⁹ Entrevista a Fabiola Peña, realizada por los autores el 13 de noviembre de 2014 en San Fernando, Chile

pierde un niño es preferible salir a buscarlo uno mismo. Es como un rechazo; lo peor del país lo mandan a Puerto Aysén. Uno sale de Puerto Montt y llega acá y es como si fuera otro país, otro mundo. En temas de salud, de educación. Hasta la misma verdura o cosas insignificantes. ¡El kilo de tomates está a casi tres mil pesos!”, nos explicó Fabiola en aquella oportunidad.

En la Radio Las Nieves, en tanto, César Álvarez por fin pudo convencer a la mujer para que ella misma hiciera el reclamo en vivo por el corte de luz que afectaba al sector donde vivía. Él se siente orgulloso de su pequeño logro y nos mira con satisfacción. Antes de que pudiéramos decir algo, explica las razones de su buen manejo radial.

- Me nutrí profesionalmente en Coyhaique, eso me sirvió mucho para mi carrera. Pero necesitaba volver a Aysén.
- Entonces es verdad eso que dicen, que un aysenino siempre regresa a su tierra.
- Sí, absolutamente. Aunque uno se vaya a otra región, forme una familia, es imposible no volver. Es una ciudad que, a pesar de todo lo malo, uno igual extraña.

Salimos a la calle y esperamos a Guido Jaramillo para que pase a buscarnos. En la familia de Víctor Hugo Barría saben que regresamos a

Santiago al día siguiente así que hicieron un asado para despedirnos. No estamos acostumbrados a este trato tan generoso.

Llegamos al supermercado Maba; ahí está Gladys Mardones, Rosa Flores y la esposa de Guido y hermana de Gladys con su hija. Comemos, charlamos y disfrutamos del vino que nos ofrecen. En un momento, el tío de Víctor Hugo Barría se nos acerca y nos comenta que él guarda la funda del auto gris donde habrían llevado el cuerpo de su sobrino. Nos explica que fue el mismo dueño del vehículo quien le dejó la evidencia a su suegro y éste se lo entregó directamente a Guido consciente de que podría serle más útil a los Barría Mardones.

En la familia de Víctor Hugo creen que la funda podría conservar restos biológicos del joven lo que permitiría reabrir el caso. Ellos nos piden ayuda y nosotros nos comprometemos a encontrar un laboratorio especializado en Santiago.

Terminamos de comer y hacemos el último brindis. Minutos después nos van a dejar hasta nuestra residencial. Por primera vez observamos a Puerto Aysén de madrugada; la ciudad está vacía y podemos pensar en quienes ya partieron. Recorremos las mismas calles por donde transitaron Roberto Lagos, Víctor Hugo Barría, Leandro Morales, Juan Carlos Machuca, Paulina

Gómez, Mario Lepio, Rodrigo Barichivic y Víctor Fabián Díaz. Ellos ya no están, pero un memorial al borde del Río Aysén los recuerda. Como si eso fuera suficiente o como si eso bastara para mantener a sus familiares conformes.

Es una noche tranquila y la naturaleza es la protagonista. Sentimos cómo sopla el viento y aprovechamos de llenar nuestros pulmones con aire puro como preparándonos para retomar nuestra vida en la capital. A la distancia oímos por última vez el puente Carlos Ibáñez.

Los aiseninos tienen razón: uno siempre desea volver a esta tierra.

CAPÍTULO X

“Era mi Puerto Aysén con quien soñé en otras tierras, estando solo y triste ya sin rumbo, con el olor a un mate bien cebado, a calafate, chilco y maqui, compañía de tantas noches”⁸⁰

⁸⁰ Desde la orilla, op cit.

Regresamos de Puerto Aysén con algunos recipientes para tomar mate, un par de frascos de mermelada, varios kilos de salmón y muchas preguntas. Nos resulta muy difícil creer en la versión de la Justicia que señala que los jóvenes del Caso Aysén se suicidaron, más aún después de haber conocido las versiones de los familiares. Ninguna de las personas que falleció había evidenciado signos de depresión en los días previos, no hubo uno solo que expresara de alguna forma sus deseos de morir y ninguno se despidió de sus más cercanos. Todos estos gestos se hacen presentes en la mayoría de los casos que terminan en suicidio.

Además, los jóvenes que investigamos habían manifestado todo lo contrario: sus deseos de vivir. De hecho, todos tenían planes para realizar en los días posteriores a su muerte. Víctor Hugo Barría estaba contento porque iba a estudiar Acuicultura en Temuco; Roberto Lagos quería trasladarse a Chiloé para vivir con su madre, Víctor Fabían Díaz deseaba realizar el Servicio Militar y Rodrigo Barichivich salió a comprar pan para tomar desayuno con su madre. Es difícil asociar este tipo de conductas con las de una persona que está a punto de ponerle fin a su vida.

Estando en Santiago, nos contactamos con Paul Vöhringer, psiquiatra de la Universidad de Chile, quien se ha especializado en depresión y suicidios.

- ¿Es común que una persona lleve una vida cotidiana normal antes de suicidarse?
- En el contexto de un trastorno del ánimo no es lo habitual que una persona que decide quitarse la vida no haya tenido alguna alteración conductual que no haya podido ser evidenciada por algún cercano⁸¹.
- ¿Cuáles serían esas alteraciones conductuales?
- Se sabe que aparecen conductas relacionadas con profunda desesperanza, aislamiento, retraimiento social, ciertos gestos de despedida y más aún cuando se trata de no sólo ideación suicidal, sino que se acompaña de planificación detallada. En los casos más graves suelen encontrarse notas que explican al entorno lo que pasó. El acto en sí mismo siempre tiene estrecha relación con la biografía del individuo. Siempre, siempre, el suicidio representa un mensaje para alguien, es visto como una solución a un problema que no pudo ser solucionado de otra manera. Otro aspecto fundamental es la historia previa en relación a la patología de salud mental de la persona o familiares. Intentos o suicidios en familiares o intentos en la persona misma son parte de los predictores más potentes.

⁸¹ Entrevista a Paul Vöhringer, realizada por los autores el 21 de noviembre de 2014, en Santiago.

- ¿La depresión es más común en alguna zona del país? ¿Los factores ambientales pueden influir?
- Se supone que localidades más extremas en cuanto a latitud podrían por amplias oscilaciones en el foto período presentar en personas susceptibles más probabilidades de suicidio. También, la ruralidad se ha visto como un factor protector versus la vida más urbana. En cuanto a la depresión es más frecuentes en zonas urbanas. De hecho, Santiago es la zona con más alta prevalencia a nivel mundial de depresión.

24 de octubre de 2014

Gladys Mardones, madre de Víctor Hugo Barría, nos llama para decirnos que nos está esperando en el Paseo Ahumada. Se encuentra junto a una prima y Cristián Cruz, abogado que ha trabajado junto a los familiares de las víctimas del Caso Aysén. La mujer viajó especialmente desde Puerto Aysén trayendo la funda que podría tener restos biológicos de Víctor Hugo.

Cuando nos encontramos nos saluda cariñosamente. Sentimos lástima por ella porque su visita coincide con uno de los días más calurosos en la capital. Le explicamos dónde queda el laboratorio, que semanas antes ya habíamos contactado para realizar el análisis forense, y descendemos al metro. Al interior del vagón, el celular de Cristián Cruz no para de sonar. Además de trabajar con el Caso Aysén, el profesional es abogado querellante en la causa contra el ex

alcalde de Providencia, Cristián Labbé, por asociación ilícita en el caso Tejas Verdes. Justo ese día, el polémico ex militar fue detenido en el batallón de Policía Militar de Peñalolén. Por lo mismo, Cruz debe contestar los llamados de algunos de sus colegas, uno de ellos el del diputado Hugo Gutiérrez, quien formó parte de la querrela presentada en 2002 por los familiares de las víctimas de Puerto Aysén. Entendemos que la mayoría de los contactos son para felicitarlo, porque en cada uno el abogado responde con un “gracias”. En otras ocasiones lo llaman para entrevistarlos, lo que lo motiva a adoptar una actitud más solemne.

Bajamos en el Metro Manquehue, en la comuna de Las Condes. En el Laboratorio Biogenetics nos atiende Hugo Jorquera quien es Gerente Técnico del recinto. Él nos invita a todos a pasar a su oficina y habla con franqueza. Advierte que es muy difícil poder obtener alguna muestra de ADN de la funda que lleva Gladys Mardones debido a la gran cantidad de años que han transcurrido desde la muerte de Barría.

De todas formas, la madre del joven decide dejar la evidencia y someterse ella misma a distintos análisis para elaborar un perfil genético que pueda ser comparado con los resultados que se obtengan de la muestra. Por último, Jorquera nos explica que el informe debería estar listo en un par de semanas.

Más tarde almorzamos en un restorán peruano ubicado en el centro de Santiago. Ahí, Gladys nos cuenta que está muy optimista y que piensa que los peritos van a poder hallar algo que permita que el caso de su hijo se reabra.

Nos despedimos y quedamos a la espera de los resultados. La madre de Víctor Hugo regresa a Puerto Aysén para hacerse cargo del Supermercado Maba que debió dejar durante los días que estuvo en el “Norte”. Ella nos invita a que vayamos a visitarla y nosotros no podemos negarnos. Nos contagia su entusiasmo.

Pero el buen ánimo no dura mucho. Tres semanas después nos contacta Hugo Jorquera. Las noticias no son buenas. En el análisis no fue posible obtener una muestra de ADN. Sólo encontraron una mancha que se originó producto de la oxidación. Llamamos a Guido Jaramillo para informarle de los resultados de las pruebas. “Bueno, había que salir de la duda”, nos responde.

Pero el último diálogo con Hugo Jorquera no fue del todo negativo. El profesional reveló una información que aún mantiene en pie las esperanzas de la familia de Víctor Hugo Barría. En el análisis que se le realizó a la funda también se hallaron tres pelos humanos de los cuales no fue posible obtener material genético. No con la tecnología que actualmente hay en Chile.

A fines de noviembre ocurrió otro hecho que hizo ilusionar a los Barría Mardones. El Servicio Médico Legal de Santiago determinó que Jorge Matute Johns, joven que fue encontrado sin vida en 2004 luego de permanecer desaparecido por más de cinco años, fue asesinado después de salir a una discoteca en Concepción. Durante varios años no se pudo comprobar lo que le había ocurrido al estudiante de 23 años y muchas veces su caso fue comparado con lo sucedido en Aysén; de hecho, la familia de Matute Johns se acercó a la agrupación dirigida por Rosa Flores. Por lo mismo, en la Patagonia también esperan que algún día se pueda saber lo que realmente sucedió con los jóvenes de Puerto Aysén.

“La esperanza no se puede perder. Pero para llegar a la verdad tiene que haber un juez dispuesto a investigar, y eso es lo que falta en Puerto Aysén. Mientras esté el Poder Judicial con los actuales funcionarios es muy difícil avanzar”, nos comenta Guido mientras conduce su furgón por el Puente Carlos Ibáñez sobre el Río Aysén, el mismo que hace 17 años le devolvió el cuerpo sin vida de su sobrino Víctor Hugo.

ANEXOS

Fuentes consultadas

GUERRIERO, LEILA. 2005. Suicidas del fin del mundo. 2 da Edición. Buenos Aires. Tusquets Editores.

STENGER, IVÁN. 1999. Teniente Merino: Héroe Nacional de la Soberanía. Autoedición, Santiago.

BINDER, NICOLÁS. 2013. La vida breve de José Huenante. Ceibo Ediciones, Santiago.

SANHUEZA, ELEODORO. 2013. Almas en el río. Ñire Negro. Coyhaique.

SOLAR, FRANCISCA. 2006. La Séptima M. Montena, Santiago.

Prensa

La guerra de Aysén y sus batallas por el combustible, El Divisadero, Coyhaique, Chile, 24 de febrero de 2012.

MARÍA JOSÉ LATORRE y CLAUDIO CERDA, 2014. Los costos de vivir en una zona extrema. [en línea] La Tercera en internet, 23 de marzo de 2014. <
<http://www.latercera.com/noticia/nacional/2014/03/680-570790-9-los-costos-de-vivir-en-una-zona-extrema.shtml>>

Altos niveles de depresión gatillan nuevos suicidios en Aysén. La Tercera, 18 de enero de 2004

Juez Klapp acepta responsabilidad en polémicas fotos con prostitutas, Cooperativa en internet. 13 de marzo de 2002 <
<http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/juez-klapp-acepta-responsabilidad-en-polemicas-fotos-con-prostitutas/2002-03-13/134700.html>>

Los precios más altos y bajos de la bencina en Chile tras alcanzar su mayor valor hasta ahora. EMOL. 20 de febrero de 2014. <
<http://www.emol.com/noticias/economia/2014/02/20/645917/los-precios-mas-altos-y-bajos-de-la-bencina-en-chile-tras-alcanzar-su-mayor-valor-hasta-ahora.html>>

Aysén: Padre de desaparecido cree en una venganza. El Mercurio, 6 de julio 2000.

“A 40 años del asesinato del Teniente Merino en la Laguna del Desierto”,
Emol.com. 4 de noviembre de 2005.

Lugareños encontraron cuerpo sin vida de menor que cayó a las aguas del Río
Cisnes, El Divisadero 28 de noviembre de 2001

La corrupción hipócrita: Desde “asignaciones de zona” brujas en Carabineros
hasta desaparición de personas revela el diputado Leopoldo Sánchez, Punto
Final, 25 de agosto de 2000

Material audiovisual

PEQUEÑO, PAMELA y TORO, ALEJANDRA. 2006. Caso Aysén, Piel de
Jaguar, TVN

El misterio de la embarazada cuyo cuerpo fue encontrado sin el bebé en su
interior. La Mañana de Chilevisión, Chilevisión, 24 de junio de 2014 <
[http://www.chilevision.cl/matinal/reportajes/el-misterio-de-la-embarazada-cuyo-
cuerpo-fue-encontrado-sin-el-bebe-en-su-interior/2014-06-24/112138.html](http://www.chilevision.cl/matinal/reportajes/el-misterio-de-la-embarazada-cuyo-cuerpo-fue-encontrado-sin-el-bebe-en-su-interior/2014-06-24/112138.html)>

Archivos y documentos

-INE, Síntesis de Resultados CENSO 2012 [en línea] <
file:///C:/Users/fj/Downloads/resumencenso_2012.pdf>

-INE, Migraciones Internas Regionales 1992- 2002,

<http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/demografia_y_vitales/demografia/pdf/migraciones241107.pdf>

-Querrela Criminal por Asesinato y Asociación Ilícita , Coyhaique, 7 de noviembre de 2002

-Informe de la Policía de Investigaciones presentado en el caso de Víctor Hugo Barría

-Protocolo de Autopsia, firmado por Germán Arancibia Zemelman. Caso Víctor Hugo Barría.

-Declaración judicial de Germán Mauricio Arancibia Zemelman. Caso Víctor Hugo Barría.

- Sistema de información en línea de precios de combustibles en estaciones de servicio. [en línea] <

<http://www.bencinaenlinea.cl/web2/buscador.php?region=14>>

- HISTORIA DE AYSÉN [en línea] < www.puertoaysen.cl > [consulta: 06 de octubre 2014]

-Declaración judicial Francis Galindo. (Caso Paulina Gómez).

- Declaración judicial Leontina Cortes. (Caso Paulina Gómez)

- “¿QUÉ SON LAS NALCAS?” [en línea] <www.chile-attractions.com> [consulta: 20 de noviembre de 2014]

- “Análisis Situacional del Narcotráfico: Una Perspectiva Policial”, AMERIPOL. Pag. 29 y 39.

Entrevistados

GLADYS MARDONES. Madre de Víctor Hugo Barría, uno de los jóvenes fallecidos en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 19 de marzo de 2014.

GUIDO JARAMILLO. Tío de Víctor Hugo Barría. Puerto Aysén, 19 de marzo de 2014.

ALEJANDRA AGÜERO. Una de las últimas personas que vio con vida a Víctor Hugo Barría. Puerto Aysén, 24 de marzo de 2014.

OSCAR AGÜERO. Amigo de Víctor Hugo Barría, estuvo con él la noche en que falleció. San Fernando, 14 de abril de 2014.

VIRGINIA LEPIO. Hermana de Mario Lepio, uno de los jóvenes fallecidos en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 26 de marzo de 2014.

ROSA FLORES. Madre de Roberto Lagos, uno de los jóvenes fallecidos en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 20 de marzo de 2014.

MARIANELA LAGOS, prima de Roberto Lagos. Puerto Aysén, 25 de marzo de 2014.

PILAR BARICHIVICH, hermana de Rodrigo Barichivich, uno de los jóvenes fallecidos en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 26 de marzo de 2014.

RUTH GÓMEZ, madre de Paulina Gómez, una de las jóvenes fallecidas en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 25 de marzo de 2014.

JOSÉ DÍAZ, padre de Víctor Fabián Díaz, uno de los jóvenes fallecidos en el Caso Aysén. Puerto Aysén, 25 de marzo de 2014.

PATRICIO TUREO, encontró el cuerpo de Roberto Lagos cuando llevaba tres meses desaparecido. Puerto Aysén, 25 de marzo de 2014.

CÉSAR ÁLVAREZ, periodista de Radio Nieves. Puerto Aysén, 24 de marzo de 2014.

FABIOLA PEÑA, madre de Nataly Arias, joven que fue secuestrada y asesinada en Puerto Aysén. San Fernando, 13 de noviembre de 2014.

PAUL VÖHRINGER, psiquiatra de la Universidad de Chile especializado en depresión, trastornos del ánimo y suicidios. Santiago, 21 de noviembre de 2014.

PEDRO PUCHI, quiosquero y ex profesor de Roberto Lagos. Fue uno de los últimos en ver con vida al joven. Puerto Aysén, 23 de marzo de 2014.

MARÍA INÉS OYARZÚN, concejal de Puerto Aysén. Puerto Aysén, 24 de marzo de 2014.

SUSANA CORTÉS, socióloga, trabajó con los familiares de las víctimas del Caso Aysén. Santiago, 23 de enero de 2014.

PAMELA PEQUEÑO, periodista. Realizó el reportaje Caso Aysén para el programa Piel de Jaguar de TVN. Octubre de 2013.

ELEODORO SANHUEZA. Escribió la novela “Almas en el río” donde aborda el Caso Aysén desde la ficción. Noviembre de 2013.

FRANCISCA SOLAR, periodista. Realizó su memoria de título sobre el Caso Aysén. Posteriormente publicó una novela de ficción sobre este mismo tema. Octubre de 2013.

IVÁN FUENTES, diputado por la Región de Aysén y líder del movimiento social nacido en 2012. Santiago, 30 de noviembre de 2014.

CRISTIÁN CRUZ, abogado que trabajó con la familia de Víctor Hugo Barría. Santiago, 24 de octubre de 2014.

LEILA GUERRIERO, escritora y periodista argentina. En 2005 publicó “Suicidas del fin del mundo”. Santiago, 2 de diciembre de 2014.

Cronología.

1 de diciembre de 1530: Hernando de Magallanes avistó por primera vez las costas de Puerto Aysén y bautizó al lugar como “Tierras de Diciembre”.

30 de diciembre de 1927: Se crea el territorio de Aysén, cuya capital sería la comuna de Puerto Aysén.

28 de enero de 1928: Se funda la comuna de Puerto Aysén.

Febrero de 1965: el Teniente de Carabineros, Hernán Merino Correa, es designado jefe de la Tenencia Cochrane.

6 de noviembre de 1965: el Teniente Hernán Merino muere tras recibir un balazo durante un enfrentamiento con gendarmes argentinos en la Laguna del Desierto.

Septiembre de 1979: se construye el Regimiento de Ingenieros número 8 "Chiloé.

Noviembre de 1987: Fueron encontrados los restos de quince campesinos asesinados por la dictadura, en el caso conocido como "Hornos de Lonquén". En el caso se vio involucrado Héctor Arcadio Vargas Vargas, carabinero posteriormente vinculado a varias muertes del Caso Aysén.

1994: César Álvarez debuta como controlador de una radio en Coyhaique.

1997: Comenzaron a registrarse extrañas muertes de jóvenes en Las Heras, Argentina, las cuales posteriormente fueron catalogadas como suicidios.

12 de marzo de 1997: Esa mañana apareció flotando en el Río Aysén el cadáver de Víctor Hugo Barría Mardones. La noche anterior había salido a celebrar con su amigo Oscar Agüero.

Marzo de 1998: durante una noche desaparecieron Juan Carlos Machuca y Leandro Morales.

1 de abril de 1998: Esa tarde cuatro hombres degollaron a Mario Alejandro Lepio Chiguay en la puerta de su casa.

23 de septiembre de 1998: Aparece flotando en el Río Aysén el cadáver de Juan Carlos Machuca.

11 de octubre de 1998: Aparece flotando en el Río Aysén el cadáver de Leandro Morales.

Abril de 1999: Roberto Lagos ingresa al Servicio Militar.

Mayo de 2000: finaliza el período de Roberto Lagos en el Servicio Militar.

12 de junio de 2000: Esa noche Roberto Lagos es visto por última vez desplazándose por las calles de Puerto Aysén con sus amigos Hans García y Ramiro Muñoz.

4 de julio de 2000: La Corte de Apelaciones de Coyhaique niega la petición de un ministro en visita para investigar la desaparición del joven Roberto Lagos.

12 de julio de 2000: Es designado ministro en visita para el caso de Roberto Lagos, el magistrado Sergio Mora Vallejos.

6 de julio de 2000: El Mercurio titula “Aysén: Padre de desaparecido cree en una venganza”, en alusión a la desaparición de Roberto Lagos.

2 de septiembre de 2000: Esa mañana los pescadores Patricio Rubén Tureo y Helmuth Redlich encontraron las osamentas del desaparecido Roberto Lagos.

3 de septiembre de 2000: Tras aparecer el cadáver de Roberto Lagos, el juez Sergio Mora Vallejos cierra la investigación sin culpables.

2001: Se hacen públicas las fotografías del juez Carlos Klapp, donde aparece borracho y rodeado de prostitutas.

1 de abril de 2001: Rodrigo Barichivich es visto por última vez con vida saliendo de su casa en dirección a comprar el pan para tomar desayuno con su madre.

28 de octubre de 2001: Víctor Fabián Díaz es visto con vida por última vez arrancando de un grupo de carabineros que vestían de civil. Su cuerpo fue encontrado en las aguas del Río Aysén un par de horas más tarde.

7 de noviembre de 2001: Esa tarde Paulina Gómez salió de su casa junto a Francis Galindo para pasar el fin de semana en Puerto Cisnes junto a otros tres hombres.

8 de noviembre de 2001: Paulina Gómez desaparece tras caer a las aguas del Río Cisnes.

27 de noviembre de 2001: Aparece flotando el cuerpo de Paulina Gómez en las aguas del Río Cisnes.

28 de noviembre de 2001: El Divisadero titula “Lugareños encontraron cuerpo sin vida de menor que cayó a las aguas del Río Cisnes”.

2002: En otoño de este año la periodista argentina Leila Guerriero viaja a Las Heras a investigar los misteriosos suicidios de jóvenes en ese pueblo. Félix Aro Chaura, testigo en el caso de Víctor Hugo Barría, conversa con Piel de Jaguar, reportaje de TVN.

1 de septiembre de 2002: La Agrupación “Padres y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén” critica la “pasividad de la justicia” y con ello inician una ofensiva contra las autoridades de la zona.

10 de septiembre de 2002: Obispo Luis Infanti designa a un grupo de sacerdotes para que reciban información sobre el Caso Aysén mediante el secreto eclesial.

25 de septiembre de 2002: La presidenta de la Corte de Apelaciones de Coyhaique, Alicia Araneda, sostiene que si se aportan antecedentes nuevos, podría considerar designar un nuevo ministro en visita.

9 de octubre de 2002: Domingo Fernández Yáñez, preso en la cárcel de Puerto Aysén por delitos relacionados con narcotráfico, niega tener antecedentes sobre las muertes de los doce jóvenes.

11 de octubre de 2002: La Corte de Apelaciones de Coyhaique cierra definitivamente el caso por la muerte de Roberto Lagos, sin culpables. Además ratifica el procesamiento por tráfico de drogas contra Domingo Fernández Yáñez quien aparece como el último en ver con vida a Lagos.

7 de noviembre de 2002: Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén presenta querrela por asociación ilícita y asesinato en los casos de Roberto Lagos, Mario Lepio, Fabán Díaz, Paulina Gómez y Víctor Hugo Barría.

19 de noviembre de 2002: La ministra en visita Alicia Araneda inicia investigación. En su primer día de trabajo se reúne con el equipo policial y luego estudia la querrela criminal presentada por la Agrupación de Familiares y Víctimas del Caso Aysén.

20 de noviembre de 2002: Alicia Araneda viaja especialmente a Santiago para interrogar al “testigo clave”, Jorge Corona.

22 de noviembre de 2002: Alicia Araneda toma la declaración del taxista Félix Aro Chaura, testigo en la muerte de Víctor Hugo Barría.

25 de noviembre de 2002: Carlos Campos, testigo en el caso de Paulina Gómez, declara en el domicilio de la ministra en visita Alicia Araneda.

27 de noviembre de 2002: Alicia Araneda dispone la exhumación de los cadáveres de Roberto Lagos Flores, Víctor Hugo Barría Mardones, Víctor Fabián Díaz y Paulina Gómez.

30 de noviembre de 2002: Concluye el trabajo de peritos a cargo de las autopsias a los doce jóvenes fallecidos. Asimismo, Alicia Araneda toma declaración al Obispo Luis Infanti de la Mora.

3 de diciembre de 2002: La jueza navega durante veinte minutos por el Río Aysén, en el sector en que fue hallado uno de los jóvenes. En la diligencia es acompañada por dos peritos y el pescador Patricio Tureo.

11 de enero de 2003: Alicia Araneda encabeza la reconstitución de escenas por la muerte del joven Víctor Hugo Barría. Además, la jueza dicta un procesamiento contra Juan Luis Uribe por el delito de obstrucción a la justicia, tras negarse a entregar un video en el que aparecerían imágenes comprometedoras del juez Carlos Klapp.

15 de enero de 2003: El Pleno de la Corte de Apelaciones de Coyhaique rechaza el recurso de amparo a favor de Juan Luis Uribe y en contra de la resolución de la ministra.

16 de enero de 2003: El Pleno de la Corte de Apelaciones de Coyhaique rechaza el recurso de amparo a favor del testigo clave, Jorge Corona. Paralelamente, el procurador de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén, Carlos Alvear, presenta ante el tribunal de alzada una “queja disciplinaria” contra Alicia Araneda por sus “acciones y comportamientos, especialmente con el testigo Jorge Corona”.

18 de enero de 2003: Alicia Araneda somete a proceso a Jorge Corona Zúñiga por el delito de “falso testimonio”.

20 de enero de 2003: El obispo Luis Infanti denuncia que la ministra ha avalado tratos indignos y presiones indebidas a personas involucradas en el caso de

muerter en la región. La Corte de Apelaciones de Coyhaique resuelve declarar “inadmisible” la queja disciplinaria contra la ministra en visita, presentada por el procurador Carlos Alvear.

22 de enero de 2003: Niegan al obispo Luis Infanti la posibilidad de visitar al ex bodeguero Jorge Corona Zúñiga.

23 de enero de 2003: Alicia Araneda ordena la detención de Carlos Alvear por “desacato a la autoridad, obstrucción a la justicia y falso testimonio”.

24 de enero de 2003: Alicia Araneda ordena la detención de Susana Cortés, socióloga que asesora a los familiares de las víctimas del Caso Aysén, por “obstrucción a la justicia y falso testimonio”. La Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén presenta un recurso de amparo a favor del procurador Carlos Alvear.

25 de enero de 2003: Alicia Araneda realiza nuevos careos entre Jorge Corona y Carlos Alvear. El Obispo Luis Infanti de la Mora presenta recurso de amparo a favor de Susana Cortés.

30 de enero de 2003: El pleno de la Corte Suprema desestima por unanimidad las denuncias formuladas por obispo de Aysén, Luis Infanti, en contra de la actuación de Alicia Araneda.

5 de febrero de 2003: El presidente de la Asociación Nacional de Magistrados, Diego Simpértigue, emplaza a Luis Infanti a presentar en el más breve plazo todos los antecedentes que avalen sus graves acusaciones en contra de los jueces de la Undécima región.

25 de febrero de 2003: La Corte Suprema deja en libertad a Carlos Alvear.

10 de marzo de 2003: Alicia Araneda envía un interrogatorio por escrito al diputado Leopoldo Sánchez y al obispo Luis Infanti, solicitándoles más información sobre los casos investigados. Además, la ministra cierra los casos de Paulina Gómez, Víctor Fabián Díaz y Jenny Jeffi Calderón, al determinar que no hubo intervención de terceros.

11 de marzo de 2003: Alicia Araneda interroga a Susana Cortés, quien tenía una orden de detención pendiente por obstrucción a la justicia y falso testimonio.

25 de abril de 2003: La ministra Alicia Araneda cierra otros tres casos al determinar que no hubo intervención de terceros.

20 de junio de 2003: El consejo de Defensa del Estado (CDE) apela por los sobreseimientos definitivos de Víctor Fabián Díaz, Víctor Hugo Barría y Paulina Gómez.

1 de agosto de 2003: Familiares de las víctimas del Caso Aysén entregan una carta al Presidente de la República, Ricardo Lagos, en la que denuncian obstrucción a la justicia y vínculos de ministros con las drogas.

4 de agosto de 2003: Luis Infanti de la Mora afirma que no entregará ningún tipo de información sobre la cual ha basado sus denuncias de presuntas operaciones de narcotraficantes en la zona austral, aduciendo que son las autoridades las que tienen el deber de investigar la querrela.

23 de septiembre de 2003: Luis Infanti presta declaración ante el fiscal adjunto Alfonso Díaz, quien investiga la querrela por tráfico de drogas, presentada por los familiares.

27 de enero de 2004: Luis Infanti asegura conocer a los asesinos de algunos de los doce jóvenes muertos en Aysén. Además, afirma que todas las

indagaciones realizadas por la Ministra Alicia Araneda van “en sentido contrario a la justicia, pues todo lo que hacen es tapar la verdad”.

3 de febrero de 2004: Alicia Araneda condena a 15 años y un día de presidio a Jorge Corona Zúñiga, por los delitos de robo y falso testimonio.

4 de febrero de 2004: Luis Infanti califica de “desproporcionada y vengativa” la sentencia dictada por Alicia Araneda en contra de Jorge Corona Zúñiga. Rosa Flores, presidenta de la Agrupación de Familiares y Amigos de las Víctimas del Caso Aysén y madre de Roberto Lagos, denuncia que “bajo estas condiciones ningún testigo declarará”.

Octubre de 2005: La Tercera titulaba “Altos niveles de depresión gatillan nuevos suicidios en Aysén”.

21 de abril de 2007: Terremoto y tsunami afecta a Puerto Aysén. Antes de eso se vieron burbujas en el Río Aysén.

29 de enero de 2009: María Nataly Arias Peña es violada y asesinada por Gilbert Lara Carvajal.

22 de marzo de 2009: Aparece el cadáver de María Nataly Arias Peña al interior de una zanja en un sector rural de Puerto Aysén.

2010: Estadísticas demográficas del INE determina que Aysén cuenta con el menor índice de densidad (1,0 habitante por kilómetro cuadrado).

3 de marzo de 2011: Fallece el juez Carlos Klapp en Castro, Chiloé.

24 de febrero de 2012: El Divisadero de Coyhaique titulaba “La Guerra de Aysén”.

3 de julio de 2012: Esa madrugada es encontrada degollada en su cama Carmen Gloria Montiel Rehbein.

2012: Censo indica que Aysén es la región menos poblada del país con 99.609 habitantes.

22 de febrero de 2013: Desaparece la técnico paramédico María Enedina Vargas Álvarez.

Septiembre de 2013: Encuentran el cuerpo sin vida de María Enedina Vargas Álvarez en el kilómetro 8, en cercanías del Río Aysén.

Marzo de 2014: La Tercera titulaba “Los Costos de vivir en una zona extrema”.

19 de marzo de 2014: Entrevista a Gladys Mardones y Guido Jaramillo realizada por los autores en Puerto Aysén.

24 de marzo de 2014: Entrevistas a Alejandra Agüero y César Álvarez, realizadas por los autores en Puerto Aysén.

25 de marzo de 2014: Entrevistas a Marianela Lagos, Ruth Gómez , Patricio Tureo y José Díaz, realizadas por los autores en Puerto Aysén.

26 de marzo de 2014: Entrevista a Pilar Barichivich realizada por los autores en Puerto Aysén.

14 de abril de 2014: Entrevista a Oscar Agüero realizada por los autores en San Fernando.

24 de octubre de 2014: Gladys Mardones, madre de Víctor Hugo Barría, viaja hasta Santiago para que se le realicen análisis forense a evidencias que podrían reabrir el caso de su hijo. La acompañan Cristian Cruz, uno de los abogados del caso, además de los autores.

30 de noviembre de 2014: Entrevista al diputado Iván Fuentes realizada por los autores en Santiago.